



OALA

2019



EJERCICIOS ESPIRITUALES AGUSTINIANOS

Reanudar la marcha para vivir
el camino de santidad con
alegría y gratitud

INDICE

INTRODUCCIÓN	04
---------------------	-----------

CARTA DEL PRIOR GENERAL CON OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN DE TODOS LOS SANTOS DE LA ORDEN	07
--	-----------

A.	LA INVITACIÓN A INICIAR UN CAMINO Y LA ALEGRÍA DE LA RESPUESTA	12
-----------	---	-----------

TEMA 1	EL LLAMADO A LA SANTIDAD COMO DON DE DIOS.	12
---------------	---	-----------

TEMA 2	EL LLAMADO A LA SANTIDAD EN NUESTRO SER RELIGIOSO	21
---------------	--	-----------

TEMA 3	LA SANTIDAD DE LA VIDA RELIGIOSA SE REFLEJA EN LA ALEGRÍA DE LA VIDA COTIDIANA	27
---------------	---	-----------

B.	ASPEREZAS DEL CAMINAR Y BÚSQUEDA DEL CAMINO CIERTO	35
-----------	---	-----------

TEMA 4	DIFICULTADES PARA VIVIR LA SANTIDAD	35
---------------	--	-----------

TEMA 5	SANTIDADE NA VIDA RELIGIOSA HOJE	42
TEMA 5 B	RETOS Y DESAFÍOS DE LA SANTIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA HOY. (TRADUCCIÓN TEMA 5)	48
TEMA 6	VIVIR LA SANTIDAD EN CLAVE DE DISCERNIMIENTO.	54
C.	UNA MANERA DE CAMINAR: LA RESPUESTA AGUSTINIANA	61
TEMA 7	VIVIR LAS BIENAVENTURANZAS EN CLAVE AGUSTINIANA	61
TEMA 8	LA VIDA AGUSTINIANA EN AMÉRICA LATINA UN TESTIMONIO DE SANTIDAD	76
TEMA 9	LA SANTIDAD COMUNITARIA TESTIMONIO Y COMPROMISO	90
	ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN	96

INTRODUCCIÓN.

Estimados Hermanos:

Este año 2019, con la ayuda de Dios, entraremos de lleno todas las Circunscripciones de América latina y El Caribe, en la Tercera Fase de la Segunda Etapa del Proceso “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de OALA”: que consiste en LA ELABORACIÓN DEL PROYECTO CIRCUNSCRIPCIONAL REALIZADO POR LA PROPIA CIRCUNSCRIPCIÓN (Con esta acción termina esta Segunda Etapa). Para realizarla se recibirá la capacitación en la XIX Asamblea de OALA, que se efectuará entre los días 23 al 28 de abril de 2019, en Bello Horizonte, Brasil.

Dado que, como ya dijimos, el 2019 estaríamos entrando en esta Tercera Fase, final de la Segunda Etapa del Proceso de renovación de nuestra Orden en América Latina y El Caribe; cerrando en la Asamblea de Bello Horizonte la celebración los 50 años de la existencia de OALA; y, para también sintonizar con la Iglesia que, más que nunca en estos tiempos, está llamada a iniciar un camino de sincera conversión, asumiendo un profundo proceso de purificación en todas sus dimensiones; se pensó que la temática más apropiada para nuestros Ejercicios Espirituales 2019 sea: “REANUDAR LA MARCHA PARA VIVIR EL CAMINO DE LA SANTIDAD CON ALEGRÍA Y GRATITUD”.

Para ello tendremos como textos bases:

- La Palabra de Dios.
- Los escritos de nuestro Padre San Agustín.
- El Magisterio de la Iglesia Universal y Latinoamericana: Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.
- Las Cartas y Exhortaciones apostólicas del Papa Francisco, en especial, Gaudete et Exsultate, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual y Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual.
- Nuestra Regla y Constituciones.
- Carta del Prior General del 13 de Noviembre de 2018, con motivo de la Celebración de todos los Santos y Santas de la Orden.
- El libro “Hacia la Santidad Comunitaria” de los Padres Arturo Purcaro y Miguel Ángel Keller.

Además de estos textos base, los temas a reflexionar, han sido actualizados, complementados y enriquecidos, por cada uno de los hermanos que los trabajó, con el aporte de otros autores actuales, según lo haya requerido la elaboración de cada uno de estos valiosos temas. El tema 5 ha sido presentado en este texto tanto en su versión original en portugués, como en su traducción al castellano.

Agradecemos a todos los hermanos que colaboraron en la confección de cada uno de los temas de los Ejercicios Espirituales 2019: Al Padre José Ignacio Busta; al Padre Rafael Baltasar Torres; al Padre Francisco Galende; al Padre Gioberty Calle Calle; al Padre Paulo Gabriel Blanco; al Padre Ayax Barruyle; al Padre Juan Carlos Ayala; al Padre Miguel Ángel Keller y a Monseñor Edinson Farfán.

Estos nueve temas son para una semana de retiro, comenzando (como ya es costumbre en muchas de nuestras Circunscripciones de América Latina y El Caribe) el día Lunes al medio día y terminando el viernes también por el medio día. Para la mañana del viernes se recomienda revisar las tareas del Proceso de Renovación de la Orden en América Latina que aún no se han cumplido y que deberían haberse entregado el 31 de diciembre de 2018; a la vez de confeccionar el programa donde se especifique cuándo y cómo la circunscripción realizará estas tareas.

Los temas, por lo tanto, se pueden distribuir de la siguiente manera:

- Lunes: Por la tarde: Tema 1
- Martes: Por la mañana: Temas 2 y 3. Por la tarde: Tema 4.
- Miércoles: Por la mañana: Tema 5 y 6. Por la tarde: Discernimiento con la Biblia. Lectura personal de los textos anexos.
- Jueves: Por la mañana: Temas 7 y 8. Por la tarde tema 9.
- Viernes: Por la mañana: Revisión de las tareas del Proceso “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio” que aún no se han realizado en la Circunscripción y elaboración de una calendarización para realizarlas.

Se recomienda también, rezar todos los días la oración por la revitalización de Nuestra Orden en América Latina y El Caribe. Esta ha sido presentada por estrofas para que pueda ser rezada, en común, a dos coros. De aquí deriva su extensión: fue creada para ser rezada en comunidad.

Esperamos que la reflexión de este conjunto de temas que titulamos “REANUDAR LA MARCHA PARA VIVIR EL CAMINO DE LA SANTIDAD CON ALEGRÍA Y GRATITUD”, para los Ejercicios Espirituales 2019, sean a su vez, un impulso para comenzar la Tercera Etapa del Proceso de Revitalización de nuestra Orden en América Latina, que dura cuatro años: 2019 – 2022; y que tiene como objetivo:

“Aprobar y poner en práctica el Proyecto de la Circunscripción que recoge los cambios personales y comunitarios, fruto del proceso de conversión de la etapa anterior, adecuando las estructuras según el discernimiento hecho, y presentarlo como programa Capitular de la Circunscripción.”

Habiendo recibido la Capacitación en la Asamblea de Bello Horizonte (Abril 2019), y reflexionando estos temas sobre “la vivencia” del Camino de Santidad personal y comunitaria, tendremos más elementos de apoyo y motivación para alcanzar el objetivo de la Tercera Fase de la segunda Etapa: LA ELABORACIÓN DEL PROYECTO CIRCUNSCRIPCIONAL REALIZADO POR LA PROPIA CIRCUNSCRIPCIÓN (Acción

final de la Segunda Etapa, que se realizará entre Mayo y Septiembre de 2019); y también, para lograr el objetivo de la Primera Fase de la Tercera Etapa que comienza: LA APROBACIÓN DEL PROYECTO CIRCUNSCRIPCIONAL EN UNA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA (ésta es la primera acción de esta Tercera Etapa; y a la vez, la última tarea concreta que se nos pide para finales de este año 2019).

Deseándoles que el Señor acompañe con su Espíritu Santo a cada una de las Circunscripciones de Nuestra Orden de San Agustín presentes en los diferentes países de América Latina y El Caribe, les entregamos estos Ejercicios Espirituales 2019 como un aporte que nos ayude a mirar y a revisar, tanto nuestra propia identidad de Consagrados, como nuestra vida comunitaria y nuestra acción pastoral.

Que Nuestra Señora Madre del Buen Consejo, Nuestro Padre San Agustín y Nuestra Madre Santa Mónica, intercedan delante de Dios Padre, en nombre de Jesús, por todos y cada uno de nosotros.

EQUIPO DE ANIMACIÓN CONTINENTAL (EAC).





CURIA
GENERALIZIA
AGOSTINIANA

VIA PAOLO VI, 25 - 00193 ROMA
TEL. +39 06.680061

CARTA DEL PRIOR GENERAL EN LA OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN DE TODOS LOS SANTOS Y TODAS LAS SANTAS DE LA ORDEN 13 NOVIEMBRE 2018

Queridos hermanos y hermanas.

La fecha del 13 de noviembre es rica de significado para toda la Familia Agustiniiana porque en ella convergen tres aspectos importantes. Es el día en el que el S. P. Agustín ve la luz del mundo. De aquel día deberán pasar muchos años antes que viera también la luz de la fe con el segundo nacimiento a través del bautismo, fruto de la Gracia, de las lágrimas de Mónica y del acompañamiento de sus más queridos amigos. El mismo día nos recuerda el deber de orar incesantemente para que la gracia que todos nosotros hemos recibido, esto es la vocación de abrazar la Orden, la puedan acoger todavía otros y así discernir la llamada para este estilo de vida.

Un estilo de vida que durante los siglos ha dado copiosos frutos de santidad. En el día de la fiesta de todos los santos no debemos solamente pensar en aquellos a los cuales la difundida fama de santidad y la devoción del pueblo, después del juicio de la Iglesia, han llegado a la gloria de los altares. El Espíritu Santo vierte santidad en cada parte de nuestra Familia Agustiniiana¹. La llamada a la fe, al seguimiento de Cristo, supone, en modo irrevocable e imprescindible, la llamada a la santidad. “La realización plena del hombre consiste en la santidad, en una vida vivida en un encuentro con Dios, que en este modo se hace luminosa también para los demás, también para el mundo².”.

Tal llamada a la santidad debe ser redescubierto más que nunca en nuestros días, en un mundo desgarrado por las injusticias, las desigualdades, por las luchas y las discordias, por la economía que no pone más a la persona en el centro, por las heridas abiertas de muchas comunidades humanas que apenas tienen lo necesario para llegar al atardecer, desde la falta de atención a nuestra “casa común”...

Caminar el camino de la santidad hoy es mostrar una vez más “el rostro más bello de la Iglesia”³. ¿Queremos acoger este reto? Permitamos que la gracia de nuestro Bautismo de frutos en un camino de santidad⁴.

1.- “SE APRENDE A VIVIR BIEN PARA LLEGAR A VIVIR PARA SIEMPRE”⁵

Hablar de santidad en el contexto del mundo actual no es fácil, por los muchos conceptos equivocados que se han formado a lo largo de la historia. La santidad aún fascina, pero al mismo tiempo hace alegar a quien se considera indigno e incapaz para tal compromiso

¹ Cfr. «Non pensiamo solo a quelli già beatificati o canonizzati. Lo Spirito Santo riversa santità dappertutto nel santo popolo fedele di Dio», FRANCESCO, Esortazione Apostolica *Gaudete et exultate*, 6.

² BENEDETTO XVI, audiencia general, 29 agosto 2007.

³ FRANCESCO, Esortazione Apostolica *Gaudete et exultate*, 9.

⁴ Cfr. *Ibid.*, 15.

⁵ AGOSTINO D'IPPONA, *De disc. christ.* 1,1.

radical de discipulado. Sin embargo, debemos acoger el reto y en el ministerio proponer adecuadamente, sin renunciar nunca, la llamada de los discípulos de Cristo a la santidad, aquella santidad que hace llegar a la persona a las más profundas raíces de la propia existencia terrena y que incide en la voluntad personal, los movimientos del corazón y de la mente. Una santidad concreta que nos hace más humanos con los hermanos y las hermanas que encontramos en nuestro camino, reflexionando la misericordia del Padre.

Dicho esto, como agustinos involucrados en el ministerio, sea aquel activo que aquel contemplativo, debemos recordar que se deben “reunir dos requisitos para ser creíbles: la santidad de vida (propia) y la autenticidad de la doctrina (...) necesariamente mostrando con la propia vida y las costumbres que la perfección que se enseña al pueblo es una realidad posible”⁶.

La llamada a la santidad nos obliga a tomar en serio los empeños cristianos de nuestra vida agustiniana cotidiana. Lo ha entendido bien el S. P. Agustín, afirmando que se debe aprender a vivir bien, en el ritmo cotidiano, para llegar a vivir para siempre. Abrazar la santidad significa abrazar el empeño de un proyecto de constante aprendizaje.

Agustín lo ha entendido bien porque su caminar, como el nuestro, era débil y titubeante, hasta cuando la llamada a la santidad, casi personificada en la esposa del Señor, la “casta majestad de la Continencia” lo aclamaban con las manos extendidas, “llenas de multitudes de buenos ejemplos: niños y niñas en gran número, multitudes de jóvenes y personas de todas las edades, y viudas y vírgenes castas”, al mismo tiempo que poniéndole un claro desafío: “¿No puedes hacer también tú lo que estos y estas hicieron? ¿Y los unos y las otras no tienen el poder en sí mismos o en el Señor su Dios?”⁷.

2.- “EN LOS SANTOS QUEREMOS VER LOS HERMANOS DE NUESTRA VIDA COTIDIANA”⁸

La vida íntima con Dios que estamos llamados a desarrollar para adherir a su voluntad en el contexto personal y comunitario no se vive nunca solos. Aquellos que ya han alcanzado la meta abundan en número y variedad. “Si nos ponemos a pensar atentamente, veremos que para la salvación son útiles tanto los ejemplos como las normas, porque los ejemplos nos provocan y nos animan a caminar hacia Él (...) la fuerza de los mártires, la castidad de las vírgenes, la santidad de los confesores con el fin de imitarles y seguirles”⁹. En pocas palabras, ¡la búsqueda de la santidad es bueno hacerla en compañía de los santos!

La llamada a la santidad, sí, es una llamada personal, pero se desarrolla en un contexto netamente comunitario y social. El santo y la santa no viven nunca *para* sí mismo y solo *con* sí mismo, sino que son personas abiertas al otro en sus varios matices.

Un aspecto compartido por todos los santos, incluidos los de nuestra Familia agustiniana, es la radicalidad del amor, a imitación del amor de Cristo, que no nos pide un amor extremo¹⁰, sino la radicalidad de las elecciones del corazón.

De la posibilidad abstracta de la santidad debemos pasar a la posibilidad concreta, y esta se puede experimentar en nuestra vida diaria en comunidad, con las pruebas que esta nos ofrece cada día, con el ritmo a veces difícil y repetitivo, con los desafíos de trabajar dentro y

⁶ TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción* 138, 1.

⁷ AGOSTINO D'IPPONA, *Conf.* VII, 11, 27.

⁸ PAOLO VI, discorso fatto nella basilica Vaticana 3 novembre 1963.

⁹ TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción* 98.

¹⁰ «In Cristo estrema fu la carità, coprendo la salita [al Calvario], pero a quelli che salgono con lui non gli si chiede un amore estremo, ma medio. Non richiede ferite, schiaffi, fruste, chiodi o croci, cose che lui ha sopportato: non vuole il sangue, ma la santità; non la croce, ma penitenza; non la morte, ma un lavoro ragionevole», TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción* 62, fragmento.

fuera de la comunidad ... todos estos son elementos que han experimentado con fatiga y fidelidad a aquellos que ya han demostrado su santidad, superando obstáculos de todo tipo¹¹. La santidad agustiniana siempre se ha manifestado: entre las aspiraciones de los jóvenes religiosos, santamente orgullosos de haber abrazado con la profesión esta vida (pienso en el beato Juan de Rieti y Querubín de Avigliana), hasta el punto de derramar su sangre para no abandonarla (pienso en la laica S. Magdalena da Nagasaki, que murió a los 24 años, pero también en los numerosos jóvenes religiosos¹² mártires españoles); y entre los religiosos adultos, cuya radicalidad de vida no se ha desvanecido con los años, sino que incluso ha aumentado¹³.

3. EL CONOCIMIENTO Y LA PROMOCIÓN DE NUESTROS SANTOS, BEATOS, VENERABLES Y SIERVOS DE DIOS

Muchas de las circunscripciones de la Orden tienen la bendición de tener hermanos o hermanas ya canonizados o beatificados. En otras se han comenzado, o se está en proceso de comenzar, una o más causas de beatificación. También muchas de las congregaciones religiosas agregadas a la Orden se esfuerzan en este sentido, profundizando las virtudes de sus fundadores y fundadoras o el testimonio heroico de sus miembros¹⁴. Esto es un signo de gran vitalidad y frescura de nuestra Familia Agustiniana que ha dado frutos de santidad en la historia, y continua a hacerlo con el ejemplo de muchos hermanos y hermanas, a veces, literalmente “de la puerta de alado”¹⁵.

Nuestras Constituciones fomentan, sin ahorrar energía, la apertura de nuevas causas de beatificación y canonización¹⁶ porque ya en tiempos pasados a la Orden no le han faltado reproches por olvidar y, a veces, no cuidar de sus propios santos¹⁷. Este sentimiento se repite cada vez que creemos que el ejemplo de los santos y las santas de la Orden y el compromiso de llevar adelante las causas de la beatificación y la canonización son un accesorio del que podemos prescindir. Esta actitud, desafortunadamente, puede hacerse evidente en diferentes

¹¹ «La santità e la purezza del cuore non consistono nell'assenza di tentazioni – questa sarebbe una purezza angelica, non umana – ma nel superarle», TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción* 76, 2.

¹² «Molti giovani santi hanno fatto risplendere i lineamenti dell'età giovanile in tutta la loro bellezza e sono stati nella loro epoca veri profeti di cambiamento; il loro esempio mostra di che cosa siano capaci i giovani quando si aprono all'incontro con Cristo», Documenti finale del XV^{mo} Sinodo dei Vescovi su «I giovani, la fede e il discernimento vocazionale», (3-28 ottobre 2018), n. 65. È molto probabile che l'esempio di tanti giovani valorosi religiosi rimanga nascosto nell'anonimato del folto gruppo di martiri Agostiniani, e di cui sarebbe bene ricordarne i nomi per tenerli come compagni di viaggio: i beati Luís Abia Melendro (17 anni), José Antonio Pérez García (18 anni), Román Martín Mata (18 anni), Miguel Iturrarán Laucirica (18 anni), Víctor Cuesta Villalba (19 anni), Marcos Pérez Andrés (19 anni), Pedro Simón Ferrero (20 anni), Francisco Fuente Puebla (20 anni), Julio María Fincias (20 anni), Bernardino Calle Franco (20 anni), José Peque Iglesias (21 anni), Ramiro Alonso López (21 anni), Gerardo Pascual Mata (21 anni), José Noriega González (21 anni), Marcos Guerrero Prieto (21 anni), Máximo Valle García (21 anni), Diego Hompanera Paris (21 anni), Julio Marcos Rodríguez (21 anni), Isidoro Mediavilla Campos (23 anni), José López Piteira (23 anni), Nemesio Díez Fernández (23 anni), Jesús Largo Manrique (24 anni), Dionisio Terceño Vicente (24 anni), Nemesio García Rubio (24 anni), Pedro Carvajal Pereda (24 anni), José Gando Uña (26 anni), Balbino Villarroel Villarroel (26 anni), Froilano Lanero Villadangos (26 anni), Manuel Álvarez Rego (28 anni), Samuel Pajares García (29 anni), Antolín Astorga Díez (30 anni).

¹³ Nel calendario liturgico Agostiniano primeggia per età il Beato Gregorio Celli, probabilmente vissuto fra il 1225 e il 1343.

¹⁴ È doveroso menzionare e congratularsi con le Sorelle Agustinas Misioneras per la lieta notizia della prossima beatificazione delle Serve di Dio Caridad Álvarez e Esther Paniagua l'8 dicembre 2018 a Oran (Algeria).

¹⁵ Cfr. FRANCESCO, *Sortazione Apostolica Gaudete et exsultate*, 6-9.

¹⁶ Cfr. *Costituzioni O.S.A.*, 486b.

¹⁷ Cfr. ALONSO DE OROZCO, *Crónica del glorioso Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín, y de los santos y beatos y de los doctores de su Orden*, 1551 ANTONIO DE LA CALANCHA, *Coronica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, Barcelona 1639, 4; BALBINO R., *Agostiniani*, in *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, I, Roma 1975, col. 348.

circunstancias: desinterés en el conocimiento de sus vidas y virtudes, falta de compromiso en la difusión de nuestras devociones, falta de entusiasmo en la promoción de candidatos a los altares (especialmente en aquellas circunscripciones que tienen causas en curso), indiferencia en la celebración litúrgica de las memorias y fiestas de los santos y beatos de nuestra familia, ligereza y superficialidad al tratar el tema en los programas de formación.

Al celebrar la fiesta litúrgica de todos los santos de la Orden, aprovecho la oportunidad para invitar a todos los hermanos y las hermanas a dejarse arrastrar de su ejemplo en nuestra vida personal y comunitaria. Ellos nos estimulan a poner en práctica la enseñanza del evangelio: pero para hacerlo es necesario un vigor mayor

Por lo tanto, invito a todos los superiores de las diversas circunscripciones y monasterios de la vida contemplativa a destacar cada vez más el patrimonio de santidad de la Orden, a incentivar las devociones no solo a los santos que ya son muy populares, sino también a los menos conocidos por el pueblo, así como aquellos cuya causa de beatificación está todavía en curso, para fortalecer cada vez más su fama de santidad y obtener su intercesión.

En este sentido, nunca debe haber celebraciones litúrgicas, hechas de manera digna según el grado de cada uno, en honor a nuestros santos y beatos¹⁸ en nuestras iglesias y oratorios, ya que "los hombres deben alabar a los santos para que la alabanza vuelva a Dios, de quien recibieron aquello por lo que pueden ser alabados"¹⁹. Que nuestros estudiantes en escuelas y colegios se familiaricen cada vez más con aquellos que han sido testigos de Cristo en la vida de los agustinos a través del estudio y la investigación. Que nuestros grupos juveniles aprovechen mejor el acompañamiento de nuestros santos para el crecimiento en la fe²⁰. Que nuestras obras sociales en favor del hombre y la mujer de hoy sean inspiradas cada vez más por tantos de nuestros santos y beatos que se han consumido al servicio del prójimo. Que aquellos que son llamados al ministerio parroquial, a la predicación, a la vida misionera sigan el ejemplo de nuestros santos evangelizadores y misioneros. Que en las casas de formación nunca falte momentos de estudio y análisis profundo de las figuras de santidad de la Orden, también a través de cursos particulares. Finalmente, que nuestras vidas personales acepten el desafío de la santidad, y que las comunidades de la Orden sean posteriormente alentadas en la vida contemplativa y activa, teniendo en cuenta el testimonio de nuestros santos y beatos en cada época.

Al mismo tiempo, espero que las circunscripciones donde ya están en marcha las causas de beatificación y canonización estén más involucradas en su promoción, en plena colaboración y bajo la dirección de nuestra Postulación General, porque hablar de santidad es hablar de Cristo y el Evangelio y por qué «Si no queremos acercarnos a estas brasas ardientes, inmediatamente la tibieza, que es contraria a Dios, toma posesión de nuestro corazón». De la misma manera, invito a aquellas circunscripciones de la Orden que tienen posibles candidatos, hermanos o hermanas, religiosos o laicos agustinos, que mueren en el olor de la santidad, presentarlo a la Postulación para que se hagan las oportunas investigaciones de acuerdo con las normas de la Iglesia.

A lo largo de la historia, Dios se ha mostrado fiel entre nosotros de varias maneras, pero lo más sublime es a través de los numerosos santos, beatos, venerables y siervos de Dios, quienes con potencia han levantado la Orden en tiempos difíciles, actuando como profetas, de intrépidos misioneros, de fieles servidores de la Palabra, de un corazón palpitante de oración y contemplación. Recordemos que "no hay verdadero poder, si falta la santidad, y tampoco puede Dios hacer grandes cosas sin él. El verdadero poder pide tener a la santidad como hermana; y

¹⁸ Cfr. *Costituzioni*, 107.

¹⁹ GIROLAMO SERIPANDO, appunti per le prediche pubblicati in *Discorsi. Cristo sapienza, giustizia, santificazione, redenzione*, II, Roma 2004, 61.

²⁰ Cfr. In tal senso importante la conclusione del documento finale del XV^{mo} Sinodo dei Vescovi su «I giovani, la fede e il discernimento vocazionale», (3-28 ottobre 2018), nn. 165-167.

una cualidad de grandes cosas es brillar con santidad "²¹. Nuestros santos y beatos nos dan prueba de todo esto.

El Dios, el dador de toda santidad, a través de la intercesión de María, la Madre de la Consolación y los santos y beatos de la Orden, nos colmen de toda bendición.

Roma, 13 noviembre 2018
Prot. N. 235/18



P. Alejandro Moral Antón OSA

P. Alejandro Moral Antón
Prior General OSA

²¹ SIMONE FIDATI DA CASCIA, *De gestis Domini Salvatoris*, liber II, cap. XIV.

A.LA INVITACIÓN A INICIAR UN CAMINO Y LA ALEGRÍA DE LA RESPUESTA

TEMA 1: EL LLAMADO A LA SANTIDAD COMO DON DE DIOS.

Objetivo: *Tomar conciencia de la santidad como camino común para todos los cristianos, sobre todo para los consagrados, y su dimensión de don divino, llamado a dar fruto en nuestra vida.*

Al inicio de nuestros ejercicios espirituales, en que la temática versa sobre la santidad, es bueno considerar, en primer término, la pregunta ¿Qué es la santidad? Si bien el Papa Francisco nos decía en su exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre la santidad en el mundo actual, último documento pontificio que ha tratado el tema, y que es bastante reciente, que *no es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación*¹, se hace necesario a nuestro juicio hacer memoria de algunas ideas básicas sobre la santidad, sobre todo para entrar en sintonía con un tema que es necesario considerarlo en un sentido positivo y renovar así la vocación fundamental a la cual estamos llamados. Porque se trata fundamentalmente de recordar una cosa: Todos los que estamos aquí queremos vivir en radicalidad nuestra vocación bautismal, lo que es lo mismo decir que queremos ser santos, ¿o no? La respuesta a esta pregunta debiera ser el primer fruto, sino el más importante, de este tiempo de retiro espiritual.

Caminar en la presencia del Señor: El don de la santidad como una espiritualidad del camino

Un primer punto que debemos considerar es que la santidad es, sobre todo, un camino. La Escritura nos ayuda a encontrarnos con la frescura de esta dimensión: Si observamos atentamente, notaremos que el Antiguo Testamento establece un vínculo íntimo entre la santidad y la Alianza entre Dios con los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob. Junto a la promesa de Dios, de ser, para siempre, *tu Dios y el de tus descendientes*², la exigencia de Dios hacia Abraham y su prole miraba a caminar en la presencia del Señor y ser irreprochable³. La Ley de Dios, Palabra que transforma y configura la vida personal y social del pueblo de Dios, es el signo elocuente del carácter peculiar del pueblo elegido, pueblo santo, llamado a ser propiedad especial del Señor en medio del concierto de las naciones⁴.

1 PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre la santidad en el mundo actual (19 de marzo de 2018), 2

2 Gn 17,7.

3 Cf. Gn 17,1.

4 Cf. Dt 7,6.

En la Ley se renueva constantemente, bajo la forma de los preceptos, la llamada a la santidad por parte de Dios: *ustedes serán santos, porque yo, el Señor, su Dios, soy santo*⁵, llamada que no es otra que *caminar en presencia del Señor*, como Abraham y el pueblo hasta Josué caminaron por el desierto, movidos por la fe. Sin embargo, tanto ellos como todos los grandes personajes del Antiguo Testamento, *aunque su fe los hizo merecedores de un testimonio tan valioso, ninguno de ellos entró en posesión de la promesa. Porque Dios nos tenía reservado algo mejor, y no quiso que ellos llegaran a la perfección sin nosotros*⁶. Como preparación para el momento culminante de la historia de la salvación, la figura y la predicación de Juan el Bautista llamaban a *preparar el camino del Señor*⁷ y ponía de manifiesto la infidelidad del pueblo al camino que Dios había dispuesto para la conversión del corazón; es más, el ser miembro del pueblo elegido podía suponer una falsa seguridad ante Dios y el momento de su Venida, presentada por Juan como inminente, si no se hacía el esfuerzo por cambiar de vida: *Produzcan los frutos de una sincera conversión, y no piensen: “Tenemos por padre a Abraham”. Porque yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham*”.⁸

En el Nuevo Testamento, *caminar en la presencia del Señor* adquiere un nuevo significado, aún más radical: junto a la Ley, que supone una lámpara para los pasos del creyente, luz en su camino⁹, que no será derogada jamás, el Señor Jesús invita a dar un paso adelante para vivir con mayor plenitud esa peregrinación: El capítulo 5 del Evangelio de San Mateo, que comienza solemnemente con la proclamación de las Bienaventuranzas, corazón del mensaje del Señor Jesús, culmina con el mandato *sean perfectos, como es perfecto el Padre que está en el cielo*¹⁰ como eco del mensaje del Antiguo Testamento, pero referido, esta vez, a la alegría del discípulo que asume el camino de la perfección. El mensaje de la perfección es la certeza de quienes son verdaderamente felices, porque han acogido el Reino de Dios en el propio corazón. Un caminar definido *a contracorriente* en el último documento del Papa sobre la santidad¹¹, porque quienes son proclamados como bienaventurados por el Señor no coinciden precisamente con los criterios del mundo. En esta contradicción podremos despojarnos de la carga negativa que tendrá, para algunos, el término “perfección” asociado a la santidad, tal como lo sugiere la Palabra de Dios. Muchas veces, esta asociación entre *perfección y santidad* podrá sonar como una definición de santidad como mortificación sin alma y sin amor, como esfuerzo a través del cual yo mismo me construyo mi camino hacia Dios con mis propias fuerzas. Puede sonar, en fin, a la doctrina pelagiana o semipelagiana, presente sutilmente en la Iglesia de hoy y ampliamente denunciada por el Papa Francisco en *Gaudete et Exsultate*¹²; sin embargo la perfección, en el sentido más sano de la Palabra, debemos entenderla ante todo como una realidad dada por Dios: un don Suyo a pleno título. Escribe el Papa Francisco:

5 Lv 19,2.

6 Hb 11,39-40.

7 Cf. Lc 3,4-6.

8 Lc 3,8.

9 Cf. Sal 119 (118),105.

10 Mt 5,48.

11 Cf. PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre la santidad en el mundo actual, 65.

12 Cf. PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre la santidad en el mundo actual, 47-62.

*Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas*¹³.

La soberbia que podría traer el pensar que todo avance en el camino de santidad lo hemos logrado por nuestros méritos arruinará todo esfuerzo y acción, por bueno que sea. *La soberbia se insinúa en las buenas obras para que perezcan*, dice el Santo Padre Agustín. *¿Y qué aprovecha distribuir las riquezas a los pobres y hacerse pobre, si el alma se hace más soberbia despreciando las riquezas que lo fuera poseyéndolas?*¹⁴, porque la mayor tragedia de la soberbia está en su falta de amor. ¿De qué nos servirá adjudicarnos los triunfos de toda índole en nuestra vida, si en ello nos inflamamos de una aparente ciencia, mientras que el amor de Dios desaparece y nos encerramos en nosotros mismos? Es la tragedia del hombre que poseía muchos bienes, y que conocía bien los preceptos de la Ley, cumpliéndolos desde su juventud. *Jesús lo miró con amor y le dijo: «Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme»*¹⁵. No le aprovechaba en nada el haber caminado en la presencia del Señor desde joven. A la hora en que el Señor le invitaba a dar el paso decisivo, el paso del amor y del desprendimiento, su corazón quedó en evidencia y, con él, el tesoro que celosamente custodiaba: sus riquezas, reflexiona San Agustín, le movieron preguntar al Maestro qué cosa buena tendría que hacer para obtener la vida eterna, ya que la muerte le causaba horror al constituir la separación definitiva de sus riquezas. *El temor de la muerte le interpelaba continuamente y en medio de sus placeres se consumía*¹⁶, y al escuchar la respuesta del Señor, se da cuenta de que la lógica del Evangelio no es hacer tal o cual cosa con tal de obtener la vida eterna, como si hubiera alguna acción que sirviera como moneda para comprar la salvación. La lógica de Cristo es, más bien, que el asunto trata sobre la perfección y la santidad, según los criterios divinos. *«Si quieres ser perfecto, le dijo Jesús, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres: así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme»*.¹⁷ *Te da también*, comenta San Agustín, *un consejo sobre el lugar adonde llevar tu tesoro; más aún, adonde debes llevarlo. Para no perderlo, llévalo de la tierra al cielo*¹⁸. Despojarse de todo tesoro en la tierra, esto es, alcanzar la libertad del corazón, y ponerse en camino siguiendo al verdadero Maestro, son los dos elementos que Cristo pone de manifiesto a todo aquel que desee vivir la santidad. Él mismo se hace camino. Frente a la inquietud de los apóstoles, durante el diálogo de la última cena, el Señor se presenta como el Camino, la Verdad y la Vida. Comenta San Agustín:

Por tanto, ¿qué no hemos captado tampoco nosotros en este dicho? ¿Qué suponéis, hermanos míos, sino que dijo: Y sabéis adónde voy y sabéis el camino? Y he ahí que, porque conocían a ese mismo que es el Camino, conocemos que sabían el Camino; pero el camino es por donde uno va; ¿acaso el camino es también adonde uno va? Ahora bien, había dicho que ellos sabían una y otra cosa, adónde va él y el camino. Era, pues, necesario que dijese «Yo soy el Camino», para mostrar que, quienes le conocieran, sabían el Camino que ellos suponían desconocer; en cambio, porque, conocido el camino por el que iría, quedaba por

13 PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre la santidad en el mundo actual, 51.

14 SAN AGUSTÍN, *Regla*, 8.

15 Mc 10,21.

16 SAN AGUSTÍN, *Serm.* 38,5,7.

17 Mt 19,21.

18 SAN AGUSTÍN, *Serm.* 38,7,9.

conocer adónde iría, ¿por qué era necesario que dijese «Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida», sino porque iba a la Verdad, iba a la Vida? A sí mismo iba, pues, por sí mismo. Y nosotros ¿adónde vamos sino a él? Y ¿por dónde vamos sino por él? Por tanto, él a sí mismo por sí mismo; nosotros, a él por él; mejor dicho, al Padre él y nosotros. Efectivamente, de sí mismo dice en otra parte: «Al Padre voy», y en este lugar afirma en atención a nosotros: Nadie viene al Padre sino por mí. Y, por esto, él por sí mismo a sí mismo y al Padre, y nosotros, por él a él y al Padre.¹⁹

Hemos visto que la invitación de la Alianza con los descendientes de Abraham a *caminar en presencia del Señor* va madurando a lo largo de las páginas de la Escritura y alcanza su valor definitivo con Jesucristo, verdadero y definitivo Camino por el cual transitar hacia la Patria del Cielo.

El camino de la santidad como don de Dios

Tal vez se extrañe un tratado único en que San Agustín haya plasmado su pensamiento acerca de Cristo. Para nosotros, acostumbrados a un pensamiento de corte sistemático, la obra agustiniana nos desorienta, sobre todo si recordamos el orden riguroso de la obra de otros pensadores, como Santo Tomás de Aquino, más afín a nuestras coordenadas de pensamiento. Dicha desorientación, sin embargo, nos evidencia un principio fundamental que no debemos olvidar: no hay una obra de Agustín que hable *exclusivamente* de Cristo, porque *toda la obra agustiniana habla de Él*. La teología agustiniana desborda de la persona de Cristo porque es la teología de un hombre que recibió la invitación de parte de Cristo a caminar con Él, por pura iniciativa de Su gracia. *He aquí, Señor, mi corazón; he aquí mi corazón, del cual tuviste misericordia cuando estaba en lo profundo del abismo*. Sin la gracia divina, el corazón de Agustín se hallaba en la región del exilio, lejos del Dios para quien fue creado. *Que este mi corazón te diga qué era lo que allí buscaba para ser malo de balde y que mi maldad no tuviese más causa que la maldad. Fea era, y yo la amé; amé el perecer, amé mi defecto, no aquello por lo que faltaba, sino mi mismo defecto. Torpe alma mía, que saltando fuera de tu base ibas al exterminio, no buscando algo en la ignominia, sino la ignominia misma.*²⁰ La célebre oración que comienza con las palabras *tarde te amé*, en el libro X de las *Confesiones*, nos muestran el mismo itinerario: la lejanía de Dios en el corazón del hombre puede ser rota sólo por la intervención de Dios, que golpea las puertas del corazón y de todo nuestro ser.

Comentando el Salmo 70, Agustín trata el tema de la insuficiencia de la Ley para quien ha conocido a Cristo, y que sólo Su gracia es aquella que nos hace *caminar en la presencia del Señor*: *Con razón prosigue el salmo: Me introduciré en el poder del Señor*²¹; *no en el mío, sino en el del Señor. Porque ellos, al gloriarse de su poder, atendiendo a la letra, no conocieron la gracia unida a la letra. La ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad nos vinieron por Jesucristo*²². *Él vino para cumplir la ley, dando la caridad para que pudiera cumplirse la ley. De hecho, la plenitud de la ley es el amor*²³. No poseyendo los

19 SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev. Tr.*, 69,2.

20 SAN AGUSTÍN, *Conf.* 2,4,9.

21 Sal 71 (70),16.

22 Jn 1,17.

23 Rm 13,10.

judíos la caridad, es decir, no poseyendo el Espíritu de la gracia, ya que la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado²⁴, permanecieron gloriándose en la letra. Pero como la letra mata y el espíritu vivifica²⁵, no he conocido la literatura, y me internaré en el poder del Señor²⁶. De ahí que el versículo siguiente confirma y completa la precedente afirmación, como grabándola en los corazones humanos, impidiendo que se introduzca en ellos ningún otro sentido. ¡Oh Señor, me acordaré de tu sola justicia!²⁷ ¡Dichosa esta sola! Os pregunto: ¿Por qué añadió: sola? Habría sido suficiente con decir: Me acordaré de tu justicia²⁸. No obstante, dice “sola”. Porque así no pienso en la mía. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?²⁹ Es únicamente tu justicia la que me libera; la mía sola no son sino pecados. No me gloriaré, pues, de mis fuerzas; no me quedaré estancado en la letra; reprobaré la literatura, es decir, a los hombres que se vanaglorian en la letra, y que como frenéticos presumen erróneamente de sus fuerzas. Reprobaré a esos tales, y entraré en el poder del Señor³⁰, y así, cuando soy débil, entonces soy fuerte³¹, pues tú serás poderoso en mí, puesto que me acordaré de la justicia que es sólo tuya.

El texto citado de 1ª Carta a los Corintios 4,7 es el más utilizado por San Agustín para proclamar la primacía de la gracia divina y su rol imprescindible en la salvación del hombre. La humilde confesión de San Pablo en la carta, *¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*³² Nos hace comprender que la actitud de fondo del hombre ante la salvación que Dios le ofrece, es preparar su alma con el abono de la humildad. La Escritura hace abundante eco de ello, en primer término como *actitud del hombre*, en palabras del profeta Miqueas, que recuerda al pueblo de Israel lo que Dios quiere de él: *Se te ha indicado, hombre, qué es lo bueno y qué exige de ti el Señor: nada más que practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios*³³.

En segundo término, el Nuevo Testamento nos ofrece una novedad que sobrepasa las aspiraciones del mismo hombre: la humildad como *actitud de Dios*. El Dios Todopoderoso, que *hace saltar al Líbano como un novillo, y al Sarión como un toro salvaje*³⁴, se hace humilde, pequeño y frágil, a merced de los poderosos que buscan para matarlo, en un pesebre de Belén. Necesita una familia humana, y allí crece y se desarrolla, hasta el momento en que se da a conocer como Hijo de Dios. Uno de sus atributos mesiánicos será la humildad: *no gritará, no levantará la voz ni la hará resonar por las calles*³⁵, y su sacrificio redentor lo sufrirá en silencio. *Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abrió su*

24 Rm 5,5.

25 2Co 3,6.

26 Sal 71 (70),16.

27 Sal 71 (70),15-16.

28 Sal 71 (70),16.

29 1Co 4,7.

30 Cf. Sal 71 (70),15-16.

31 Cf. 2Co 12,10.

32 1Co 4,7.

33 Miq 6,8.

34 Sal 29 (28),6.

35 Is 42,2.

boca.³⁶ Él mismo se propondrá como modelo de mansedumbre y humildad de corazón: *Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana*³⁷.

Un texto agustiniano, no siempre citado, deja bien en claro que para el santo obispo de Hipona la santidad para el cristiano consiste en seguir durante su vida a Cristo hombre y humilde, para llegar a Cristo Dios. Él mismo se constituyó en su humildad el camino para que todos llegásemos a la patria eterna:

*Veamos, pues, cómo se debe seguir a Cristo, prescindiendo del derramamiento de la sangre y de la prueba que es la pasión. Hablando del mismo Cristo, dice el Apóstol: Quien, existiendo en la forma de Dios, no consideró una rapiña el ser igual a Dios —¡sublime majestad!—, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres y hallado como un hombre en el porte exterior*³⁸. ¡Qué humildad! Cristo se humilló: tienes, ¡oh cristiano!, a qué agarrarte. Cristo se hizo obediente, ¿por qué te ensoberbeces? ¿Hasta dónde se hizo obediente Cristo? Hasta encarnarse la Palabra, hasta participar de la mortalidad humana, hasta ser tentado tres veces, hasta ser el objeto de las burlas del pueblo judío, hasta ser escupido y encadenado, abofeteado y flagelado; y si esto es poco, hasta la muerte. Y si todavía hay que añadir el género de muerte: la muerte de cruz³⁹. Tal es nuestro ejemplo de humildad, medicina para nuestra soberbia. ¿Por qué te hinchas, oh hombre! ¿Por qué te extiendes, pellejo muerto? Pus fétido, ¿por qué te hinchas? Jadeas, te lamentas, te sofocas, porque no sé quién te injurió. ¿En base a qué reclamas venganza? ¿Por qué la sed de ella te quema las fauces, hasta el punto que sólo desistes de ir tras ella cuando te hayas vengado de quien te hirió? Si eres cristiano, contempla a tu rey; que se vengue antes Cristo, pues aún no se ha vengado quien por ti padeció tantos males, a pesar de que su majestad es tal que podía o no haber padecido nada o haberse vengado al instante. Pero en él la medida de su poder fue también la medida de su paciencia, pues padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas⁴⁰. Sin duda, estáis viendo, amadísimos, que hay muchas maneras de seguir a Cristo, aun dejando de lado el derramamiento de la sangre, las cadenas y las cárceles, los azotes y los garfios. Pasada esta humildad y derrotada la muerte, Cristo ascendió al cielo: sigámosle. Escuchemos al Apóstol, que dice: Si habéis resucitado con Cristo, gustad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra⁴¹. Vomitad cuanto de deleitable os haya inoculado el mundo de las cosas temporales; aunque brome asperezas y cosas terribles, despreciadlo. Quien se comporte así, no dude que se asocia a las huellas de Cristo, hasta poder decir, con razón, en compañía del apóstol Pablo: Nuestra vida está en los cielos^{42, 43}.

36 Is 53,7.

37 Mt 11,29.

38 Flp 2,6-7.

39 Flp 2,8.

40 1Pe 2,21.

41 Co 3,1-2.

42 Flp 3,20.

43 SAN AGUSTÍN, *Serm.* 304,3.

La dificultad de reconocer el don de la santidad

Esta doctrina, sin embargo, no es fácil de asimilar. El Cristianismo es la religión que por primera vez presenta ante la humanidad un Dios que se hace pequeño y asume toda la humanidad para entrar en nuestro mundo como un hombre verdadero, sin dejar de ser Dios verdadero. La Encarnación del Verbo constituye una realidad escandalosa ante la cual el judaísmo reaccionó expulsando de la sinagoga a los secuaces de Jesús de Nazaret, mientras que en el mundo helenístico dicha predicación puso en tela de juicio los dictados de la filosofía griega y su neta distinción entre la esfera divina y la materia del cosmos, considerada corrupta y, por ende, indigna de un dios. Hoy en día, la Encarnación sigue siendo, por lo menos, un atentado a la razón del hombre, si consideramos que el agnosticismo dejó una profunda huella en la comprensión cultural del hombre de Occidente: es imposible que un ser divino tenga algo que ver con nuestro mundo y, en el caso hipotético de que ese ser superior existiera, no tendríamos el modo de saber que existe. Las experiencias traumáticas de la Segunda Guerra Mundial y la reflexión que dio lugar a la teoría del *silencio de Dios* ante el llanto de los inocentes, reclusos en casas de cientos de ciudades a merced de los bombardeos nocturnos, o enredados en la maquinaria de muerte de los campos de concentración, han alimentado los rescoldos de esta matriz de pensamiento hasta nuestros días, en una sociedad cuyo progreso se ha convertido en su carta de presentación, con un hombre comprendido como el forjador de su propio destino a la luz de las oportunidades que dependen, en su gran mayoría, de la educación, su ingenio y sus talentos, para alcanzar una meta de felicidad que se ha acuñado bajo el término de *autorrealización*, y que no siempre coincide con la santidad propuesta con el Evangelio. La idea de la *humildad de Dios* como modelo a seguir no halla cabida en una sociedad que proclama la competencia como el motor de éxito y privilegia más bien la lucha antes que la colaboración con el otro. Por ende, la humildad se ha transformado en lo práctico como un valor para ser atesorado en las sacristías o en el desván de las cosas de familia, pero no como una actitud de vida. Simplemente, la humildad *no sirve para nada*.

Sin embargo, es al creyente de hoy, inserto en una sociedad de la ciencia, de la técnica y del espectáculo, ciudadano de un mundo que rechaza el mensaje de Cristo en sus instituciones y leyes, a quien llega el mismo y perenne llamado, desde el Evangelio, a reconocerse en su identidad en cuanto Hijo de Dios, *el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. Él nos destinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido. En Él hemos sido redimidos por su sangre y hemos recibido el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que Dios derramó sobre nosotros, dándonos toda sabiduría y entendimiento. Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme al designio misericordioso que estableció de antemano en Cristo, para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo. En Él hemos sido constituidos herederos, y destinados de antemano -según el previo designio del que realiza todas las cosas conforme a su bondad- a ser aquellos que han puesto su esperanza en Cristo, para alabanza de su gloria.*⁴⁴

44 Ef 1,3-12.

La santidad como fidelidad

Los religiosos, hijos de nuestra época, no somos inmunes a la dificultad de asimilar este mensaje de esperanza, que es el centro de la vocación a la cual hemos sido llamados, sobre todo cuando los criterios del mundo hacen sentir su voz en las opciones y parámetros con que medimos la vida. A menudo la competencia y el éxito toman las riendas de nuestra vida y apostolado y así podemos reducir nuestra misión a las actividades que prometerán una recompensa cuantitativa o mensurable que nos indicarán objetivamente que ha sido *un éxito*, como por ejemplo una actividad con jóvenes, capaz de convocar a muchos en torno a una oración o a una peregrinación, calificada como un éxito por su alta concurrencia, y al siguiente domingo verificar amargamente que los jóvenes que tanto cantaron, rieron y lloraron junto a nosotros simplemente desaparecieron. Muchos religiosos jóvenes hoy están entrando en crisis por los *fracasos* pastorales que están cosechando.

¿Cuánto hay, en estos parámetros de éxito al interior de la vida consagrada, de la antigua teología de la prosperidad, de la que hacen gala algunas iglesias pentecostales? Ciertamente, la misma lógica que encierra el hombre que prospera como signo de la bendición de Dios, puede estar bajo muchas estrategias pastorales y opciones de vida nuestras, sin darnos cuenta. Ante el espejismo de quien cree en esta teología, demasiado inmanentista para creer en ella sin sentido crítico, Santa Teresa de Calcuta recordaba en su libro *Amor, un fruto siempre maduro*, que *Dios no me ha llamado a tener éxito. Él me llamó a ser fiel*. La clave no está en perseguir el éxito o en sentirse confirmado por él como signo de aprobación divina. Ya en el Antiguo Testamento, una crítica radical a la teología de la prosperidad lo constituye el libro de Job, en el cual un hombre amado por Dios sufre una serie de calamidades sobre su vida y su familia, y se cuestiona por el sentido de todo, en presencia de sus incrédulos amigos. Todo se resuelve en el argumento de la voluntad de Dios como una realidad misteriosa para todo hombre, y desarma el argumento de la bendición divina como garantía de prosperidad. Esta idea teológica, presente también en el Segundo Isaías, sobre todo en el cuarto canto del Siervo de Yahvé⁴⁵, que los cristianos meditamos en la liturgia del Viernes Santo, prepara el camino a la venida del verdadero Siervo de Dios, Jesucristo. Su obediencia sin reservas al Padre lo lleva a someterse incluso a la muerte, y muerte en una cruz, una realidad de fracaso si la vemos sólo con la óptica humana, tal como la vio Pedro y reaccionó a ella diciendo: «*Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá*»⁴⁶. Sin embargo, la Resurrección es la respuesta definitiva de Dios a la muerte y a la desesperanza, y así se convierte en la esperanza cierta para todos los que, muriendo al mundo, hemos sido hechos hijos de Dios y miembros de Cristo por medio del bautismo.

El salmo proclama la realidad de la fidelidad al designio de Dios diciendo: *Tú no quisiste víctima ni oblación; pero me diste un oído atento; no pediste holocaustos ni sacrificios, entonces dije: “Aquí estoy. En el libro de la Ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo, Dios mío, tu voluntad, y tu ley está en mi corazón”*⁴⁷. Recordemos que Dios siempre nos ofrece sus dones, pero solicita nuestra respuesta para hacerlos fructificar. Él nos dará la fuerza de su gracia para crecer en la santidad día a día, sobre todo a través de la vida

45 Is 52,13 – 53,12.

46 Mt 16,22.

47 Sal 40 (39), 7-9.

espiritual y la recepción de los sacramentos como medio de santificación. En estos ejercicios espirituales meditaremos, ante todo, sobre el modo en que debemos crecer en la fidelidad en nuestro peregrinar hacia Dios acogiendo día a día el don de la santidad a la cual estamos todos llamados.

Para la reflexión

1. ¿Quiero ser santo? ¿Qué lugar alberga en este momento de mi vida la pregunta por mi santidad personal y por la santidad de mi comunidad?
2. En mi seguimiento del Señor, caminando en su presencia, ¿me contento con cumplir sus mandamientos, haciendo lo que debo hacer en el seno de la comunidad y en mi apostolado, o me esfuerzo por amar adelantándome a las necesidades de mis hermanos?
3. ¿Cuáles son los parámetros que sigo a la hora de planificar las actividades pastorales propias de mi misión? ¿Cuántas veces he preferido aquellas más exitosas o gratificantes?
4. ¿Cuál es la enseñanza que el Señor me ha dado cuando he debido enfrentar el fracaso en mi vida espiritual y pastoral?



TEMA 2: EL LLAMADO A LA SANTIDAD EN NUESTRO SER RELIGIOSO.

OBJETIVO: La misión vital de guiar a una humanidad que no se deja conducir fácilmente, descansa sobre hombres y mujeres, dóciles al Espíritu Santo; individuos que la Providencia suscita a modo de iluminadoras antorchas que caminan junto a sus semejantes, soportando el peso del mundo; elegidos para impugnar amable y pacíficamente, con el testimonio de su vida y palabra, a aquellos que con sus errores y gestos desafiantes rinden culto al espíritu mundano. Lo más alentador de estos hombres y mujeres que se dedican a hacer el bien, es su denuedo altamente positivo de construir y levantar; hombres y mujeres de Santidad que paso a paso se van convirtiendo en la certeza popular de la verdad cristiana; signos elocuentes de que Dios jamás abandona a la humanidad.

INTRODUCCION

Actualmente, en el contexto de nuestra sociedad donde casi todos desean alcanzar el éxito en los negocios y profesiones más onerosas y mejor pagadas; en la vida lujosa, cómoda y sensual; y en otros campos más, por el mismo estilo; hablar de Santidad, para unos suena a algo arcaico y medieval, y, para otros, suena romántico o ingenuo; y a quienes pretenden tomar la Santidad como ideal y camino de vida, se les considera ilusos. Ante realidad tan triste como preocupante, nos cuestionamos: ¿Qué noción y comprensión se tiene de la Santidad? ¿Cómo se le debe entender? A la luz de la constitución dogmática *Lumen Gentium*, núm. 39, brevemente, trataremos de contestar.

Toda la Humanidad está llamada a la Santidad... ¿Por qué razón? *“Porque ésta es la voluntad de Dios..., nuestra santificación”* (1Ts. 4, 3); *“Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él, por el amor”* (Ef. 1, 4); así lo afirma el apóstol de los gentiles, San Pablo, y, lo reafirma de la manera siguiente: *“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviese el don de la profecía y conociere todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiese todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha”* (1Cor. 13, 1-3)

La principal y primera vocación que Dios nos ha concedido a los seres humanos, no es a ejercer un oficio, una profesión o una ocupación, sino La Vocación a ser santos e irreprochables ante Dios, por el Amor; y se realiza, amando toda la vida; y para que podamos vivir amando, Cristo nos regala más que una promesa, su certeza, diciéndonos: *“El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho”* (Jn. 14, 26). El Espíritu Santo es quien nos permite y ayuda a discernir las Sagradas Escrituras para que podamos vivir y expresarnos con la Santidad y Sabiduría de Dios: *“Tendrán una sabiduría tal que nadie los podrá contradecir”* (Lc. 21, 15)

Si bien es cierto que la Iglesia es indefectiblemente Santa por la santificación que del Único Santo, Cristo, ha recibido; y, a la vez, enaltecida con el don del Espíritu Santo; tanto los Jerarcas como los apacentados por ellos, estamos llamados a la Santidad. Santidad que de manera peculiar, aparece en la práctica de los comúnmente llamados Consejos

Evangélicos, de los que textualmente, se dice: *“El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad”* (Lumen Gentium, núm. 44)

EL RELIGIOSO Y SU RESPUESTA DE SANTIDAD

Después de esta breve introducción y entrando en el tema que nos corresponde, lo hacemos, afirmando, que todos los hombres tenemos como meta la Santidad de Dios, quien ha sentenciado: *“Porque Yo soy, Yahvé, vuestro Dios; santificaos y sed santos, pues, Yo soy santo”* (Lev. 11, 44; 1 Pe.1, 16); y, como Dios jamás exige lo que no ha dado, a fin de cumplir con lo que nos manda, siempre nos recuerda: *“Voy a poner mi ley en lo más profundo de tu mente y voy a gravarla en tu corazón porque Yo soy tu Dios y tú eres mi pueblo”* (Jer. 31, 33-34; Heb. 8, 10). Encarnada, pues, la Ley Divina en todos los que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nuestro Creador; es nuestro deber tender hacia dicha Santidad, avanzando, concreta y específicamente, por diversos caminos de Espiritualidad.

“La Vida Religiosa” o “Vida Consagrada”, como uno más de los caminos que llevan a la Santidad de Dios, se mueve en torno al eje de los votos de Pobreza, Castidad y Obediencia; votos que profesamos los Religiosos jurídica y públicamente, no como algo transitorio y circunstancial, sino como un verdadero Estado de Vida Eclesial, existente y permanente a tenor del Derecho Canónico, canon 573: “una auténtica configuración con el único Santo y Consagrado por Excelencia, Jesucristo, Nuestro Redentor”.

Si bien es cierto que la llamada Tríada Evangélica (Pobreza, Castidad y Obediencia) no aporta ningún nuevo contenido teológico a la esencia de la Vida Religiosa; también es cierto que por medio de ella se va detallando una Total Consagración a Dios de manera eficaz en todo lo que significa la vida del hombre. Lo cual quiere decir que la Vida Religiosa, en el corazón mismo de la Iglesia, debe ser lo que Jesucristo, espera: garantía de que Dios es la potencialidad de la vida humana y el gran arquitecto de todos los posibles proyectos de sus hijos; que para nosotros, Religiosos y según San Agustín, es: degustar la experiencia de Dios, compartiéndola como la expresión del único voto que, en la práctica, más le agrada: *“Que quienes nos vean y escuchen, crean; creyendo, esperen; y esperando, amen”* (De Chat, Rud. 4, 11) ¡Esta es nuestra principal consigna!

Cuando los Religiosos, libre y voluntariamente consagran su vida a Dios para servir mejor a sus semejantes; dicha intrepidez, escuchémoslo bien, solo se posible para quienes viven y se sienten muy vinculados a Aquel que tiene palabras de vida eterna, Jesucristo, quien de manera muy peculiar, siempre nos recuerda: *“No son ustedes los que me han elegido a mí; soy Yo El que los eligió a ustedes y los he destinado para que vayan y den mucho fruto y su fruto permanezca; de modo que todo lo que pidan a mi Padre, en mi nombre, Él os lo conceda”* (Jn 15, 16)

Por esta más que suficiente razón, la Vida Religiosa, peculiar impulsora de Santidad, debe revitalizar constantemente a los Consagrados a fin de que vivan con mayor conciencia y compromiso todas las posibles relaciones que se tengan con las cosas, con la sociedad y por supuesto, con Dios. En esta específica modalidad es como San Agustín se atrevió a definir al Religioso, como: *“Homo Dei nomine consecratus et Deo votus”*, hombre consagrado en nombre de Dios y dedicado a Él ((De Civ. Dei X, 6). Definición que personaliza una real

configuración con Jesucristo y, como otra Humanidad Suya, reproduce y visualiza, en la Iglesia y para el mundo, su particular Género de Vida.

COMPROMISO TEMPORAL Y DIMENSIÓN ESPIRITUAL DEL RELIGIOSO

¿Será posible vivir con una dedicación completa y total a Dios? Sí, sí es posible y se va logrando pacientemente, con la luz y bajo el calor del Espíritu Santo que se nos ha regalado en el momento de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación. Desde entonces y más tarde, fortalecidos con la Profesión Religiosa, quedamos íntimamente unidos a Jesucristo: poseyendo su misma vida, siendo su pueblo santo, un reino de sacerdotes llamados a vivir la triple dimensión con la que Jesucristo vivió como hombre entre los hombres: Pobre, Casto y Obediente.

Con nuestro ***Voto de Pobreza Evangélica*** vamos desarrollando nuestro estatuto ontológico-creatural, como lo más propio de nuestro ser humano. Ser creatura, es estar recibiendo incesantemente de Dios nuestra esencia y nuestra consistencia. Ser criatura, es comprender que todo lo que somos y tenemos, nos *pro-viene*; hasta la misma capacidad de recibir, es un don de Dios. Ser criatura es evidenciar esa umbilical dependencia con respecto a Nuestro Creador, ante quien jamás seremos dueños y señores. Por nuestro voto de Pobreza Evangélica vamos creciendo en la humilde y firme convicción de ser, únicamente, administradores de la multiforme gracia que Dios nos ha confiado.

Con nuestro ***Voto de Castidad o Virginidad Consagrada***, Jesucristo nos permite crecer en la conciencia de que nuestra vida casta y virginal no tiene significado de egoísmo y mucho menos de desprecio a la sexualidad, en su más amplio significado. Más bien, con el voto de Castidad, nos vamos capacitando para que vayamos logrando renunciar a todo instinto de dominio y posesión sobre las personas; y, con la gracia de Dios, podamos mantener vivo el testimonio ejemplar con el que Jesucristo continúa eligiendo a algunos de entre los hombres para que, como Él, también ellos y nosotros vivamos la radicalidad y la sobreabundancia en el Amor.

Viviendo responsablemente nuestro ***Voto de Obediencia Evangélica***, tanta más será nuestra autoridad moral, cuanta mayor sea nuestra sumisión a las leyes de Dios. Imponer a otros nuestras mezquinas ordenanzas, sería sustentar el poder que nos impediría desarrollarnos como seres humanos, pues, el objetivo exacto de la autoridad moral deriva del verbo latino “augere” que significa “*ayudar a crecer*”; como obediencia, también proviene del latín *ob-audire* que significa: “*escuchar*”. Escuchando a Dios, en diálogo fraterno, es como nos ejercitamos en su vida divina y logramos crecer en Santidad y Justicia.

Nuestros Votos Religiosos deben ser expresión de nuestra vocación que, como ya se ha dicho, tiende a la Santidad; y deben, igualmente, constreñir en nuestro espíritu y en nuestro cuerpo la dimensión trascendental y escatológica del más allá que constantemente nos está reclamando la inquietud de nuestro corazón que jamás se calmará hasta que descansen en Dios (S. Agustín, *Conf.* 1, 1). Entiendo que dicha experiencia teologal debe ser una dinámica

de espera confiada y feliz. Dinámica alimentada con la esperanza de un mundo donde toda nutrición, incluyendo la sentimental, sea compartida con todos nuestros congéneres.

Nuestros Votos Religiosos deben ser la expresión testimonial de nuestro compromiso positivo y edificante, debido a que nuestro espacio temporal, es indicativo fehaciente de la presencia de Dios, en el mundo. Nuestros Votos Religiosos solo tendrán sentido y razón de ser, si nos permiten reajustar constantemente nuestra vida a la acogida que hagamos del Amor; Amor del que Dios nos hace partícipes y que siempre nos estará recordando que jamás debemos interrumpir nuestra misión de servir; misión que no recibimos a partir de este mundo y sus gritos, sino a partir de Aquel que nos la ha confiado, en su Hijo y en el Espíritu Santo.

Nuestra Consagración Religiosa es la vocación más grandiosa que de Dios hemos recibido y no merece la demeritemos ni siquiera por breves momentos; y sí, por el contrario, conviene que la amemos y la respetemos de la manera más explícita y consciente. Esta irrefutable verdad es la que nos permite vivir con renovada alegría Nuestro Estado Religioso; y, mucho más, al saber que Jesucristo jamás se arrepiente de habernos llamado a participar de este magnífico Don, ni siquiera cuando le somos infieles, *porque negarse a sí mismo, no puede* (2 Tim.2,13)

El compromiso de nuestra Vida Religiosa, si bien es cierto que depende únicamente de la gratuidad de Dios, también es cierto que en ella debemos poner todo lo que esté de nuestra parte para que progrese y se manifieste en su ambiente más genuino de fidelidad, oración, comunión de vida y comunidad de bienes. Con esta conciencia cristiana, debemos agradecerle a Dios e igualmente suplicarle fortalezca nuestra personal decisión de seguir Evangélicamente a Jesucristo, seguimiento que literalmente, lo es “TODO”: el principio y el fin, la esencia y la consistencia.

Por este razonamiento teologal, la formación de todos los hombres y de manera específica para nosotros los Religiosos, según San Agustín, consiste, en: capacitarnos para que vivamos de manera consciente y luminosa nuestra realidad más profunda, a fin de que al encender la luz de nuestra propia comprensión, podamos trascender todo lo falso e inauténtico que hayamos adquirido, y, demos paso a La Verdad. Iluminados así, será como mejor lograremos escuchar la voz del único Maestro, que es Jesucristo, quien nos habla desde nuestra interioridad y con Él vayamos descubrir el hermoso secreto de saber responder a la mentira, con la Verdad; a la oscuridad, con la Luz; a la esclavitud, con la Libertad; a la violencia, con la Paz; a la maldad, con la Bondad; en una palabra, lograr que impere la ley del Evangelio que es la práctica del AMOR, escuela en la que todos somos discípulos del mismo Señor (*Serm. 242, 1*)

La Santidad a la que como discípulos de Jesucristo estamos llamados, es a redactar una historia de amor, viviendo, como Él lo hizo: íntimamente unidos a Dios Padre y en estrecha convivencia con todos los hombres, nuestros hermanos. Como Cristo, también nosotros, cristianos, estamos llamado a esbozar una historia de amor, pues, “*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos y ustedes serán mis amigos si hacen lo que yo les mando*” (Jn. 15, 13).

El apóstol San Pablo nos exhorta a vivir “*como conviene a los santos*” (Ef. 5, 3); y “*como elegidos de Dios, santos y amados, nos revistamos de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia*” (Col. 3, 12). Tender hacia la Santidad es el proceso de sanación del mundo enfermo; es el bálsamo medicinal que Dios suministra y nos ofrece en su amor increado, Jesucristo, su Hijo amado, en quien todo lo formó: **Creación**; amándonos primero: **Redención**; derramándolo en nuestros corazones: **Santificación**. El Amor Divino sana y santifica porque es la Fuente exuberante de la Vida.

CONCLUSIÓN A MODO DE REFLEXIÓN

Dirigiéndome a todos los que confiesan la Fe en Jesucristo, en cualquier Estado de Vida, concluyo, invitándoles a la siguiente reflexión: avanzan por el camino de la Santidad no quienes hacen rarezas, ni desempeñan actos extraordinarios; sino más bien, quienes viven y realizan extraordinariamente sus compromisos más ordinarios y cotidianos. Progresan por el camino de la Santidad quienes a la luz del Espíritu Santo y sintiendo el fuego de su Amor Divino, se van abriendo atraídos por la belleza y jamás descansan, hasta que convencidos y embelesados logran experimentar que la belleza por excelencia, es Dios. Discernimiento por la que el Papa San Juan Pablo II, de feliz memoria, dijo: “*Sólo hay una tristeza, no ser Santo; no ser Santo y no intentarlo, es una locura*”.

Los enamorados de la Santidad traslucen la experiencia que tienen de Dios, con el único fin de introducir a sus semejantes en la esfera de lo Divino, convirtiéndose así, en los mejores comentaristas del Evangelio de Jesucristo; pues, la vida de quienes viven santamente se va convirtiendo en un maravilloso reflejo que ilumina las distintas parcelas de la vida humana. Por consiguiente y en opinión de San Gregorio Magno, los santos, son: “*libros para los que no saben leer y sus vidas se convierten en escuela para los creyentes*. Quienes viven santamente, se van convirtiendo en testimonio humilde y persuasivo que a todos, dice: quien no escucha a Dios ni se propone hacer su santa voluntad, nada tiene que decirle al mundo.

PREGUNTAS:

1. ¿Cuáles son las experiencias muy personales de Santidad por las que convencido te encuentras de estar encausando correctamente tu Vocación Religiosa?
2. ¿Qué facticidades, ya operando, garantizan que tu comunidad conventual vive el serio compromiso que conduce a la Santidad querida por Dios?
3. A fin de no defraudar a quienes esperan lo mejor de nosotros, religiosos que debemos tender hacia la Santidad: ¿Qué debemos hacer que aún no lo hayamos intentado, hasta el presente?

ESCRITOS CONSULTADOS:

LA SANTA BIBLIA, *Antiguo y Nuevo Testamento*, Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.

CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones*, La BAC, Madrid, 1970.

CODIGO DE DERECHO CANONICO, edición bilingüe, La BAC, Madrid, 1994.

SAN AGUSTÍN, *Obras completas*, edición bilingüe, La BAC, Madrid, 2006.

VARIOS AUTORES, *La Adaptación y la Renovación de la Vida Religiosa*, Ediciones STUDIUM, Madrid, 1969.

SEVERINO MARIA ALONSO, *La vida Consagrada*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1975.

LUCAS GUTIERREZ VEGA, *Teología Sistemática de la Vida Religiosa*, Instituto de Vida Religiosa, Madrid, 1976.

JOSE MORALES, *La experiencia de Dios*, Ediciones RIALP, S. A., Madrid, 2007.

VICENTE BOSCH, *Llamados a ser santos*, Ediciones Palabra, Madrid, 2008.

JAVIER MELLONI RIBAS, SJ, *El deseo esencial*, Editorial SAL TERRAE, Santander, 2009.



TEMA 3: LA SANTIDAD DE LA VIDA RELIGIOSA SE REFLEJA EN LA ALEGRÍA DE LA VIDA COTIDIANA.

Santidad y Alegría de la Fe son inseparables. “Un Santo triste es un triste Santo”, afirma San Francisco de Sales. Es decir, que no es tan Santo como podríamos afirmar. Sin embargo hay alegrías muy diferentes, que nos alejan de la santidad y de Dios; En este tema queremos subrayar la Alegría que procede de Dios y de nuestra unión con El, tanto personalmente como en nuestra Fraternidad Comunitaria.

Hay, sin embargo, dos clases de Alegría, o Felicidad:

- a. **La de la Carne.**- Es feliz el que tiene riqueza, salud, fama, éxito, admiración y aprecio, amistades, larga vida, etc. Y tristeza y depresión, en las contrariedades, oposiciones o carencia de los bienes de este mundo. Los impulsos de la carne nos animalizan: El perro meneaba de gozo su cola ante el que le daba de comer y lo acaricia; y ladra agresivamente al extraño o lo maltrata.
- b. **La del Espíritu.**- Es feliz el que fundamenta su Vida en Dios, su Creador, Padre y Sostén; y sabe que Él es su Hogar, del Comienzo, del Camino y de la Meta Final, junto con Jesucristo enviado para hermanarse con nosotros; y María, que Dios nos ha dado como Madre Protectora. Y sabe vencer el Mal a fuerza de Bien: El odio con amor; la ofensa con perdón; al enemigo con amistad comprensiva y fraterna.

Esta felicidad no se opone a la Tristeza ante una Humanidad dividida, con abundancia de malvados, sin Fe Religiosa, egoístas, discriminadores, dominadores y aun asesinos.

La Humanidad avanzará a la verdadera Alegría, en la medida en que todos formemos una Sola Familia, como hijos de Dios. Las Fraternidades Religiosas pretenden ser ejemplo de esa Utopía.

Exponemos a continuación las llamadas a la verdadera Felicidad, personal y colectiva en la Biblia, en los Documentos de la Iglesia y en la experiencia y testimonio de San Agustín.

I.- LA FELICIDAD EN LA BIBLIA

Son multitud los textos bíblicos del A.T., que nos apremian a la alegría. Nos centramos aquí particularmente en aquellos que anuncian la «alegría mesiánica», que proclaman los profetas. Los profetas enfatizan primero los sufrimientos y desdichas por los que pasan los creyentes, resultado de sus caminos desviados. Y levantan el ánimo de todos anunciando la llegada ya próxima del que instaurará, entre los hombres, la verdadera alegría, y abrirá el Camino que a ella conduce: El “**Mesías**”; el “**Ungido** de Yavéh”; el “**Cristo**”. Rey excepcional, con poder para destruir todas las tinieblas.

● ***“En aquel día el Señor destruirá para siempre la muerte; enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará de todo el país el oprobio de su pueblo. Lo ha dicho el Señor. En ese día se dirá: «Alegrémonos, gocémonos; Él nos ha salvado» (Is. 25,8-9).***

● En aquellos días se instaurará la paz perfecta: ***“Habitará el lobo con el cordero; la pantera se tumbará con el cabrito; el novillo y el león pastarán juntos; la vaca pastará con el oso; el león comerá con el buey; y el niño jugará en la hura del áspid y podrá meter la mano en el escondrijo de la víbora...” (Is. 11, 6-8).***

● ***“Esto dice el Señor: El desierto y el yermo se regocijarán; se alegrarán el páramo y la estepa; florecerá como flor de narciso; se alegrará con gozo y alegría... Fortaleced las manos débiles; decid a los cobardes de corazón: Sed fuertes; no temáis; aquí está su Dios para salvarlos” (Is. 35, 1-4).***

● ***“Alégrate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén: ¡El Señor ha cancelado su condena!” (Sofonías 3, 14).***

● ***“Miren: Yo voy a crear un cielo nuevo y una nueva tierra. Llénense de gozo y alegría para siempre; porque voy a crear una Jerusalén feliz, y sentiré gozo con mi pueblo. En ella no se volverá a oír llanto, ni gritos de angustia” (Is. 65, 17-18).***

Los textos son muy numerosos. Sin embargo, la Alegría anunciada va unida a la Cólera y Venganza de Dios con los malvados, que Dios detesta y condenará. El Nuevo Testamento, en cambio, deja en claro que Dios es Amor Misericordia con los pecadores y envía a su Hijo al mundo para salvarlos. Y declarará: ***“Dios no envió a su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan, 3, 17).***

Jesús revisó y quiso superar, por ello, el Antiguo Testamento: ***“Oísteis que se dijo...Pero Yo os digo... (Mt. 5). La Carta a los Hebreos declara abiertamente que ““Si aquella primera Alianza hubiera sido perfecta, no habría habido lugar para una segunda. Pero de hecho, Dios la encontró imperfecta” (Heb. 8,7-8).***

Y he aquí la lección que frecuentemente olvidamos: No podemos por ello leer el A.T., en el mismo plano y al mismo nivel que el Nuevo.

El fundamento y motivaciones de la alegría, son, en efecto, imperfectas en el Antiguo Testamento. El judío entendió que la salud, la riqueza, el poder, el éxito y la suerte, son signo de las bendiciones de Dios; mientras la enfermedad, la pobreza, la condición humilde, los problemas y sufrimientos de la vida, son castigo de Dios y signo de su maldición. Son motivaciones imperfectas que Jesús desmentirá y tratará de superar. Veamos.

2.- EL ANUNCIO DE LA ALEGRÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

El primer anuncio de la Alegría proclamada en el N.T., recibió el nombre de la **«Buena Nueva»**, o portentosa y feliz noticia, que da nombre a todo el Mensaje de Jesús (=Eu-Anngelion). Un ángel comenzó anunciándola, al nacer Jesús en Belén:

- **“No temáis. Os traigo la Buena Noticia; la gran alegría para todo el Pueblo: Hoy, en la Ciudad de David, os ha nacido un Salvador; el Mesías, el Señor”** (Lc. 2, 10-11).
- Jesús inaugura su misión, proclamando lo mismo: **“El Espíritu del Señor me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres; la liberación a los presos; dar vista a los ciegos; la libertad a los oprimidos”** (Lc. 4, 18).

Y esa Buena y Alegre Noticia se sustentará en dos motivaciones fundamentales:

- **1ª.- La revelación de un nuevo Rostro de Dios.-** No el Dios discriminador, justiciero y vengativo, y, por ello, temible, en que se pensó hasta entonces; sino un Dios-Amor, con entrañas de Padre, que ama a todos como hijos.
- **2ª.- Que, en consecuencia, todos somos hermanos,** y miembros de una misma y única familia: La **«Familia de Dios»**.

A la luz de esta «Feliz Noticia», los fundamentos de nuestra alegría cambian radicalmente:

- **El Dios-Amor y Padre, que Jesús nos anuncia, es el Ser más confiable que podemos imaginar.** Porque nos ama en las buenas y en las malas; cuando seguimos el camino correcto, y cuando lo desviamos, como pródigos u ovejas perdidas.
- **Dios no nos ama porque lo merezcamos,** o en la medida en que lo merecemos con nuestras buenas obras. Nos ama «gratuitamente»; por una sola razón: «¡Somos sus hijos!».
- **El fundamento y motivación últimos de nuestra alegría no está en que nosotros amamos a Dios;** sino en el hecho que **somos amados por Él,** repetimos, en las buenas y en las malas; cuando nos portamos bien y cuando nos portamos mal. **Dios nunca es el problema; es siempre la solución,** con tal que nosotros la queramos.
⇒ **El papá ante sus dos niños en pelea:** “hijo, eso no es cierto” papá os quiere siempre; os portéis bien u os portéis mal. Con una diferencia: con un amor feliz cuando os portáis bien. Con un amor triste, cuando os portáis mal.
- **La alegría que Jesús anuncia no es opuesta al sufrimiento y el dolor.** Por el contrario, augura que sus discípulos habremos de pasar por incomprensiones, críticas, persecuciones y problemas. Pero **“Dichosos los que lloran; los que sufren; porque ellos serán consolados”.** Y **“dichosos ustedes cuando les odien, los excluyan, los injurien y maldigan por mi Causa. Alégrense entonces y salten de felicidad, porque su recompensa será grande en el cielo”** (Lc. 6,22-23).

La alegría de que Jesús habla no es algo que encontremos fuera, sino algo que llevamos en el corazón, y nada ni nadie podrá arrebatarlos, si nosotros no queremos: **“Ni la muerte, ni la vida; ni los ángeles, ni los principados; ni el presente ni el futuro; ni poderes de cualquier clase ; ni lo de arriba o de abajo; ni cualquier otra criatura, podrá separarnos del amor del Dios manifestado en Cristo Jesús”** (Rom. 8, 38-39).

Por eso, el mismo San Pablo nos apremia: **“Estén siempre Alegres en el Señor. Se lo repito: ¡Estén alegres!”.** **El Señor está cerca”** (Filip. 4, 4-5). Tan cerca, que lo llevamos dentro. ¡Jamás nos deja de la mano! Por estas mismas razones, Jesús repite de continuo a los que le rodean: **«No temáis»; «no tengáis miedo»; «¿por qué os preocupáis; es que aún no tenéis fe?»; «no os angustiéis, pensando en el mañana»; «mi paz les dejo; mi paz les doy»; «alégrense, porque sus nombres están escritos en el cielo».**

En síntesis, Jesús quiere discípulos alegres, gozosos, confiados. No importan las dificultades y problemas del camino; ni siquiera los tropezones.

Nuestra Iglesia Católica ha expresado en gran diversidad de Documentos el tema de la verdadera Alegría, que Dios nos comunica. Por ejemplo la *Evangelii Gaudium*, la *Lumen Gentium*, Concilios Ecuménicos, Documentos Papales, etc., difíciles de comentar aquí.

3.- LA FELICIDAD, TESTIMONIO Y DOCTRINA DE SAN AGUSTIN

A. DE SU VIDA ALEJADO DE DIOS A SU CONVERSION.

San Agustín vivió 76 años; de ellos 46 años los vive sin Fe Cristiana, a pesar de los esfuerzos de su santa Madre Mónica por su conversión. A sus 18 años, se une con una concubina con la que tendrá un hijo: Adeodato. Al fin, conoce y se relacionan con el Obispo Ambrosio; se convierte a la Fe, y es bautizado por él a sus 46 años. Años después es ordenado Sacerdote, por fin Obispo de Hipona en el año 395.

Recordando su larga vida extraviado de la Fe Cristiana, Agustín declara en sus Confesiones:

Amando la vida feliz, la temía allí donde se hallaba y la buscaba, huyendo de ella” (Conf. 6, 11, 20).

“Yo estaba dentro de mi y yo andaba fuera, y por fuera te buscaba. Y feo como estaba, me arrojaba sobre las bellezas de tus criaturas” (Conf. X, 27, 38). *“Tú estabas dentro, más interior a mi mismo que yo mismo”* (Conf. III, 6, 11).

B. RUMBOS DE CONDUCTA DESVIADOS

Ser feliz: motor de su incesante búsqueda

31. *“¿Dónde y cuándo he experimentado yo mi vida feliz, para que la recuerde, la ame y la desee? Porque no sólo yo, o yo con unos pocos, sino todos absolutamente quieren ser felices, lo cual no deseáramos con tan cierta voluntad si no tuviéramos de ella noticia cierta. Conf. X, 21, 31.*

Agustín es consciente de que el anhelo de una vida feliz le ha acompañado a lo largo de toda su vida. Incluso cuando estaba muy lejos de haberla alcanzado y, por lo mismo, muy antes de haberla conocido. Y ahora se pregunta: **¿De dónde sale ese anhelo indeclinable de felicidad plena, que no se satisface con cualquier cosa?: “¿Dónde y cuándo he experimentado yo mi vida feliz, para que la recuerde, la ame y la desee?”** (Conf. X, 21,

31). En todo caso, una aspiración tan apremiante que ha sido el **motor real** de todas sus búsquedas.

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”. Conf. CAP. XXVII.

La experiencia de Agustín ha sido que, durante largos años, sus diversos rumbos en búsqueda de esa felicidad, resultaron espejismos y acabaron en desencanto. ¿Por qué? ¿En qué falló? Y confiesa su propia contradicción: ***Amando la vida feliz, la temía allí donde se hallaba y la buscaba huyendo de ella***” (Conf. 6, 11, 20). Nos hace, en consecuencia, un largo listado de los espejismos en los que buscó la felicidad, terminando en desencanto: ***“Cuando estoy triste, recuerdo mis gozos pasados; y cuando me siento miserable añoro la vida feliz”*** (C X, 21, 30). Y, por experiencia propia, afirmará que todos anhelamos ser felices, pero no todos atinamos con el camino, ni todos estamos dispuestos a poner los medios: ***“Todos quieren ser felices; pero no todos quieren los medios para alcanzarlo”*** (Conf. X, 23, 33).

La lección golpeó interiormente a Agustín que concluye: ***“Este tipo de reflexiones me servía para evaluar cómo me iba. Y comprobaba que me iba francamente mal”*** (ibidem).

C. LA MIRADA A SÍ MISMO EN EL PRESENTE A LA LUZ DE LA FE

La felicidad verdadera

32. Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que se confiesa a ti, lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de ti, para ti y por ti: ésa es y no otra. Más los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo”. Conf. X, 22,32

Entiende ahora Agustín que la aspiración a la felicidad es parte integrante y fundamental del diseño humano del Creador; decimos llanamente «de la naturaleza humana» ***“Tu ser es tu felicidad”*** (Conf. XIII, 3, 4). Significa que los seres humanos estamos hechos para ser felices: ¡Dios nos ha creado para que seamos felices!. De tal modo que, cuando se frustra este objetivo, o tratamos de alcanzarlo persiguiendo simples espejismos, se abre dentro un ***“vacío existencial”*** que se traduce en ansiedad, depresión, inquietud y tristeza. La felicidad es, por consiguiente, un objetivo irrenunciable. Su aspiración aflora de continuo por todos nuestros poros.

Agustín reconoce que la felicidad fue el objetivo central de todos sus anhelos y rumbos de vida. Pero erró el camino: ***“Amando la vida feliz, la temía allí donde se***

encontraba, y la buscaba huyendo de ella” (Conf. VI, 11,20). Ahora confiesa que **“Cuando te busco a Ti, Dios mío, lo que busco es la vida feliz”** (Conf. X, 20, 29). Pero al fin descubre que «cuando buscaba ser feliz, en realidad estaba buscando a Dios», sin él saberlo. Porque **“sólo es feliz aquel que posee a Dios”** (De Beata Vita, 1,11). Y por ello, **“uno es feliz realmente, no cuando tiene lo que ama, sino cuando ama lo que debe ser amado”** (In ps. 26, 2,7).

D. LAS LUCES DE AGUSTÍN

SER FELIZ, ASPIRACION INDECLINABLE DE TODO SER HUMANO

- *“No solamente yo y unos pocos, sino todos sin excepción alguna, queremos ser felices”* (Conf. X, 21,31).
- *“Pregunta a todos los hombres si quieren ser felices, y todos te responderán al unísono que sí”* (Conf. X, 20,29).
- *“Así como no hay nadie que no quiera vivir, tampoco nadie vive que no quiera ser feliz”* (De Civ.D., XI, 26).

Es ilusorio pretender encontrar, en esta vida, una felicidad proporcional a la anchura y latitud de nuestras aspiraciones. Y Agustín declara: **“La felicidad en esta vida mortal se tiene en esperanza más que en realidad”** (In Jo. Ev. 86,1). **“Nadie pues ponga la esperanza en los bienes presentes; nadie se haga la promesa a sí mismo de conseguir la felicidad en este mundo porque es cristiano”** (In ps. 91,1).

La felicidad plena y verdadera está en la **meta**, y no tanto en el camino; aunque en buena dosis la disfrutemos ya en el camino: **“No busques la felicidad en la región de la muerte. No está allí. No puede haber felicidad donde ni siquiera hay vida verdadera”** (Conf. IV, 12,18). Por ello la obsesión por ser felices ya, se convierte fácilmente en una trampa; porque nos impulsa a buscar la plena felicidad en satisfacciones, gozos y placeres, a los que muchas veces sería más noble renunciar, en favor de la felicidad de los demás.

También Agustín identificó, por mucho tiempo, placer y felicidad, como él mismo confiesa. Será éste un tema recurrente en sus obras escritas, aparte de la dedicada expresamente al tema: **“DE BEATA VITA”**, la segunda de sus obras, que escribe recién convertido y 14 años antes que las Confesiones. Y en su obra **“De Doctrina Christiana”**, también anterior a las Confesiones, tratará de deshacer la confusión frecuente entre los bienes que nos han sido dados **“para el uso”**, y bienes que se nos dan **“para el gozo”** (cfr. De Doc. C., I, 3,3 y 4,4). Por ello, no dudará en declarar, en su tratado De Trinitate, inspirado en su propia experiencia, que **“Todos los que son felices tienen lo que quieren; pero no todos los que tienen lo que quieren son felices”** (De Trinit. XIII, 5,8).

INTERROGANTES

- 1.- ¿Cómo afronto las tristezas y contrariedades que nunca faltan en mi vida personal?
- 2.- ¿Qué experiencias personales me alejan de la verdadera felicidad?

3.- ¿En qué medida vivo el principio cristiano: “*El mal se vence a fuerza de bien*”?

4.- ¿Qué comportamientos no hacen felices a nuestras Fraternidades Agustinianas?

TEXTOS COMPLEMENTARIOS DE SAN AGUSTIN SOBRE LA FELICIDAD

Felicidad y esperanza

La felicidad se fundamenta en aquello que esperamos. Las esperanzas que podemos tener en bienes de esta tierra no son confiables; porque son transitorias y, en todo caso, inseguras. “**Spe salvi facti sumus**”, afirma el Apóstol (Rom.8,24). Se refiere aquí a la única Esperanza fiable: La que tenemos en Dios, como Meta Final de nuestra existencia.

Sabemos que el caminante que avanza hacia una meta feliz y segura, se siente ya feliz en el camino. Esa es la felicidad a la que podemos aspirar en esta vida. Tenemos fácilmente a flor de labios expresiones como ésta: “¡Me siento feliz”. Y todos encontramos muchas veces motivos para reír, cantar, danzar y festejar. Pero, con frecuencia, son felicidades o alegrías pasajeras, fragmentarias y amenazadas. Y oscilamos fácilmente entre la algazara y la amargura.

Pero sí existe una felicidad consistente y segura. Es la del caminante que sabe está avanzando hacia una meta feliz garantizada. Y Agustín explica:

• “*¿Qué peregrino ignorante de su prosapia, y que soporta necesidad, y se encuentra en infortunios y trabajos, no se alborozaría si de repente se le notificara: «¡Eres hijo de un senador; tu padre posee un extensísimo patrimonio; te restituyo a tu padre? (...) Pues bien, se presenta el verídico Apóstol de Cristo y dice: “¿Por qué desesperáis de vosotros; por qué os torturáis y os quebrantáis con la aflicción; por qué, yendo en pos de vuestras codicias, pretendéis aniquilaros en la miseria de estos placeres? Tenéis padre, tenéis patria, tenéis patrimonio. ¿Quién es este Padre? Carísimos, ¡somos hijos de Dios!.*” (In ps. 84, 9).

Tenemos Padre; tenemos Hogar; tenemos Herencia. **No sólo en esta vida: también en la eterna. No sólo en la vida eterna: ¡También en ésta!. ¿¡Qué más podemos desear?**» . La Meta Feliz que esperamos fundamenta ya la alegría de vivir, que habría de calificar a todo creyentes. “*Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, Señor, cuyo gozo eres Tú mismo. Y la misma vida feliz no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti: esa es y no otra*” (Conf. X, 22,32). “*Por el hecho de esperar ya te alegras. Pero porque esperas con paciencia todavía gimes*” (In ps. 31, 2, 20).

Hablar de felicidad, en el camino cristiano, podría parecer opuesto al énfasis en la ascética y la mística de “la cruz”, tan relevante en el testimonio y mensaje de Jesucristo. La cruz, el sufrimiento, las contrariedades comprometerán, en efecto, muchas veces nuestro “placer”; pero jamás deben comprometer nuestra felicidad. Y el testimonio primordial de un discípulo de Jesucristo habrá de ser, no ya la del “rostro sufriente”, cuanto “la alegría de los hijos de Dios”: “**No temas, pequeño rebaño, porque el Padre ha decidido daros el Reino**”

(Lc. 12, 32). **“Les hablo así para que se alegren conmigo, y su alegría sea completa”** (Jn. 15, 11).

En su plegaria habitual, Agustín deja entrever, de continuo, la alegría y el gozo de saberse en camino hacia Dios:

TEXTOS

- *"¿Qué piensas que es vivir felizmente, sino vivir conforme a lo mejor que hay en el hombre:...Aquella porción del alma a cuyo dominio conviene que se sometan todas las demás que hay en él?"*.-Cont.Acad.I,2,5.
- *"El hombre puede ser feliz, porque puede vivir conforme a aquella porción imperial del alma a que todo lo demás debe subordinarse"*.-Ibid.I,3,9
- *"No es lo mismo vivir, que vivir dichosamente"*.-
- *"Cada uno pone la felicidad de la vida en aquello que le proporciona mayor placer...de suerte que solo vive feliz el que vive a placer"*.-De Trin.XIII,5,8
- *"Para muchos, la suprema felicidad es el placer humano, y no quieren encaminarse a las cosas superiores, indagando por que nos deleitan las sensibles;. pero a un hombre dotado de mirada interior y contemplador del mundo inteligible, yo insistiré en preguntarle por qué le placen aquellas cosas, para constituirse en juez de la misma delectación humana, pues de tal modo se sobrepone a ella, sin dejarse dominar, que la somete a las normas superiores"*.-De Vera Rel.XXXII,59



B.ASPEREZAS DEL CAMINAR Y BÚSQUEDA DEL CAMINO CIERTO

TEMA 4: DIFICULTADES PARA VIVIR LA SANTIDAD.

OBJETIVO DEL TEMA: “Tomar conciencia y reflexionar, como Consagrados en la Orden de San Agustín, a la luz de la fe, de las dificultades para vivir cada día, en la Iglesia, nuestra vocación a la Santidad”.

NOTA:

El texto de la Sagrada Escritura que estoy usando es la versión de la Biblia Latinoamericana.

Las dificultades para vivir con alegría y fortaleza la Santidad personal y comunitaria, están muchas veces dentro de nosotros mismos como consagrados que no hemos logrado integrarnos como personas y/o en nuestras mismas comunidades religiosas.

Propongo ocho elementos para tener en atenta consideración y ayuden a alentar nuestro deseo de Santidad.

1.- DESDE NUESTRA REALIDAD, UN DÉBIL ACERCAMIENTO A LA REALIDAD DE LOS POBRES Y LA POBREZA, A PROPÓSITO DE LOS 50 AÑOS DE MEDELLÍN:

No existió santo alguno que descartara esta actitud de fe un acercamiento a la realidad de los pobres y la pobreza, fruto de la intimidad con el Señor y opción de servir a los pobres en sus diversas e integrales necesidades.

La Iglesia está llamada a llegar a todos sin excepciones pero debería privilegiar a los pobres y enfermos que no tienen con qué recompensarte. Hoy y siempre, “los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio”. Nunca los dejemos solos. Estamos llamados a caminar con ellos. (Cfr. Papa Francisco, Evangelii Gaudium, N^{ro}. 48).

1.1.- Una mirada al Concilio.- Recordemos juntos que los objetivos del Papa Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II fueron tres: 1.- El diálogo con el mundo moderno, 2.- La cuestión del ecumenismo, y 3.- La Iglesia de los pobres.

En el libro del P. Gustavo Gutiérrez, titulado “de Medellín a Aparecida - artículos reunidos” pp 7 y 8 publicado en junio del 2018 por el Centro de Estudios y Publicaciones - Lima (CEP), a propósito de los 50 años de Medellín, el presentador del texto nos recuerda: *Si bien el concilio fue una buena respuesta al mundo moderno, y al ecumenismo, no lo fue quizás por cuestiones históricas que podemos entender, la apertura de la Iglesia al mundo de los pobres.* El 2018, a los 50 años de Medellín, éste fue el gran tema y el aporte que ofreció a la Iglesia universal: Leer evangélicamente, a la luz de la fe y los evangelios los signos de los tiempos desde la realidad concreta de pobreza de nuestro continente.

Medellín al intentar dialogar con el mundo, no se encuentra con el mundo moderno sino con el mundo de los pobres. Entonces se puede decir sin temor a equivocarse que Medellín completa el concilio o dicho de otro modo, el Vaticano II no se puede entender correctamente sin Medellín.

1.2.- ¿Los pobres nos evangelizan?.- Recuerdo cuando fui párroco el primer año de ordenado hace 20 años atrás.

Viene a mi memoria María Aleja, una mujer de unos 65 años, bastante pobre, que sólo vivía con su compañero. Era fiel a la misa, de buen trato y acogida con cariño por la comunidad parroquial.

Resulta que yo había sido cambiado de ministerio y de comunidad, asumiendo mi voto de obediencia me preparaba para ir a mi siguiente destino. Eran cerca de las 11 de la noche, estaba terminando de confesar a algunos feligreses. La verdad es que estaba bastante cansado. Ya me había despedido de la comunidad de mi parroquia. Me esperaba un viaje de 8 horas el día siguiente.

En medio de mi cansancio y en la última confesión, me tocan la puerta de la salita de confesiones y salgo a ver, ¡oh sorpresa! Era ella, María Aleja, quien con su rostro de sencilla y franca sonrisa me saluda efusiva diciéndome: ¡padre, he venido a despedirme!. Yo le dije sin más: ¿y por qué has venido tan tarde?, y me respondió: es que quería verlo para despedirme. En seguida metió sus manos a los bolsillos de su abrigo colorido y me dijo: Padre, aquí le he traído este regalo para su viaje. Eran dos bebidas embotelladas en frascos pequeños. Sinceramente vino a mi mente: esta mujer es tan pobre, y necesita más que yo. No debo recibirle, inmediatamente retrocedí en mi argumento, la abracé y le dije gracias María Aleja, muchas gracias.

Les confieso que me quedé desconcertado y conmovido por el gesto tan sencillo pero contundente. ¡Qué tremenda lección para mi vida de consagrado agustino! Qué bueno fue Dios para conmigo, para regalarme esa tremenda lección evangelizadora que no olvido y ni quiero olvidar.

Han pasado 20 años y parece ayer. Saquen sus propias conclusiones hermanos. Dejemos que Dios nos forme mediante la realidad que nos confronta. Sólo necesitamos tener actitud cristiana, la de Cristo Jesús, estar atentos a la realidad, especialmente de los pobres.

Como Iglesia a lo largo de los siglos hemos aprendido una maravillosa y sabia lección: que es la realidad, los signos de los tiempos, mirados, contemplados con fe, un medio que nos ayuda a formarnos, en esa formación permanente, como seguidores de Cristo Jesús el Señor. Para iluminar lo que acabo de narrar, transcribo aquí parte de un artículo *del P. Ignacio Madera, publicado en la Revista Vida Religiosa, el 6 de julio de 2017.*

1.3.- Si ellos nos evangelizan ¿cuál es la buena noticia que nos traen?

La buena noticia de una fe del símbolo, de la narración, de la contemplación de Dios en todo lo que pasa y no de la argumentación racional y la deducción fría, a partir de principios inmutables. En el espíritu de las Bienaventuranzas en Mt 5,1-12, la felicidad está en esta manera sencilla, simbólica y directa de hacer presente el Reino. La opción por los pobres tiene sentido desde esta perspectiva de las Bienaventuranzas. Desde allí comprendemos aquello de las cosas que han sido reveladas a la gente sencilla y se han ocultado a los sabios y entendidos (Mt 11,25). Optar por ellos es buscar vivir este espíritu regenerador.

Pero hay una dimensión mucho más profunda en esto: los seres humanos somos simbólicos. Los sentimientos, las emociones, las actitudes y todo lo que tiene que ver con las dimensiones que trascienden lo fáctico, se expresan a través de símbolos. Quien pierde la capacidad simbólica pierde al mismo tiempo la posibilidad de sorprenderse (Mt 16,3). Los pobres mantienen esa capacidad de maravillarse ante lo sencillo ¿Te sigues maravillando ante la belleza de una flor? (Lc 12,27) ¿Te extasía un amanecer? ¿Un atardecer? (Sal 19,1) ¿Te

duele la mirada cansada de una anciana que habiendo pasado la vida dando vida, trabajando y luchando, ahora se debate en soledad en el laberinto de sus pensamientos marchitos? (Is 1,17) ¿Te duele la vida crucificada? (Dt 15,7).

Optar por los pobres es dejar que ellos nos enseñen a recuperar la dimensión simbólica de nuestras vidas. Es saber asumir y generar símbolos: de fraternidad, de reconciliación, de apertura de espíritu, de capacidad de sorprenderse y maravillarse, para allí reconocer el rostro misericordioso de Dios Padre.

Él nos ama, no seamos tan mezquinos, respondamos con atenta generosidad a su amor.

2.- LA POCA DISPOSICIÓN O LA INDISPOSICIÓN PARA DEJARSE ENVOLVER POR EL ESPÍRITU EN LA DINÁMICA DE SANTIDAD:

La vida o dinámica de santidad tiene un contraste significativo que estamos llamados a asumir con libertad en entera disposición y apertura al Espíritu. El primer contraste muestra la relación de intimidad con el Señor que vive, quien nos ha mostrado a su Padre de amor y misericordia y ha enviado su espíritu para santificarnos en la Iglesia, y le complementa el segundo contraste, la misión o el servicio a la Iglesia y al mundo al modo de Jesucristo. Si desconectamos el uno del otro habremos distorsionado o desconfigurado la dinámica de santidad que estamos llamados a vivir día a día.

2.1.- Miremos la Sagrada Escritura y la Liturgia.- 1Pe 1 (Cfr. Lv 11, 45) ¹⁵ Si es santo el que los llamó, también ustedes han de ser santos en toda su conducta, ¹⁶ según dice la Escritura: *Sean santos, porque yo soy santo.*

“Dios Todopoderoso y eterno, que nos concedes celebrar los méritos de todos los santos en una misma solemnidad, te pedimos que por las súplicas de tan numerosos intercesores, nos concedas en abundancia los dones que te pedimos”. (Cfr. Oración Colecta de la Solemnidad de todos los Santos).

2.2.- Recordemos el Magisterio.- El Concilio, reunido bajo la acción del Espíritu Santo desea ardientemente que Cristo Luz de los Pueblos brille sobre el rostro de la Iglesia, ilumine a toda la humanidad por medio del anuncio del Evangelio a toda criatura (Cfr. Mc 16, 15). Y ya que la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de toda la humanidad, insistiendo en el ejemplo de los anteriores concilios a sus fieles y a todo el mundo su naturaleza y su misión universal. Las condiciones de estos tiempos añaden a este deber de la Iglesia una mayor urgencia, para que toda la humanidad, unida hoy más íntimamente por toda clase de relaciones sociales, técnicas y culturales, consiga también la plena unidad en Cristo. (Cfr. Vaticano II, Constitución Dogmática Lumen Gentium, sobre la Iglesia; Cap. I, N^{ro}. 1)

2.3.- Vivimos la dinámica de la santidad en comunión, para salvarnos en comunidad.- Dice el Papa Francisco: “Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en la dinámica popular, en la dinámica de un pueblo” (Cf. Papa Francisco, Exhortación Apostólica, Gaudete et Exsultate; *sobre el llamado a la santidad en el mundo actual*; abril de 2018; N^{ro}. 6).

3.- PERDER DE VISTA NUESTRO IDEAL DE VIDA, NUESTRA PROPIA IDENTIDAD:

Trabajar cada día la identificación con la enseñanza de la Iglesia y de mi Orden, es una tarea que anima a vivir con alegría y gratitud, en un espíritu de sincera conversión mi vida de consagrado llamado a la santidad de vida.

3.1.- El Ideal de Consagrados.- Los consagrados estamos llamados a buscar primero el Reino de Dios, a la conversión con el cambio de mentalidad (*metanoia*), en la renuncia de sí mismo, para existir totalmente en el Señor, para que Dios sea todo en todos (Cfr. San Juan Pablo II, *Vita Consecrata, Exhortación Apostólica Post Sinodal*, , 1996, N^{ro}. 35).

3.2.- El Ideal Agustiniiano.- Como agustinos manifestamos la consagración a Dios por los votos religiosos. San Agustín enseña además que nuestra castidad, pobreza y obediencia están especialmente marcadas por la vida común: “*en primer término, ya que con este fin se han congregado en comunidad [...], tengan una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios*”. Este signo de caridad confiere a nuestra profesión su carácter específico. (Cfr. *Const.* N^{ro}. 59)

Mirando esta nuestra identidad, tenemos la necesidad de recordar juntos, que el espíritu del mal ataca justamente donde más apreciamos como personas y como comunidad y por lo tanto debemos permanecer en vela; vigilantes.

4.- CONSAGRADOS NO DECIDIDOS A AMAR A DIOS Y AL PRÓJIMO DESDE LA CRUZ DE CRISTO.

4.1.- Atravesar el mar de la vida en la Cruz de Cristo.- La palabra camino, nos guía al pensamiento agustiniano de peregrinación y conversión.

Contemplemos este texto agustiniano:

«Si uno viese desde lejos su patria y estuviese separada por el mar, vería adónde ir, pero no tendría medios para llegar. Así es para nosotros... anhelamos la meta, pero está de por medio el mar de este siglo... Ahora, sin embargo, para que tuviésemos también el medio para ir, ha venido de allá aquel a quien nosotros queremos llegar... y nos ha proporcionado el navío para atravesar el mar. Nadie puede atravesar el mar de este siglo, si no le lleva la Cruz de Cristo... No abandonar la Cruz, ella te llevará».

Estas palabras de Nuestro Padre san Agustín, tomadas del Comentario al Evangelio de san Juan (Cfr. 2, 2).

4.2.- Abrazar libremente la Cruz de Cristo.- Como consagrados sabemos que nuestra vida tiene necesariamente que unirse al gesto de abrazar el madero de la Cruz de Cristo a lo largo del mar de la existencia porque queremos experimentar su poder salvador en nuestra vida, nuestro pasado, presente y futuro.

El poder de la entrega, la generosidad, el sacrificio anuncian con claridad el Reino de Dios. Ir a donde no elegimos ir. Sabernos tolerar y no dejarnos llevar por una lectura poco cristiana de nuestra propia vida y realidad.

5.- LA POCA SENSIBILIDAD A LA NECESIDAD DE LA GRACIA FRENTE A LA REALIDAD DE PECADO.

5.1.- Déjate guiar por el Espíritu que ilumina y fortalece tu humanidad.- “No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de

tu debilidad con la fuerza de la gracia”. (Cfr. Papa Francisco, Exhortación Apostólica, *Gaudete et Exsultate*; sobre *el llamado a la santidad en el mundo actual*, , abril de 2018; N^{ro}.34).

Estar atentos a esta realidad es siempre un desafío latente en nuestra vida de consagrados. ¿Cuántas veces celebramos y aprovechamos los sacramentos como fuente de vida en Cristo?.

5.2- En la Iglesia y con la Iglesia.- *La Iglesia es el lugar donde los hombres, encontrando a Jesús, pueden descubrir el amor del Padre: en efecto, el que ha visto a Jesús ha visto al Padre (Cfr. Jn 14, 9). Jesús, después de su ascensión al cielo, actúa mediante la acción poderosa del Paráclito (Cfr. Jn 16, 7), que transforma a los creyentes dándoles la nueva vida. De este modo ellos llegan a ser capaces de amar con el mismo amor de Dios, « que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado » (Cfr. Rm 5, 5). La gracia divina prepara, además, a los cristianos a ser agentes de la transformación del mundo, instaurando en él una nueva civilización, que mi predecesor Pablo VI llamó justamente « civilización del amor » (Cfr. San Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Ecclesia in América, 1999; N^{ro} 10).*

A mi cada vez más me ha llamado y me sigue llamando poderosamente la atención leyendo la biografía de los santos, cómo ellos, desarrollaron sin falsear nada, con auténtica claridad del poder del bien, de la verdad, de la belleza de Dios teniendo como contrapuesta la realidad del pecado como enfermedad, como lo entendía nuestro padre San Agustín.

Salmo 62, 2- 9

Este Salmo lo rezamos en Laudes del Domingo de la I Semana.

En el versículo 4, dice:

“Tu gracia vale más que la vida,
Te alabarán mis labios”.

Notemos como el escritor sagrado nos mueve a reconocer que la vida, nuestra propia vida consagrada sin la gracia de Dios es simple y tristemente una desgracia, una vida ensimismada, sin iniciativa ni alegría.

2Cor 4, 7

7 Con todo, llevamos este tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra.

Ser conscientes de esta realidad nos hace reconocer que llevamos realmente un tesoro, nuestro tesoro en vasijas de barro. Llevamos fuerza y poder que viene de Dios y a la vez fragilidad humana.

6.- NO DESPERTAR NI ESTIMULAR EL DESEO DE SANTIDAD:

6.1.- Renovemos nuestro compromiso de santidad.- “Hoy más que nunca es necesario un renovado compromiso de santidad por parte de las personas consagradas *para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano por la perfección*. Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado” (Cfr. San Juan Pablo II, Exhortación Apostólica; *Vita Consecrata*, N^{ro}.39).

6.2.- Despierten al mundo.- Porque la nota que caracteriza a la Vida Consagrada es la profecía, siguiendo al Señor de manera especial de modo profético, como Jesús ha vivido en la tierra: a.- Recibe el don de observar la historia donde vive y de saber interpretar los acontecimientos, b.- Conoce a Dios y conoce a sus hermanos, y c.- Es capaz de discernir, y denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no tiene otros intereses sino

los de Dios, y generalmente está de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte. (De la carta Apostólica del Papa Francisco, Testigos de la alegría, 21 de noviembre de 2014, nos dice en el capítulo II, N^{ro}. 2).

Y en el mismo texto, en el capítulo I, 2, se nos recuerda: Los santos se supieron apasionar por Cristo, su ideal era Cristo, a tal punto de identificarse con Pablo, y decir: “para mí la vida es Cristo” (Cfr. Flp 1,21).

6.3.- Deseos que despiertan y orientan.- En la 2^{da} Lectura del Oficio de Lectura de la Solemnidad de todos los Santos, en el Sermón 2 de San Bernardo Abad, meditamos: Los santos no necesitan nuestros honores y elogios, ni les añade nada nuestra devoción. Su recuerdo nos beneficia, despertando, encendiendo, promoviendo y aumentando en nosotros dos deseos que reflejan y que orientan nuestro caminar diario y el deseo de santidad:

1.- *Un primer deseo, gozar de su compañía, el de asociarnos y alegrarnos juntos en la comunión de todos los santos.*

2.- *Un segundo deseo, que se nos manifieste Cristo y nos manifestemos con él, revestidos de gloria.*

7.- CAMINAR DE LA MANO CON LOS ENEMIGOS SUTILES DE LA SANTIDAD:

Papa Francisco, Exhortación Apostólica, Gaudete et Exsultate; sobre *el llamado a la santidad en el mundo actual*, N^{ro}.35.

7.1.- Falsificaciones de la santidad.- Existen dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: dos herejías de los primeros siglos del cristianismo y de alarmante actualidad. Son dos propuestas engañosas, de seguridad doctrinal o disciplinaria, que seducen en el cotidiano caminar de santidad: el gnosticismo y el pelagianismo.

En estas propuestas se pone de manifiesto un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica.

7.2.- Ni Jesucristo ni los demás interesan.- El gnosticismo y el pelagianismo dan lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar, lo que se hace es analizar y clasificar a los demás y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar, utilizando de modo pernicioso la ley. En ambos casos, lamentablemente, ni Jesucristo ni los demás interesan de verdad.

COMENTARIO.- Volverse auto referencia en nuestra vida cristiana es un acto de soberbia de poderosa tentación, donde el voluntarismo se pone de relieve, buscando tener muchas veces el protagonismo que sólo le corresponde a Cristo, su gracia y su misericordia.

8.- NO SER PERSONAS DE ORACIÓN PERSEVERANTE PARA UNA FE FORTALECIDA:

8.1.- Jesús, nuestro gran intercesor.-

Lc 22, 30- 34

30 Ustedes comerán y beberán a mi mesa en mi Reino, y se sentarán en tronos para gobernar a las doce tribus de Israel.

31 ¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha pedido permiso para sacudirlos a ustedes como trigo que se limpia;

32 pero yo he rogado por ti para que tu fe no se venga abajo. Y tú, cuando hayas vuelto, tendrás que fortalecer a tus hermanos.»

33 Pedro dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la prisión y a la muerte.»

34 Pero Jesús le respondió: «Yo te digo, Pedro, que antes de que cante hoy el gallo, habrás negado tres veces que me conoces.»

Jesús se revela a Pedro como el intercesor con su oración con una clarísima intención: para que no desfallezca su fe. Con esta manifestación logra renovar y fortalecer nuestra esperanza. Estamos en una cultura de lo inmediato donde se ponen en duda los compromisos para siempre, y a veces sin darnos cuenta del todo terminamos confiando sólo en nuestras propias fuerzas. Saber pedir cada día, con perseverancia, es un ejercicio de la esperanza.

8.2.- Pidamos al Señor con insistencia la Gracia de ser consagrados orantes:

La Regla de nuestro Padre San Agustín en su segundo capítulo nos anima a perseverar en la oración en horas y tiempos de cada día (¡eh aquí el secreto de perseverancia que exige disciplina!), esta oración que sabemos, tiene que ser personal y comunitaria, porque comprendemos muy bien la dinámica en la cual, lo personal enriquece lo comunitario y lo comunitario enriquece lo personal.

No dejemos de orar, pidiendo al Señor los unos por los otros para que nuestra fe no desfallezca.

PARA REFLEXIONAR:

- 1.- Describe brevemente un símbolo salido de una persona pobre y en qué valor cristiano te afirmó en el marco de tu convicción de ser un Consagrado llamado a vivir la santidad desde lo sencillo y profundo a la vez.
- 2.- Con mi actitud, ¿realmente busco primero el Reino de Dios?
- 3.- ¿Cómo y de forma estoy atento a buscar, pedir, alimentar, fortalecer y conservar la gracia de Dios en mi vida de consagrado?
- 4.- ¿Deseo de verdad ser santo, amando a Dios y al prójimo y poniendo mi mirada en lo trascendente?
- 5.- ¿Cómo está la oración personal en tiempos y horas de cada día, delante de mi propia Vida Consagrada?
- 6.- ¿Qué otra dificultad encuentro en el camino de vivir la santidad?



TEMATICA 5: SANTIDADE NA VIDA RELIGIOSA HOJE

Na perspectiva da Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*

Um dos desafios para a vida religiosa no mundo contemporâneo é buscar e cultivar o caminho da santidade. Diante de um contexto sócio-histórico atravessado por poderes idolátricos, pelo desprezo da vida humana e da natureza, pela exclusão dos pobres, pelo poder das nações imperialistas e colonizadoras, pela crise de esperança, não há dúvida que viver a experiência da santidade é muito exigente.

Viver a santidade é assumir a trilha do **Seguimento** de Jesus, e viver o Seguimento de Jesus é se comprometer com uma vida assume a prática de Jesus. “Para um cristão, não é possível imaginar a própria missão na terra sem a conceber como um caminho de santidade, porque ‘a vontade de Deus é que sejais santos’ (1Ts 4,3)” (GE, n. 19.)⁴⁸

É sabido que, pela identificação com Jesus Cristo o cristão religioso irá experimentando o ser santo. Ou seja, “a santidade é viver em união com Ele os mistérios da sua vida; consiste em associar-se de uma maneira única e pessoal à morte e ressurreição do Senhor, em morrer e ressuscitar continuamente com Ele. Mas pode também envolver a reprodução na própria existência de diferentes aspectos da vida terrena de Jesus: a vida oculta, a vida comunitária, a proximidade aos últimos, a pobreza e outras manifestações da sua doação por amor.”(GE, n. 20)

Viver em união com Ele implica ou significa viver pela causa de Jesus. Se para Jesus o **Reino** é o centro, o absoluto, a causa, também deve ser para o religioso que busca testemunhar uma vida de santidade. O Reino é a missão fundamental se se quer fazer a vontade do Pai. “O Reino de Deus não pretende ser outro mundo, mas este velho mundo transformado em novo, para os humanos e para o próprio Deus: o ‘novo céu e a nova terra’. ‘O Reino é o destino da raça humana’. É a utopia que todos os povos têm sonhado e que o próprio Deus propõe à humanidade – na carne servidora, crucificada e gloriosa de Jesus – para irmos construindo e esperando. Para olhar com os olhos de Jesus, tudo deve ser olhado *sub specie Regni*; para sentir com o coração de Jesus, tudo deve ser sentido como paixão pelo Reino.”⁴⁹ Não obstante, há que compreender que o Reino já está presente na história, mas ainda não plenamente. Por isso, a tarefa desafiadora para a vida religiosa é continuar colaborando na construção do Reino, com a Graça de Deus, e procurar acelerar a sua chegada. Apesar de que o Reino não pode ser identificado com as realidades deste mundo, na perspectiva da fé se pode identificá-lo *em* realidades deste mundo e da história. A Exortação GE nos recorda: “Dado que não se pode conceber Cristo sem o Reino que Ele veio trazer, também a tua missão é inseparável da construção do Reino: ‘buscai em primeiro lugar o Reino de Deus e a sua justiça’ (Mt 6,33). A tua identificação com Cristo e os seus desígnios requer o compromisso de construíres, com Ele, este Reino de amor, justiça e paz para todos. (...) Por isso, não te santificarás sem te entregares de corpo e alma, dando o melhor de ti neste compromisso.” (GE, n. 25).

⁴⁸ Papa Francisco, Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*. Sobre a chamada à santidade no mundo atual. A reflexão terá como “fio condutor” algumas passagens da *Gaudete et Exsultate*.

⁴⁹ P. CASALDÁLIGA e José M. VIGIL, *Espiritualidade da libertação*, Editora Vozes, 1993, p. 111

A vida de santidade está ancorada também pela **unidade evangélica** que se estabelece entre a experiência de Deus e o serviço ao irmão, a vida de oração e a ação caridosa ao outro, a experiência de fé e o compromisso de defesa e promoção da vida, preferencialmente dos mais vulneráveis e excluídos, a preocupação com as pessoas ou os povos e o cuidado com a Terra – cf. Lc 7,22; Mt 25; 1Jo 3,17-18. Nesse sentido afirma a Exortação GE: “Não é saudável amar o silêncio e esquivar o encontro com o outro, desejar o repouso e rejeitar a atividade, buscar a oração e menosprezar o serviço. Tudo pode ser recebido e integrado como parte da própria vida neste mundo, fazendo parte do caminho de santificação. Somos chamados a viver a contemplação mesmo no meio da ação, e santificamo-nos no exercício responsável e generoso da nossa missão.” (GE, n. 26) E mais. “Na transparência dos outros encontramos a transcendência de Deus. A rota do céu passa pelo caminho da terra. O invisível se manifesta pela sacramentalidade do visível e do sensível. A divindade se revela em humanidade. O Verbo se faz carne. As promessas de Deus se fazem esperanças dos homens. A salvação supõe a libertação. A fé nada significa sem o amor. O culto é mentiroso se não brota como expressão da vida. A palavra de Deus é pronunciada pela palavra de um homem – Jesus de Nazaré.”⁵⁰ A vida de santidade testemunha que a união com Deus não é uma questão de consciência, mas sim de vivência, testemunho. Há que estar convencido de que o ápice da vida cristã está na prática da caridade (1Cor 13,1-13) – é a vida se irrompendo como gratuidade, bondade e partilha.

A vida religiosa tem como grande e desafiador compromisso, para uma verdadeira e profunda experiência de santidade, o assumir na vida pessoal, comunitária e social as seguintes características:

1. A experiência espiritual e orante

O religioso está interpelado pela Palavra, no serviço ao Reino, a viver a espiritualidade que o orienta a ser à semelhança de Deus. Viver a espiritualidade é viver *no* e *segundo* o Espírito (Gl 5,16). E ainda, “quanto mais conscientemente vive e age uma pessoa, quanto mais cultiva seus valores, seu ideal, sua mística, suas opções profundas, sua utopia... mais espiritualidade tem, mais profunda e mais rica é sua profundidade. Sua espiritualidade será o talhe de sua própria humanidade.”⁵¹ Por isso, a espiritualidade vai nos configurando como pessoas, e nos definindo diante de Deus, da própria vida, dos outros e da missão que teremos que ir assumindo. E a espiritualidade será mais profunda se a vida estiver sintonizada, cada vez mais, com o prosseguimento da vida e da prática de Jesus. Em outras palavras, “a espiritualidade cristã não se limita ao seguimento de Jesus (Cristo como Caminho): é preciso também viver a vida de Jesus (Cristo como Vida) pelo Espírito. Pelo Espírito (a vida) que Cristo derramou sobre o mundo, particularmente sobre os que haveriam de ser seus discípulos, não só imitamos a Cristo, mas também nos transformamos em Cristo – e, com ele, em filhos de Deus. É isso o que se costuma chamar de ‘vida da graça’: a criação de homens novos, o ‘nascer do alto’, segundo a palavra de Jesus a Nicodemos (Jo 3,1-15).”⁵² Não cultivar a espiritualidade é tornar a vida religiosa inviável para uma vida de santidade –

⁵⁰ Frei BETTO, *Oração na ação*, Editora Civilização brasileira, 1978, p. 107

⁵¹ P. CASALDÁLIGA e J. M. VIGIL, *o.c.*, p. 26

⁵² Segundo GALILEA, *O caminho da espiritualidade*, Editoria Paulinas, 1984, p. 73

longe de Deus não teremos a motivação, o nortico fundamental, a profundidade de vida, a “seiva” imprescindível para enfrentar os ídolos e as propostas de anti-Reino que permeiam o mundo contemporâneo.

Outra dimensão da vida que se deve alimentar diz respeito à vida de oração. “Por fim, mesmo que pareça óbvio, lembremos que a santidade é feita de abertura habitual à transcendência, que se expressa na oração e na adoração. O santo é uma pessoa com espírito orante, que tem necessidade de comunicar-se com Deus. É alguém que não suporta asfixiar-se na imanência fechada deste mundo e, no meio dos seus esforços e serviços, suspira por Deus, sai de si erguendo louvores e alarga os seus confins na contemplação do Senhor. Não acredito na santidade sem oração...”(GE, n. 147).

2. A opção pelos pobres e excluídos

Uma vida de santidade nos move a viver a opção pelos pobres e excluídos. Opção que nos leva a imitar a Deus, Pai-Mãe de misericórdia. Por isso, viver essa opção pelos “queridos do Pai” tem sua razão primeira e seu fundamento último em Deus mesmo. “O pobre se faz mediação viva do Senhor, sua expressão real, e não somente seu intermediário. Ele se identificou com os pobres até transformá-los no único sacramento absolutamente necessário e absolutamente universal de salvação. (...) Experimentamos a opção pelos pobres como uma prática de seguimento de Jesus: é fazer o que ele fez. Assumir seu projeto. Continuar sua luta. Prolongar sua mesma solidariedade com os pobres e marginalizados.”⁵³ Fora da opção pelos pobres não há Boa Notícia para os empobrecidos e excluídos; e fora da Boa Notícia para os eles não há Evangelho. A redescoberta da caridade passa pela opção pelos pobres! E essa opção leva a vida de santidade a um compromisso com a vida, o sonho, a causa e a libertação integral dos pobres. Enfim, a opção pelos pobres é uma “peça chave” da nossa espiritualidade, espiritualidade que nos leva à vida de santidade. A justiça de Jesus “começa por se tornar realidade na vida de cada um, sendo justo nas próprias decisões, e depois se manifesta na busca da justiça para os pobres e vulneráveis. É verdade que a palavra ‘justiça’ pode ser sinônimo de fidelidade à vontade de Deus com toda a nossa vida, mas, se lhe dermos um sentido muito geral, esquecemo-nos de que se manifesta especialmente na justiça com os inermes: ‘aprendei a fazer o bem, buscai o que é correto, defendei o direito do oprimido, fazei justiça para o órfão, defendei a causa da viúva’ (Is 1,17). Buscai a justiça com fome e sede: isto é santidade.” (GE, n. 79) “Jesus... quer que toquemos a miséria humana, que toquemos a carne sofredora dos outros. Espera que renunciemos a procurar aqueles abrigos pessoais ou comunitários que permitem manter-nos à distância do nó do drama humano, a fim de aceitarmos verdadeiramente entrar em contato com a vida concreta dos outros e conhecermos a força da ternura. Quando o fazemos, a vida complica-se sempre maravilhosamente...”(Evangelii Gaudium, n. 270).

⁵³ *Ibid.*, p. 168

3. O cultivo da Esperança cristã

A vida religiosa tem que “dar razão de sua esperança”, o que é traduzido em gestos, atitudes e práticas concretas. A esperança cristã consiste na atitude de seguir crendo que o que se apresenta difícil ou impossível – a vida nova e libertada para todos os filhos do Pai e para a Mãe-Terra – será possível e garantido pela força de Deus (Hbr 11,1ss; 2Cor 4,18). A esperança é uma seiva que se nutre sobretudo do poder de Cristo. Diante dos fracassos, das perseguições, das decepções o religioso tem que irradiar o dinamismo incansável de sua esperança, sempre acreditando que a esperança não engana – cf. Rom 5,4ss. Também a esperança cristã é tensão entre o viver a promessa, a ação e a espera. “A esperança, tê-la e sobretudo dá-la aos outros, é parecer com Jesus. No cristianismo seu símbolo por antonomásia é a ressurreição de Jesus, vida em plenitude contra e além da morte. Mas também a cruz de Jesus, enquanto cruz, gera esperança. Em palavras bem pensadas diz J. Moltmann: ‘Não é qualquer vida que é ocasião de esperança, mas sim esta vida de Jesus que aceitou sobre si, no amor, a cruz e a morte’. Isto não cala perguntas como estas: por que um ser humano bom e justo foi assassinado e para que serviu sua morte? Mas continua sendo verdade que o Dom Romero assassinado por amor a seu povo continua gerando esperança.”⁵⁴ Ademais, a “esperança mantém perene valor. Supera o medo da eternidade. Critica a ingênua e superficial satisfação com o presente como se ele já nos plenificasse. Alenta-nos nos fracassos, desalentos, dificuldades próprios da condição humana. Vence a depressão. Desmascara a ideologia atual que nos obriga a ser felizes todo o tempo, a sorrir cosmeticamente o dia inteiro, a viver o sucesso contínuo. Traz-nos ao realismo da existência humana, entretecida de alegrias e tristezas, sucessos e fracassos, felicidades e desgostos. Em todas essas experiências, aponta para o Norte da certeza absoluta da presença e do amor de Deus que supera todas as agruras da vida.”⁵⁵ Enfim, para a vida de santidade o esperar é ir continuamente para além da inviabilidade humana e entregar-se confiantemente à efetividade divina. “A prova de ter fé está em esperar de Deus o impossível. O impossível do homem é o possível de Deus”(Peter-Hans Kolvenbach)

4. A vida de liberdade cristã

A vida de santidade se testemunha desde a experiência do *ser humano novo*, e para isso há que vivenciar a liberdade em Cristo (Gl 5,1ss). A liberdade humana relaciona-se fundamentalmente com a liberdade de Deus. “Em cada ato pelo qual nos relacionamos com Deus afirmamos o núcleo de nossa liberdade. Nunca somos tão livres quanto em face de Deus. Essa liberdade transcendental, primeira, primigênia, fundamental significa estar-disponível-diante-de-Deus.”⁵⁶ Importante entender que a liberdade, além de ser uma *liberdade de*, tem que ser uma *liberdade para* – “Total *liberdade de* a fim de vivermos a *liberdade para* o bem dos outros, para o plano de amor do Pai, para a opção pelos pobres, para o serviço aos irmãos. A força torrencial da *liberdade de* canaliza-se para a nova vida em Cristo, que se traduz no serviço aos irmãos. Aí está o segredo da liberdade humana.”⁵⁷ – Cf.

⁵⁴ Jon SOBRINO, *Ser cristão hoje*, in *Concilium*, 340 (2011/2): 221

⁵⁵ João Batista LIBÂNIO, *A escolha da liberdade*. Subsídios para meditar, Edições Loyola, 2010, p. 438

⁵⁶ *Ibid.*, p. 111

⁵⁷ *Ibid.*, p. 113

Gl 5,1.13; Rom 6,14; 1Pd 2,16. E ainda, a liberdade é uma vocação e uma opção! Opção que se deve manter durante toda a vida no meio de inumeráveis obstáculos. “A liberdade está sujeita a todos os acidentes e às limitações, aos desvios e às parcialidades da história. A proclamação do advento da liberdade como ação de Deus na história e como vocação do homem abre um processo, um movimento histórico novo. (...) A vocação à liberdade é um desafio. Pois ela surge no meio duma sociedade estabelecida na base de outros princípios. A sociedade não é concebida em função da liberdade, e sim em função daquilo que Paulo chama a ‘lei’. Portanto, a liberdade é um desafio à sociedade estabelecida: ela perturba as estruturas estabelecidas e, em primeiro lugar, a estrutura mental, a estrutura pessoal da pessoa que recebe essa vocação. Contudo, esse desafio é também uma obrigação. Ele é o caminho e o único caminho de salvação que se oferece ao homem. O que é, em definitivo, o conteúdo da salvação? O que é a realidade da salvação? A salvação é a liberdade. Está salvo o homem que aceita e assume o desafio da liberdade e faz dele a norma da vida. O homem que não aceita esse desafio é um homem perdido.”⁵⁸

Vocação à liberdade é vocação a uma vida de santidade, a qual é testemunho do não ser cúmplice, conivente, responsável pelas injustiças ou maldades que agridem, excluem ou assassinam a vida na atual civilização. Buscar viver a santidade nessa sociedade idolátrica, violenta, excludente dos pobres e vulneráveis... sem a experiência do ser livre, se torna simplesmente impossível – cf. GE n. 67, 68, 72, 91

5. O Espírito comunitário na vida de santidade

A vida religiosa se faz vida de santidade a partir da vida de comunidade. A comunidade pratica o sonho de Jesus: “que todos sejam um só, como tu, Pai, estás em mim, e eu em ti” (Jo 17,21). Testemunho que se opõe à todo modelo de vida individualista, privatista e narcísico. “É muito difícil lutar contra a própria concupiscência e contra as ciladas e tentações do demônio e do mundo egoísta, se estivermos isolados. A sedução com que nos bombardeiam é tal que, se estivermos demasiado sozinhos, facilmente perdemos o sentido da realidade, a clareza interior, e sucumbimos.” (GE, n. 140). É no apoio, confiança e compreensão desde o ser comunidade, que pode surgir uma experiência de vida religiosa santa. Caso contrário, o risco do isolamento, da crise irreversível, da desorientação existencial e do contratestemunho acabam sendo uma possibilidade previsível. Por isso, afirma a GE: “A santificação é um caminho comunitário, que se deve fazer dois a dois. Reflexo disso temos em algumas comunidades santas. Em várias ocasiões, a Igreja canonizou comunidades inteiras, que viveram heroicamente o Evangelho ou ofereceram a Deus a vida de todos os seus membros.” (n. 141)

Na trilha da GE é importante também não olvidar de algumas características da santidade, além da comunidade, as quais servem para o mundo atual. A exortação apostólica apresenta, por exemplo: paciência e mansidão (GE, n. 112-120, alegria e sentido de humor (GE, n. 122-128) e ousadia e ardor (GE, n. 129-139).

⁵⁸ José COMBLIN, *A liberdade cristã*, Editora Vozes, 1977, p. 26-27

Terminando, tudo indica se a vida religiosa buscar cultivar os critérios apresentados acima, poderá viver uma vida cristã realmente em processo de santificação. Os critérios seriam como balizas nas quais a vida religiosa poderia se apoiar para testemunhar uma vigilância sábia, uma luta desde a perseverança e um discernimento que é luz diante das dificuldades. Isso porque a “vida cristã é uma luta permanente. Requer-se força e coragem para resistir às tentações do demônio e anunciar o Evangelho. Essa luta é magnífica, porque nos permite cantar vitória todas as vezes que o Senhor triunfa na nossa vida.” (GE, n. 158)



TEMA 5: RETOS Y DESAFÍOS DE LA SANTIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA HOY.

TRADUCCIÓN DEL TEMA EN PORTUGUÉS: SANTIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA HOY

En la perspectiva de la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*

Uno de los desafíos para la vida religiosa en el mundo contemporáneo es buscar y cultivar el camino de la santidad. Vivir la experiencia de la santidad delante de un contexto socio-histórico atravesado por los poderes idolátricos, por el desprecio de la vida humana y a la naturaleza, por la exclusión de los pobres, por el poder de las naciones imperialistas y colonizadoras, por la crisis de la esperanza, es, sin duda, algo muy exigente.

Vivir la santidad es asumir el camino del **seguimiento** de Jesús, y vivir el seguimiento de Jesús es comprometerse con una vida que asume la práctica de Jesús. “Para un cristiano, no es posible imaginar la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque “la voluntad de Dios es que seáis santos” (1 Tes 4, 3)” (GE, n° 19)⁵⁹

Es sabido que, por la identificación con Jesucristo, el cristiano, el religioso, irá experimentando su ser santo. O sea, “la santidad es vivir en unión con Él los misterios de su vida; consiste en asociarse de una manera única y personal a la muerte y resurrección del Señor, en morir y resucitar continuamente con él. Pero puede también abarcar la reproducción en la propia existencia los diferentes aspectos de la vida terrena de Jesús: la vida oculta, la vida comunitaria, la proximidad a los últimos, a la pobreza y a otras manifestaciones de su donación por amor.”(GE, n. 20)

Vivir en unión con Él, implica o significa, vivir por la causa de Jesús. Si para Jesús el **Reino** es el centro, el absoluto, la causa, también lo debe ser para el religioso que busca testimoniar una vida de santidad. El Reino es la misión fundamental si se quiere hacer la voluntad del Padre. “El Reino de Dios no pretende ser otro mundo, sino este viejo mundo transformado en nuevo, para los seres humanos y para el propio Dios: “el cielo nuevo y la tierra nueva”. “El reino es el destino de la raza humana. Es la utopía que todos los pueblos han soñado y que el propio Dios propone a la humanidad – en la carne servidora, crucificada y gloriosa de Jesús – para que nosotros lo vayamos construyendo y esperando. Para mirar con los ojos de Jesús, todo debe ser mirado “*sub specie Regni*” (*bajo la mirada esperanzada del Reino*); para sentir con el corazón de Jesús, todo debe ser sentido como una pasión por el Reino.”⁶⁰ No obstante, hay que comprender que el Reino ya está presente en la historia, pero aún no plenamente. Por eso, la tarea desafiante para la vida religiosa es continuar colaborando en la construcción del Reino, con la Gracia de Dios, y procurar acelerar su llegada. A pesar de que el Reino no puede ser identificado con las realidades de este mundo, en la perspectiva de la fe se puede identificarlo en realidades concretas de este mundo y de la historia. La exhortación GE nos recuerda: “Dado que no se puede concebir a Cristo sin el Reino que Él vino a traer, también tu misión es inseparable de la construcción del Reino: “Buscad en

⁵⁹ Papa Francisco, Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*. Sobre a chamada à santidade no mundo atual. A reflexão terá como “fio condutor” algumas passagens da *Gaudete et Exsultate*.

⁶⁰ P. CASALDÁLIGA e José M. VIGIL, *Espiritualidade da libertação*, Editora Vozes, 1993, p. 111

primer lugar el Reino de Dios y su Justicia”(Mt 6,33). Tu propia identificación con Cristo y con sus designios requiere el compromiso de construir, con Él, este Reino de amor, justicia y paz para todos ... Por eso, no te santificarás sino te entregas de cuerpo y alma, dando lo mejor de ti en este compromiso” (GE, n. 25).

La vida de santidad está anclada también por la **unidad evangélica** que se establece entre la experiencia de Dios y el servicio al hermano, la vida de oración y la acción caritativa al otro, la experiencia de fe y el compromiso con la defensa y la promoción de la vida, preferencialmente de los más vulnerables y excluidos, la preocupación por las personas o los pueblos y el cuidado de la tierra – cf. Lc 7,22; Mt 25; 1Jn 3,17-18. En este sentido firma la exhortación GE: “No es saludable amar el silencio y esquivar el encuentro con el otro, desear el reposo (ocio santo) y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser recibido e integrado como parte de la propia vida en este mundo, formando parte del camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación igualmente en medio de la acción, y a santificarnos en el ejercicio responsable y generoso de nuestra misión” (GE, n. 26). Y más aún: “En la transparencia de los otros encontramos la transcendencia de Dios. La ruta del cielo pasa por el camino de la tierra. Lo invisible se manifiesta por la sacramentalidad de lo visible y de lo sensible. La divinidad se revela en la humanidad. El Verbo se hace carne. Las promesas de Dios se hacen esperanzas de los hombres. La salvación supone la liberación. La fe nada significa sin el amor. El culto es mentiroso si no brota como expresión de la vida. La Palabra de Dios es pronunciada por la palabra de un hombre – Jesús de Nazaret.”⁶¹ La vida de santidad testimonia que la unión con Dios no es una cuestión de conciencia, sino de vivencia, de testimonio. Hay que estar convencido de que la cumbre de la vida cristiana está en la práctica de la caridad (1Cor 13,1-13) – es la vida expresándose, irrumpiendo, como gratuidad, bondad y compartición.

Para lograr una verdadera y profunda experiencia de santidad, la vida religiosa tiene como gran y desafiante compromiso: asumir, a nivel personal, comunitario y social; las siguientes características:

1. La experiencia espiritual y orante.

El religioso está interpelado por la Palabra, en el servicio al Reino, a vivir la espiritualidad que lo orienta, a ser de acuerdo a su semejanza con Dios. Vivir la espiritualidad es vivir en y según su Espíritu (Gal 5,16). Y aún más, “cuanto más consciente vive y actúa una persona, cuanto más cultiva sus valores, su ideal, su mística, sus opciones profundas, su utopía... más espiritualidad tiene, más honda y más rica es su profundidad. Su espiritualidad será el talante de su propia humanidad.”⁶² Por eso, la espiritualidad nos va configurando como personas, y nos va definiendo delante de Dios, de la propia vida, de los otros y de la misión que tenemos que ir asumiendo. Y la espiritualidad será más profunda si la vida estuviera sintonizada, cada vez más, con el procesamiento de la vida y de la práctica de Jesús. En otras palabras, “la espiritualidad cristiana no se limita al seguimiento de Jesús (Cristo como Camino): es preciso también vivir la vida de Jesús (Cristo como vida) por el Espíritu. Por el Espíritu (la vida) que Cristo derramó sobre el mundo, particularmente sobre los que

⁶¹ Frei BETTO, *Oração na ação*, Editora Civilização brasileira, 1978, p. 107

⁶² P. CASALDÁLIGA e J. M. VIGIL, *o.c.*, p. 26

habían de ser sus discípulos, no solo imitamos a Cristo, sino que también nos transformamos en Cristo – y, con Él, en hijos de Dios. Es eso lo que se acostumbra a llamar como la “vida de gracia”: la creación de los hombres nuevos, el “nacer de lo alto”, según la palabra de Jesús a Nicodemo (Jn 3,1-15).⁶³ No cultivar la espiritualidad es transformar la vida religiosa en algo inviable para alcanzar una vida de santidad – lejos de Dios no tendremos la motivación, el punto de orientación fundamental, la profundidad de la vida, la “sabia” imprescindible para enfrentar los ídolos y las propuestas del anti-Reino que permeabilizan el mundo contemporáneo.

La otra dimensión de la vida que se debe alimentar dice relación con la vida de oración. “Por último, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad se realiza en la apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que tiene la necesidad de comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo y, en medio de sus esfuerzos y servicios, suspira por Dios, sale de sí profiriendo alabanzas y alarga sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración...” (GE, n. 147).

2. La opción por los pobres y excluidos.

Una vida de santidad nos mueve a vivir la opción por los pobres y excluidos. Opción que nos lleva a imitar a Dios, Padre-Madre de misericordia. Por eso vivir esa opción por los “queridos del Padre” tiene su razón primera y su fundamento último en Dios mismo. “El pobre se hace mediación viva del Señor, su expresión real, y no solamente su intermediario. Él se identificó con los pobres hasta transformarlos en el único sacramento absolutamente necesario y absolutamente universal de salvación. ...Experimentamos la opción por los pobres como una práctica del seguimiento de Jesús: es hacer lo que el hizo. Asumir su proyecto. Continuar su lucha. Prolongar su misma solidaridad con los pobres y marginados.”⁶⁴ Fuera de la opción por los pobres no hay Buena Noticia para los empobrecidos y excluidos; y fuera de la Buena Noticia para con ellos, no hay Evangelio. ¡El redescubrimiento de la caridad pasa por la opción por los pobres! Y esa opción lleva a la vida de santidad, a un compromiso con la vida, el sueño, la causa y la liberación integral de los pobres. Por último, la opción por los pobres es una “pieza clave” de nuestra espiritualidad, espiritualidad que nos lleva a la vida de santidad. La justicia de Jesús “comienza por tornarse realidad en la vida de cada uno, siendo justo en las propias decisiones, y después se manifiesta en la búsqueda de la justicia para los pobres y vulnerables. Es verdad que la palabra “justicia” puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios en toda nuestra vida, pero, si le damos un sentido muy general, nos olvidamos que se manifiesta especialmente en la justicia con los desvalidos: “Aprended a hacer el bien, buscad lo que es correcto, defended el derecho del oprimido, haced justicia al huérfano, defended la causa de la viuda” (Is 1,17). Buscad la justicia con hambre y sed: esto es la santidad.” (GE, n. 79)

“Jesús... quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufrida de los otros. Espera que renunciemos a buscar aquellos abrigos personales o comunitarios que

⁶³ Segundo GALILEA, *O caminho da espiritualidade*, Editoria Paulinas, 1984, p. 73

⁶⁴ *Ibid.*, p. 168

nos permiten mantenernos a distancia del epicentro del drama humano, con el fin de que aceptemos verdaderamente entrar en contacto con la vida concreta de los otros y conocerlos a fuerza de ternura. Cuando lo hacemos, la vida se complica siempre, maravillosamente...” (Evangeli Gaudium, n. 270).

3. El cultivo de la esperanza cristiana.

La vida religiosa tiene que “dar razón de su esperanza”, lo que es traducido en gestos, actitudes y prácticas concretas. La esperanza cristiana consiste en la actitud de seguir creyendo que lo que se presenta difícil o imposible – la vida nueva y liberada para todos los hijos del Padre y de la Madre-Tierra – será posible y garantizado por la fuerza de Dios (Hb 11,1ss; 2Cor 4,18). La esperanza es una sabiduría que se nutre sobre todo del poder de Cristo. Ante los fracasos, las persecuciones, las disoluciones el religioso tiene que irradiar el dinamismo incansable de su esperanza, siempre creyendo en la esperanza que no engaña – cf. Rom 5,4ss. También la esperanza cristiana es tensión entre el vivir la promesa, la acción y la espera. “La esperanza, tenerla y sobre todo darla a los otros, es parecerse a Jesús. En el cristianismo su símbolo por antonomasia es la resurrección de Jesús, vida en plenitud contra y más allá de la muerte. Pero también la cruz de Jesús, en cuanto la cruz genera esperanza. En palabras bien pensadas dice J. Moltmann: “No es cualquier vida la que es ocasión de esperanza, pero sí esta vida de Jesús que aceptó sobre sí, en el amor, la cruz y la muerte”. Esto no silencia preguntas como estas: ¿Por qué un ser humano bueno y justo fue asesinado y para que sirvió su muerte? Sin embargo, continúa siendo verdad que Monseñor Romero, asesinado por amor a su pueblo, continúa generando esperanza.”⁶⁵ Además, la “esperanza mantiene un valor perenne. Supera el miedo a la eternidad. Critica la ingenua y superficial satisfacción con el presente, como si él ya nos plenificase. Nos alienta en los fracasos, en los desalientos, en las dificultades propias de la condición humana. Vence la depresión. Desenmascara la ideología actual que nos obliga a ser felices todo el tiempo, a sonreír cosméticamente el día entero, a vivir el éxito continuo. Nos trae al realismo de la existencia humana, entretejida de alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, felicidades y disgustos. En todas esas experiencias, apunta para el norte de la certeza absoluta de la presencia y del amor de Dios, que supera todas las amarguras de la vida.”⁶⁶ Por último, para la vida de santidad el esperar es ir continuamente más allá de la inviabilidad humana y entregarse confiadamente a la efectividad divina. “La prueba de tener fe está en esperar de Dios lo imposible. Lo imposible del hombre es lo posible de Dios.” (Peter-Hans Kolvenbach).

4. La vida de libertad cristiana.

La vida de santidad se testimonia desde la experiencia del ser humano nuevo, y para eso ha de vivenciar la libertad en Cristo (Gal 5,1ss). La libertad humana se relaciona fundamentalmente con la libertad de Dios. “En cada acto por el cual nos relacionamos con Dios afirmamos el núcleo de nuestra libertad. Nunca somos tan libres sino cuando nos

⁶⁵ Jon SOBRINO, Ser cristão hoje, in *Concilium*, 340 (2011/2): 221

⁶⁶ João Batista LIBÂNIO, *A escolha da liberdade*. Subsídios para meditar, Edições Loyola, 2010, p. 438

colocamos de cara a Dios. Esa libertad trascendental, primera, primigenia, fundamentalmente significa estar-disponibles-delante-de-Dios.”⁶⁷ Es importante entender que la libertad, más allá de ser una “libertad de”, tiene que ser una “libertad para” –“Total “libertad de” con el fin de que vivamos una “libertad para” el bien de los otros, para el proyecto de amor del Padre, para la opción por los pobres, para el servicio a los hermanos. La fuerza torrencial de la libertad se canaliza para la nueva vida en Cristo, que se traduce en el servicio a los hermanos. Allí está el secreto de la libertad humana.”⁶⁸ – Cf. Gal 5,1.13; Rom 6,14; 1Pe 2,16. ¡Y más aún, la libertad es una vocación y una opción! Opción que se debe mantener durante toda la vida en medio de innumerables obstáculos. “La libertad está sujeta a todos los accidentes y a las limitaciones, a los desvíos y a las parcialidades de la historia. La proclamación del advenimiento de la libertad como acción de Dios en la historia y como vocación del hombre abre un proceso, un movimiento histórico nuevo. ...La vocación a la libertad es un desafío. Pues ella surge en medio de una sociedad establecida en la base de otros principios. La sociedad no es concebida en función de la libertad, y si en función de aquello que Pablo llama la “Ley”. Por lo tanto, la libertad es un desafío a la sociedad establecida: Ella perturba las estructuras establecidas y, en primer lugar, la estructura mental, la estructura personal de la persona que recibe esa vocación. Con todo, ese desafío es también una obligación. Él es el camino y el único camino de salvación que se ofrece al hombre. ¿Qué es en definitiva el contenido de la salvación? ¿Qué es la realidad de la salvación? La salvación es la libertad. Está salvado el hombre que acepta y asume el desafío de la libertad y hace de él la norma de vida. El hombre que no acepta ese desafío es un hombre perdido.”⁶⁹

Vocación a la libertad es vocación a una vida de santidad, la cual es testimonio de no ser cómplice, partícipe, responsable por las injusticias o maldades que agreden, excluyen o asesinan la vida en la actual civilización. Buscar vivir la santidad en esa sociedad idolátrica, violenta, excluyente de los pobres y vulnerables... sin la experiencia de ser libre, se torna simplemente imposible – cf. GE n. 67, 68, 72, 91.

5. El Espíritu comunitario en la vida de Santidad.

La vida religiosa se hace vida de santidad a partir de la vida de comunidad. La comunidad coloca en práctica el sueño de Jesús: “Que todos sean uno, como tu Padre estás en mí, y yo en ti” (Jn 17,21). Testimonio que se opone a todo modelo de vida individualista, privado y narcisista. “Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las trampas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta, si estamos aislados. La seducción con que nos bombardean es tal que, si estuviéramos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.” (GE, n. 140). Es en el apoyo, la confianza y la comprensión desde el ser comunidad, que puede surgir una experiencia de vida religiosa santa. Caso contrario, el riesgo del aislamiento, de la crisis irreversible, de la desorientación existencial y del contra testimonio acaban siendo una posibilidad previsible. Por eso, afirma la GE: “La santificación es un camino comunitario, que se debe hacer de dos en dos. Reflejo de eso lo tenemos en algunas comunidades santas. En varias ocasiones, la

⁶⁷ *Ibid.*, p. 111

⁶⁸ *Ibid.*, p. 113

⁶⁹ José COMBLIN, *A liberdade cristã*, Editora Vozes, 1977, p. 26-27

Iglesia canonizó a comunidades enteras, que vivieron heroicamente el evangelio u ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros.” (n. 141)

En el desarrollo de la GE es importante también no olvidar algunas características de la santidad, además de la comunidad, las cuales son muy útiles para el mundo actual. La exhortación apostólica presenta, por ejemplo: paciencia y mansedumbre (GE, n. 112-120, alegría y sentido de humor (GE, n. 122-128), osadía y ardor (GE, n. 129-139).

Terminando, todo indica que si la vida religiosa busca cultivar los criterios presentados arriba, podrá vivir una vida cristiana realmente en proceso de santificación. Los criterios serían como luminarias en las cuales la vida religiosa se podría apoyar para testimoniar una vigilancia sabia, una lucha desde la perseverancia y un discernimiento que es luz delante de las dificultades. Eso porque la “vida cristiana es una lucha permanente. Se requiere fuerza y coraje para resistir las tentaciones del demonio y anunciar el Evangelio. Esa lucha es magnífica, porque nos permite cantar victoria todas las veces en que el Señor triunfa en nuestra vida.” (GE, n. 158).

Preguntas para la reflexión:

1) ¿Cultivamos como comunidad los valores, el ideal, la mística, las opciones profundas, la utopía, la oración y la adoración que movió a Jesús de Nazaret?

2) Nosotros que decimos seguir a Jesús ¿Hacemos lo que el hizo. Asumimos su proyecto (el Reino). Continuamos su lucha. Prolongamos su misma solidaridad con los pobres y marginados?

3) “La esperanza, tenerla y sobre todo darla a los otros, es parecerse a Jesús... No es cualquier vida la que es ocasión de esperanza, pero si esta vida de Jesús que aceptó sobre sí, en el amor, la cruz y la muerte.” Nosotros ¿En quién o en qué hemos puesto nuestra esperanza, sabemos compartirla, logramos ser signos de esperanza para los demás?

4) ¿Nos sentimos verdaderamente libres (“libertad de”) para que podamos vivir una “libertad para”, para el bien de los otros, para el proyecto de amor del Padre, para la opción por los pobres, para el servicio a los hermanos?

5) Nosotros como Agustinos, donde la vida comunitaria, es un pilar importante de nuestro Carisma y Espiritualidad ¿Reflexionamos con profundidad que La santificación es un camino comunitario, que se debe hacer de dos en dos; donde cada uno se debe involucrar con los demás miembros de la comunidad?



TEMA 6: LA SANTIDAD EN CLAVE DE DISCERNIMIENTO

Objetivo del Tema: Renovar constantemente la disposición a buscar resueltamente la voluntad de Dios para mi vida.

Introducción.

Comenzamos este momento con una invocación al Espíritu Santo pidiendo que:

“Todos mis pensamientos y mis acciones en este ejercicio estén orientados a buscar y a encontrar con su gracia la voluntad de Dios para mi vida para que cumpliendo esa voluntad pueda ser santo como el mismo Cristo Jesús nuestro Señor”

La Santidad en su sentido antropológico.

Como sabemos el concepto de lo santo va más allá de nuestra religión y de nuestra cultura, más bien se plantea como una realidad de la experiencia espiritual más profunda del ser humano. Entendemos aquí que el concepto de “Espiritual” no debe ser homologado a “Religión” O “Culto”, sino más bien a la capacidad de todo hombre de trascender en su mente y espíritu a realidades más allá de lo meramente material o contingente.

Así el concepto de lo “Santo” se encuentra expresado de muchas formas de acuerdo a las diferentes culturas, religiones o cultos:

Este hace referencia a aquello que encierra en sí mismo una potencia que lo diferencia de todo lo que existe o podría llegar a existir; y que por, esta característica numinosa, lo transforma en un ser radicalmente diferente y radicalmente alejado, reservado de esta realidad.

Por esto lo santo necesariamente refiere a esa diferencia, de un mundo que llamamos “profano”, provocándose así una dualidad radical en la experiencia espiritual del hombre.

El hombre: limitado, temporal, mutable, contingente, etc. ante lo sagrado, lo santo, lo diferente lo eterno, lo grande, etc.

La historia de las religiones y los cultos han sido entonces las historias de los hombres que han buscado unir estas dos realidades radicalmente distintas. Allí en el espacio entre ambas es donde nace el mito y el rito que buscan unir lo sagrado y lo profano bajo el supuesto que ambos tienen algo en común. (Gn 1,27)

De entre muchas religiones el cristianismo luce de forma especial en esta búsqueda de unión de lo sagrado y lo profano, puesto que se caracteriza por un Dios que se hizo hombre. Esto resultaba especialmente extraño en los primeros tiempos de nuestra religión puesto que lo asumido por las religiones occidentales era más bien que los hombres buscaran llegar a ser como dioses. Basta solo recordar la incompreensión que sufrió el apóstol Pablo en su predicación en el areópago al mostrar a un Dios que hecho hombre y muerto por los propios hombre había vuelto a la vida y que además habría a los hombre la posibilidad de la resurrección: “Sobre esto ya te oiremos otra vez” (Hch 17,32)

A pesar de este “fracaso misionero” con el paso del tiempo muchos llegaron a creer firmemente en lo predicado por Pablo, probablemente porque su predicación habría infinitamente las posibilidades de alcanzar lo sagrado de alcanzar la santidad.

Jesucristo se convirtió así en modelo de santidad, lo que parecía imposible se manifestó en él como algo posible, cercano, humano pero al mismo tiempo divino, santo.

Con el Verbo Encarnado en el seno de maría se sella para siempre el deseo de Dios de unirse íntimamente con el hombre. Aquellos que el pecado había separado, ahora por pura iniciativa divina en el misterio de la encarnación de Jesús, se unen. Se restauran aquellos que por su propia naturaleza corrompida estaban irremediabilmente separados, pero que por ser creados

a imagen y semejanza del propio Dios, encerraban la posibilidad de la restauración. Dios ve en el hombre su propio rostro, porque ve en el hombre a su propio Hijo.

Lo divino, lo santo se ha hecho hombre y así la vida del hombre a la luz de Jesús es santificada. La vida misma se convierte en el canal de santificación y de comunicación de Dios con los hombres una vida que retorna a su origen de unión de la creatura con su creador.

La Santidad al modo de Jesús

Como vemos la gran clave de santidad es el mismo Jesús, muchas veces nos confundimos en tantas opiniones o métodos para alcanzar la santidad, pero resulta mucho más sencillo para los cristianos conocer el camino, el método para alcanzar la unión anhelada.

La santidad consiste sencillamente en seguir los pasos de Jesús, imitar su estilo de vida, replicar sus conductas, cumplir sus mandatos, aquellos que los medievales nombraron “La imitación de Cristo”, ser otros cristos, que como Jesús cumplan la misión específica que el Padre Dios les ha dado. Misión que se manifiesta en la vida propia, en lo contingente; es decir, de una forma encarnada en la realidad personal y temporal que nos toca vivir.

De lo anteriormente dicho podemos concluir.

1. Solo Dios es santo; Es decir, lo santo propiamente tal es Dios y solo de él emana toda santidad. Dios es el absoluto el radicalmente distinto en ser y naturaleza a todo lo que es, esto por su propia definición de Dios que refiere a la perfección y la totalidad del ser inmutable y trascendente. Si la santidad viniera de otra fuente Dios ya no sería Dios pues solo de él se puede decir lo absoluto.

2. La santidad en unión con Dios: Solo somos santos en la medida que estamos unidos a él, así no existe ni jamás podrá existir una santidad propia, es decir una santidad que no proceda de Dios. Así, la santidad es el reflejo de Dios entre los hombres, la santidad es un decir de Dios “Yo estoy aquí”. Este es el mensaje más claro de Dios en la Persona de Jesús y de la misma forma la presencia de los santos entre nosotros.

3. Jesús une lo que estaba separado: Siendo Jesús verdadero hombre une en su encarnación aquellos que estaba eternamente separado por el pecado. Solo un Dios-hombre lo podía hacer y únicamente por una iniciativa divina; ya que el espacio abismal entre el hombre y Dios solo puede ser llenado por un Dios abismal en su amor; y en su ser; y, en su poder y voluntad.

La Santidad es entonces esencialmente “comunidad”

Comunidad de Dios con su Hijo, en el sentido más pleno y perfecto, por su esencia divina compartida e indivisible, perfectamente distinguible como persona en su ser Padre e Hijo respectivamente, pero perfectamente unidos en una mismavoluntad.

De los hombres con Dios por su Hijo, por la filiación, por adopción, que por el mismo Jesús Hombre y Dios se nos otorgó mediante el Bautismo; y que el mismo nos reveló como Padre (Dios es vuestro Padre: Abba, Padre). Dios es Padre nuestro y Padre de Él; y porque es SU Padre, llegamos por Él a ser sus hijos.

De los hombres entre ellos, como hermanos; porque su Hijo nos une a Dios como Padre. Si es vuestro Padre es entonces “nuestro” Padre; y si es “nuestro”, entre nosotros somos hermanos.

La santidad como camino personal de discernimiento

Por nuestra condición de cristianos todos estamos llamados a ser santos por que la búsqueda de la santidad es la coherencia de nuestro deseo manifiesto de seguir a Jesús como Señor, como el ungido, el Cristo, de donde nos viene el nombre más propio de Cristianos. Y sobre todo por el propio llamado del Señor “Sed santos como mi Padre es Santo”. Pero no basta solo el deseo como simple impulso, sino también se requiere la voluntad, el deseo

racionalizado, meditado y discernido personal e íntimamente de seguir el camino trazado por Jesús. El bautismo presupone este deseo pero este debe ser confirmado con una vida en coherencia con nuestra fe, específicamente en el misterio de la encarnación. Nuestra santidad como la de Jesús está trazada por el misterio de la vida, de una vida que en libertad opta por Cristo y por su reino; por esto el camino de santidad es ante todo un camino personal.

Nadie puede hacer el camino de santidad por mí, ni yo lo puedo hacer por nadie, porque el camino comienza verdaderamente cuando en lo interno del corazón respondo en sinceridad al llamado de seguir a Cristo. Nadie ni nada puede obligarnos porque no hay verdadero bien en aquello que se hace obligado, aunque esto sea bueno (San Agustín). Y esto se fundamenta en que solo hay amor verdadero en la libertad y la verdad. Si Dios es amor, como nos dice el apóstol San Juan; sin libertad no hay santidad, porque donde no hay libertad no hay amor verdadero; y por lo tanto, aquello no es de Dios.

La cuestión está en que elegir algo presupone opciones y las opciones presuponen que hay posibilidades que se nos ofrecen. ¿Qué se nos ofrece? La salvación, la plenitud de la verdadera felicidad ¿Qué opciones tenemos? Responder si o no al llamado, esto en el mejor de los casos, lo más desastroso resulta ser el dar una respuesta a medias, tibia, dudosa o sospechosa al Proyecto del Reino, al camino de santidad.

Nada, ni nadie puede tomar esta decisión trascendente más que yo mismo. La respuesta de fe para ser lo más verdadera y honesta posible requiere de un profundo conocimiento del yo y aceptación del mismo. El aceptarse y amarse desde la realidad más interna y oscura.

Así el camino de santidad nos enfrenta al desafío de la libertad que solo puede encontrar respuesta en un sincero cuestionamiento interior que, liberado de las apariencias y las presiones, busca de todo corazón la verdadera y plena felicidad.

Pero solo podemos buscar aquello que conocemos (San Agustín); por lo cual ese sincero deseo de felicidad plena y verdadera; únicamente nace del encuentro con el pleno y verdadero amor. Experimentado con la conciencia plena del amor de Dios, entregado personalmente a cada hombre y mujer en la cruz, por el mismo Hijo de Dios.

Busco para encontrar y encuentro para seguir buscando, así el camino de la santidad y del discernimiento no pueden entenderse como un camino lineal, en los cuales hay logros absolutos, principios y fines claros y determinados; sino más bien, como un proceso dinámico en el cual los avances, si bien concretos, no pueden ser medidos cuantitativamente. Pero si experimentados al modo del Reino de Dios. El Reino no está aquí o allá, no hay un poco o mucho del Reino de Dios. Más bien, el Reino se vive o no se vive, se experimenta, se está en él, imbuido de su Buena Noticia.

En la vida de Agustín esta forma de camino de santidad se hace evidente en los diferentes momentos de conversión en su vida. Este fenómeno se representa de manifiesto en el pasaje de la conversión. “Y en ese momento sentí la más absoluta certeza que Él me amaba”.

“Jesús me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20).

Es esta conciencia, manifestada de forma tan clara y contundente por san Pablo, es de donde brota el primer paso del camino de santidad y de discernimiento sincero, abierto y entregado: experimentarme como un elegido de ese amor, llamado a vivir en plenitud ese amor; el cual supone el cumplimiento de la voluntad del padre al modo de Jesucristo.

El llamado de Abraham (Gn 12, 1-9) (Leer el texto)

Puntos a considerar.

1. Dios elige a Abraham gratuitamente: Esta elección es perfectamente libre por parte de Dios, Abraham no ha hecho nada para merecerlo, la elección personal para el camino de santidad es una elección misteriosa por parte de Dios para con nosotros. Dios “Quiso” llamarnos a su conocimiento, a tener una experiencia vital con él.

2. Así la vida cristiana no comienza por una conclusión racional del llamado, sino con una experiencia personal, con un acontecimiento. Si bien por medio de la razón podemos conocerle, incluso ese momento luminoso de la razón que conoce a Dios, se transforma en una experiencia que es un encuentro con Él.

3. Abraham es separado de su zona de confort, de los suyos, de su tierra. El llamado de Dios implica un ir a lo desconocido a la inseguridad del desierto, pero esta aventura tiene como fin el dar vida, la promesa de ser un hombre que generará vida, un pueblo, una nación. Su elección de escuchar el llamado de Dios no está en bien de su propio beneficio, sino en bien de los demás.

4. Abraham vive un proceso similar al pueblo de Dios. Un pueblo pequeño e insignificante como Israel, ante los grandes reinos que lo circundaban, es el elegido por Dios. Él elige a un hombre que no es nada, a un pueblo que no es nada, para convertirlos en algo; y en algo grande. Se destaca entonces que el camino de Abraham y el del pueblo de Israel no es el camino de la autoafirmación o de la autosuficiencia; por el contrario, es el camino de la precariedad, que únicamente se puede hacer a la sombra del creador. Agarrados de la mano del Padre que va mostrando el camino. Solo basta creer en Él.

5. Dios le va mostrando que lo ha elegido para el bien de la humanidad, para que sea signo de la grandeza, santidad y bondad de Dios, para con toda la humanidad.

“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: Yo profeta de las naciones te constituí” (Jr 1,4-5)

“No fueron ustedes quienes me eligieron, fui yo quien lo ha elegido” (Jn 15, 16).

“La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer don tan grande...Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. La iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios.

La respuesta de Abraham

Dios elige a Abram, pero le hace exigencias. Inevitablemente Dios pide una renuncia porque su llamado supone una respuesta total. Si Él es Dios, y como Dios es el absoluto, la respuesta ha de ser absoluta. Respuesta que podemos dar solamente con su poder y Espíritu.

Exigencias:

Debe romper con su medio religioso. Abraham viene de un medio pagano. (Josué 24, 2-3)

Debe romper con su familia con su tradición y linaje (Génesis 11,27-32)

Debe romper con su tierra. Parte a una tierra desconocida. La única seguridad que tiene es su disposición, su obediencia.

Para comenzar una historia de amor se requiere una decisión radical. No sirven las medias tintas. No sirven matrimonios temporales, vocaciones temporales, amistades temporales... Abraham toma la decisión de amar a Dios por sobre todas las cosas. No se habla de sus sentimientos sino de su decisión: amar es una decisión.

Los sentimientos, las emociones, van y vienen en nuestra vida en cada día, e incluso a cada hora. Apegarse a los sentimientos y emociones como criterio de discernimiento es adentrarse en un mar tormentoso que es el camino a las decisiones mal tomadas.

Las emociones y sentimientos nos hablan de nosotros mismo, y en este sentido son importantes a la hora de situarnos en nuestra realidad más contingente, pero no pueden ser el criterio de decisión; pues la decisión de responder al llamado de Dios, va más allá del momento en específico. Esta decisión trasciende el tiempo y la historia contingente; el llamado de Dios es un llamado a la eternidad. En este sentido, nos ilumina el pensamiento agustiniano que nos muestra al hombre como una dardo lanzado al infinito como alguien que “cae” hacia lo alto.

La llamada de Dios que es espíritu requiere una respuesta espiritual y atemporal pero que se manifiesta en lo más concreto de la temporalidad y la historia de cada persona, comunidad o sociedad humana.

Volver al amor primero. A pesar de la radicalidad de la respuesta de Abraham, necesita constantemente volver al amor primero, en su historia. Así como en la historia de Israel es fundamental el recordar el cómo y el cuándo de la llamada, es un recuerdo que se hace constantemente al punto de convertirse en una declaración de fe, se trata aquí de revivir la experiencia fundante de “mi” llamado. (Dt 26,5-9)

Cada uno de nosotros también tiene una historia, un contexto, en el cual fuimos llamados por Dios. Pertenecemos a un pueblo, tenemos una historia, una familia, una identidad (la Iglesia, nuestra Orden, etc.). Son historias marcadas por infidelidades, por mezquindades y malicias; pero también llenas de gracia, de manifestaciones de Dios, de su misericordia, amor y bondad. Hoy también vivimos dentro de estas historias particulares y concretas, determinadas y contingentes; y dentro de ellas, estamos llamados a revivir nuestro encuentro con Cristo y volver a hacer una opción por Él.

El hombre en discernimiento.

Así como Abraham decide responder al llamado de Dios, nosotros somos invitados a responder a nuestro propio llamado. Ya hemos respondido en gran medida en el sí que dimos en nuestra consagración religiosa: ese sí de nuestra profesión ha sido una decisiva respuesta a buscar resueltamente su voluntad. Con ese sí nos consagramos a Dios sumamente amado, por lo cual libre y espontáneamente, nos hicimos propiedad suya por amor. Por tanto nuestra respuesta de consagrados ha de ser siempre buscar su voluntad. Así, la vida del religioso ha de ser una vida en discernimiento; y el religioso ha de ser testimonio del hombre EN discernimiento.

Este camino no siempre es un camino con principio y fin, no discernio exclusivamente para tener respuestas concretas como debo hacer tal o cual cosa; sino más bien, como una actitud de vida que busca en todo momento responder a Dios.

Algunas pistas para el discernimiento.

Renovar constantemente la disposición a buscar resueltamente la voluntad de Dios para mi vida. Renovar, ya que en nuestra consagración esa disposición se hizo manifiesta y publica mediante la profesión de votos. Si al momento de profesar no existió esta verdadera y clara disposición, desapegada de todo afecto o interés material, es importante discernir la vida nuevamente, puesto que el discernimiento que se hizo no se realizó en función de Dios; probablemente, se hizo en función de muchas otras cosas menos de Dios.

Es importante en este punto no buscar culpables de nuestras decisiones, ni tampoco centrarse en un doloroso sentido de culpa, sino más bien en un deseo de “ordenar la vida” en

buscas a la verdadera felicidad. Abraham y el pueblo de Israel hacen constantemente este ejercicio, esta purificación de intención, en todos mis actos y decisiones trascendentes.

Así, con el discernimiento se trata de buscar y hallar la voluntad de Dios en mi propia vida; en como las cosas que me pasan se van disponiendo para que yo responda a esa voluntad divina.

El discernimiento implica una total confianza en Dios, confianza que nace de la experiencia de amor de Dios que nos libera. El amor nos hace libres, y esa libertad nos permite decidir. Decidir rechazar todo aquello que me aleja de Dios y acercarme a todo aquello que me acerca a Él y a su voluntad; sabiendo que El me asiste en todo momento y que por su gracia somos capaces de elegir lo bueno y rechazar lo malo. No se trata aquí de la sola voluntad; sino también, de la confianza en Dios.

El discernimiento implica que el hombre se haga disponible a la voluntad de Dios. No solo vasta conocer su voluntad; sino también, presentarse disponible a cumplirla de todo corazón. Esto muchas veces implica el dar respuestas erráticas ante un llamado de Dios que no se tiene claro, pero que busca activamente esa voluntad.

El mismo Abraham, ante la promesa de Dios de darle descendencia, busca responder a ese llamado primero haciendo a Eliezer su heredero (15,2-3). Dios le dice que no, que su heredero será alguien de su misma sangre (Gn 15,4).

Abraham no termina de entender esta voluntad de Dios: que es que se cumpla en él la promesa de su descendencia, entonces acepta la proposición de su mujer que le ofrece su propia esclava, Agar, para tener hijos. Propuesta que Abraham acepta, así nace Ismael, pero tampoco eso es lo que Dios quiere. Lo que Dios quiere es que tenga hijos con SU esposa, una mujer anciana; y además, estéril. Este querer de Dios es incomprendido por ella; e incluso ridículo a sus ojos, Saray se ríe de la propuesta de Dios (Gn 17,17; 18,12) Pero Dios cumple sus promesas y le da un hijo de sus entrañas; y junto con ello, a ambos les cambia el nombre; pues son ahora creaturas nuevas; Abram no procrea lo hace Abraham, Saray no procrea, lo hace Sara,

Dios le promete una tierra, así Abraham se convierte en un explorador de la voluntad de Dios, sale de zona de confort para buscar la voluntad de Dios, pasa a ser un peregrino, un pastor que descubrirá una tierra para su descendencia. Ni siquiera habitará en ella, solo la verá (Gn 12,7). Busca la tierra prometida para los que vienen, su búsqueda es donación para su descendencia, lo hace vivir la gratuidad de su donación a Dios. Así, su búsqueda, su viaje, se transforma en algo mucho más trascendental de lo que él podía imaginar.

Para ser hombre **de/en** discernimiento se requiere renovar constantemente la disposición a Dios, para entregarse por completo, dando un cheque en blanco. Es un ideal de vida, una lucha, un peregrinaje que se prolonga durante toda nuestra vida, un camino de santidad.

Para servir a Dios se requiere atención a nuestro interior y a los signos que nos da la vida, junto con la libertad interior (con la cual podemos buscar y servirnos de las cosas y de los acontecimientos para buscar la voluntad de Dios). Hoy la riqueza, mañana la pobreza; hoy la salud, mañana la enfermedad; ayer las amistades, hoy la soledad; ayer la alegría, hoy la tristeza, etc.

Hoy descubrimos una voluntad de Dios, pero al poco andar ya no lo quiere más y nos pide otra cosa. Él nos hace ver que lo que quería ayer, ya no lo quiere hoy; y que nos pide volver a iniciar el camino. Dios no está ligado a ninguna realización personal, no podemos hacer tal o cual cosa por realización personal, sino que nuestra realización está en el hacer su Voluntad. Resuena en este momento, las palabra de Jesús en Getsemaní: “Padre, que no se

haga mi voluntad sino la tuya”; son las palabras de la negación de la propia comodidad, del propio deseo, de la propia realización personal, para entregarse a algo infinitamente más grande que lo propio.

Pensábamos que nuestras decisiones, que nuestras obras, eran definitivas; pero ya no es más así. El Espíritu sopla donde quiere, y nos arrastra a cambios en nuestra vida y en nuestros campos de acción. Obstinar-se en una fidelidad a las realidades actuales, que no son más que restos de un pasado ya muerto, es querer imponer nuestra propia voluntad a Dios.

“No debemos tener miedo de dejar los “odres viejos”: es decir, de renovar los hábitos y las estructuras que, en la vida de la Iglesia y, por tanto, también en la vida consagrada ya no responden a lo que Dios nos pide hoy para que su Reino avance en el mundo” (Papa Francisco a los consagrados, 27 de noviembre 2014)

Preguntas para la reflexión personal

- 1) **¿Cómo veo mi disposición al camino de santidad, a la búsqueda de la voluntad de Dios?**
- 2) **¿Estoy verdaderamente disponible a cumplir su voluntad?**
- 3) **¿Cómo consagrado, busco conscientemente la voluntad de Dios y no la mía?**
- 4) **¿Qué beneficios han recibido los demás de mi respuesta al llamado de Dios?**
- 5) **¿Qué tuve, y que tengo que dejar hoy, para responder a su llamada?**



C.UNA MANERA DE CAMINAR: LA RESPUESTA AGUSTINIANA

TEMA 7: VIVIR LAS BIENAVENTURANZAS EN CLAVE AGUSTINIANA.

OBJETIVO DEL TEMA: Comprender el Proyecto de Jesús y optar por él.

Las Bienaventuranzas tal como aparecen en Mateo 5, 1 – 13, están presentadas en un esquema de Alianza. Son el plan de la Nueva Alianza propuesto por Jesús en el Sermón de la Montaña. Tal como Moisés, Jesús sube al monte, y se sienta (como en la Cátedra), a su alrededor están los doce, numerosos discípulos y discípulas, y toda la gente que se acerca a escucharlo; así como en el pasado todo el pueblo estuvo a los pies del Sinaí.

Jesús comienza a presentar su programa repitiendo 8 veces la palabra: felices o dichosos. Lo que indica que el plan propuesto por el Mesías no es un plan de agobios; sino de plenitud, dicha y felicidad, para quienes quieran asumirlo como proyecto de vida.

Las 8 Bienaventuranzas están presentadas en un esquema de alianza, en el cual la primera Bienaventuranza es la puerta de entrada para entrar en este pacto. Cuando se habla de pacto siempre hay dos partes que se comprometen. Por lo tanto, la segunda, tercera y cuarta Bienaventuranzas son los compromisos por parte de Dios. La quinta, sexta y séptima Bienaventuranzas son los compromisos por parte de la comunidad. Y la Octava Bienaventuranza es la consecuencia lógica que se asume al haber asumido este pacto.

LA OPCIÓN PARA ENTRAR EN EL PACTO.

- Mt 5, 3: La puerta de entrada: “Felices los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos (Μακάριοι οι πτωχοι τω πνευματι, οτι αυτων εστιν Βασιλεια των ουρανων). Una mejor traducción: Felices o dichosos (Makarioi) los pobres (joi ptojai) por el espíritu (to pneumati). “To pneumati” no es un genitivo como para traducir “de espíritu”; sino un dativo (reconocible por la letra iota), que equivale a un complemento indirecto: “por” o “para”.

Para un palestinese el espíritu es el centro de la persona en cuanto puede comprender y decidir; para un griego es la psiqué (el alma) que tiene una naturaleza espiritual (es neumática), naturaleza que se manifiesta a través de las dos potencias del alma: la inteligencia y la voluntad.

Traducir “espíritu” por el lado del comprender/de la inteligencia: sería “Felices los pobres que se reconocen como pobres” o “que saben que son pobres”...En cambio traducir “espíritu” por el lado del decidir/de la voluntad: sería “Felices los pobres por opción, por libre voluntad”, o mejor dicho: “Felices los que eligen ser pobres...”. Traducción que calza mucho mejor con lo que Jesús sigue hablando más adelante en Mateo 6, 24: que no puedo servir al mismo tiempo a dos señores porque amaré a uno

y dejaré de lado al otro, por lo tanto no puedo servir al mismo tiempo a Dios y al dinero.

Esta es la puerta de entrada, pues si queremos que nuestra opción cristiana resulte, al igual que en el ejemplo que coloca Jesús de la construcción de la torre y en el de la defensa de la ciudad(Lc 14, 28 – 33), en ambos casos había que hacer algo previo para que esas dos empresas no fracasasen (ver los medios para construir, ver el contingente del que viene a atacar la ciudad); así, igualmente, el Señor termina planteando que es lo que hay que hacer primero, si queremos ser sus discípulos y no fracasar en el intento: “El que no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 33).

Jesús nos invita a elegir ser pobres para tener en el corazón no como lo más importante el dinero, sino a Dios ¿Qué haré entonces con el dinero y los bienes que tengo? Se me invita a optar por COMPARTIR, esto es lo que significa creer en un modo nuevo de vida; a semejanza de los primeros cristianos, que según los Hechos de los Apóstoles 4, 32 – 35: “los creyentes lo tenían todo en común y nadie consideraba como suyo nada de lo que poseían. Entre ellos no había ningún necesitado, porque los que tenían haciendas o casas las vendían, colocaban el dinero a los pies de los apóstoles, y se repartía según la necesidad de cada uno.” De esta manera, cuando alguien ha renunciado al dinero para tener a Dios como su única riqueza, y ha optado por compartir sus bienes, los pobres a través de su compartir son levantados. Esta es como la mecánica, la manera cómo funciona el proyecto del Reino.

Este fue el ideal de vida que enamoró a san Agustín. Por eso Agustín va a colocar como concreción del amor a Dios y del amor al prójimo, y como fundamento de la vida común, el compartir de bienes. Es el primer capítulo de la Regla, la puerta de entrada, para que resulte el programa de vida de toda la Regla. La opción de compartir todo lo que se tiene, que aterriza el amor a Dios (porque se le tiene a Él como el fundamento de la vida y no al dinero) y que aterriza el amor al prójimo (porque se comparte efectivamente todo lo que se tiene con el hermano), debe ser ayudada por la gracia de Dios (Capítulo Octavo de la Regla 48-49). De otra manera no se podrá vencer el egoísmo, la tacañería y la avaricia del ser humano, fruto de su condición humana, herida por el pecado.

LOS COMPROMISOS DE DIOS.

La segunda, la tercera y la cuarta bienaventuranzas son los compromisos de Dios. En estas tres bienaventuranzas los destinatarios de las promesas de Dios, sufren una carencia: los resignados (que no tienen tierra, porque han perdido su patrimonio); los que sufren o los que lloran; los que tienen hambre y sed de justicia.

- Mt 5, 4: Felices los mansos, los afables, los pacíficos, los tranquilos (πραεις); pero también quiere decir domesticados. Si la raíz del sustantivo “praeis” (nominativo plural) viene del adjetivo “praotes” (πραοτης ητος η) que significa mansedumbre, dulzura. Apacibilidad, paciencia□□podríamos muy bien traducir por mansos o afables. Pero si “praeis” viene del sustantivo “pragmateia” (πραγματεια ας η) que significa ocupación, actividad, esfuerzo, trabajo; o del verbo “prasso” (πρασσω) que

significa realizar, hacer, cometer, obrar, trabajar; o del verbo reflejo “pragmateuomai” (**πραγματευομαι**) que significa trabajar, ocuparse, realizar, ejecutar: el significado de la traducción sería muy diferente.

¿Quiénes serían estos “praeis” (πραεις)? Jesús en Mateo 20, 1 – 16, habla en una parábola de unos trabajadores, que están en la plaza, desde muy temprano, al medio día y aún al caer la tarde, esperando que alguien los contrate para trabajar en la tierra. Es lo que saben hacer porque lo han aprendido de generación en generación. Son agricultores que se han empobrecido, y han perdido el patrimonio familiar de la tierra. En tiempos de Jesús ya no se practicaba el año jubilar (Lv 25, 8 – 17; 27, 24), que se celebraba cada cincuenta años. A la familia que le había ido mal economicante y que había tenido que vender la tierra para pagar sus deudas, quedando sin nada, en ese año jubilar tenía la posibilidad de recuperar el patrimonio de su tierra. El año jubilar, así como el año sabático, se instituyó como ley con el objetivo de que no hubiera pobre en israel (Dt 15, 4 – 5).

En tiempos de Jesús, muchas familias ya no tienen tierra, no tienen siquiera donde caerse muertos, viven en una condición de desheredados. Y para sobrevivir tienen que trabajar, por un salario insignificante, en la tierra que ahora les pertenece a otros. Estos desposeídos esperan pacientemente en las esquinas o en las plazas, cabisbajos, sin esperanzas, resignados ante su situación (□□□□□□□, a que alguien los contrate para tener de qué vivir. La traducción de la Biblia Española los designa como “sometidos”.

A estos, si entran en el pacto nuevo que propone Jesús por la primera Bienaventuranza, optando por ser pobres para tener a Dios como su Rey, como la perla preciosa o el tesoro escondido; entonces Dios se compromete a darles la tierra en herencia. No un pedazo de tierra para cada uno, sino toda la tierra, pues donde se ha optado por compartir, ya no existe “lo tuyo” y “lo mío”, sino “lo nuestro”. Es lo que Jesús contesta a Pedro cuando este le pregunta: ¿Y nosotros que lo hemos dejado todo por seguirte? ¿Qué nos espera? (Mt 19, 27). Jesús le responde: "En verdad les aseguro: en el día de la renovación del mundo, cuando el Hijo del Hombre esté sentado en el trono de la gloria, ustedes, que me han seguido, estarán también sentados en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que por mi causa deje hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos, tierras o casa recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna." (Mt 19, 28 – 29).

Es a través de la comunidad que comparte, la vida y todo lo que se posee en común, como Dios cumplirá su promesa de darles a estos cabizbajos y resignados desheredados (**πραεις**), una gran familia, casas y campos por todas partes, en definitiva: la tierra en herencia.

En la comunidad cristiana, donde todos han elegido ser pobres para tener a Dios como su única riqueza, como su único rey, los ricos reciben este llamado como una invitación a la conversión, que se concretiza en despegar su corazón del dinero, optando por compartir todo lo que tienen con los miembros de la comunidad en la que se han integrado, y que ahora se han convertido en sus hermanos.

Para los pobres en cambio, este llamado es recibido como una Buena Noticia, pues en la comunidad cristiana en la que se comparte todo lo que se tiene, ellos tendrán ahora lo que antes no tenían. Pero como todos, ricos y pobres, han elegido ser pobres para tener a Dios como su único rey; los pobres también han de renunciar al deseo de poseer bienes, de querer ser ricos, demostrándolo, al igual que todos los demás miembros de la comunidad, por su actitud de humildad, de servicio a los demás y de desapego o libertad ante los bienes.

Todo este movimiento interno, o disposición del corazón, que implica el compartir de bienes, San Agustín, lo tiene claro al proponer la comunión de bienes como fin y fundamento de la Vida Común, en el capítulo Primero de su Regla de vida.

Recordemos la Regla: “Y nada consideren como propio, sino que tengan todo en común, y que el superior distribuya a cada uno de ustedes el alimento y el vestido, no igualmente a todos, porque no todos son de la misma complexión, sino a cada uno según lo necesitare; conforme a lo que leen en los Hechos de los Apóstoles: “tenían todas las cosas en común y se repartía a cada uno según lo necesitaba” (Hch 32, 35).” (Regla I, 4).

“Los que tenían algo en el siglo, al entrar en la casa religiosa, pónganlo de buen grado a disposición de la comunidad”. (Regla I, 5). “...No menosprecien a sus hermanos que vinieron a la santa sociedad siendo pobres... (No se gloríen) de la condición de sus padres ricos... Ni se vanaglorien por haber traído algunos bienes a la vida común... Ni se ensoberbezcan más de sus riquezas por haberlas compartido con la comunidad que si las disfrutaran en el siglo... Mas bien, deben gloriarse más de la comunidad de los Hermanos pobres... Otros vicios incitan a ejecutar malas acciones, la soberbia, sin embargo, se insinúa en las Buenas Obras para que perezcan. ¿Y qué aprovecha distribuir las riquezas a los pobres y hacerse pobre, si el alma se hace más soberbia despreciando a las riquezas que lo fuera poseyéndolas?” (Regla I, 8).

“Y los que nada tenían no busquen en la casa religiosa lo que fuera de ella no pudieron poseer... Concédase a su debilidad cuanto fuere menester...Sin embargo, no se consideren felices por haber encontrado el alimento y vestido que no pudieron tener cuando estaban fuera” (Regla I, 6). “Ni se engrían por verse asociados a quienes fuera no se atrevían ni a acercarse... No busquen las vanidades terrenas... Más bien eleven su corazón. No sea que comiencen a ser las comunidades útiles para los ricos y no para los pobres, si sucede que en ellas los ricos se hacen humildes y los pobres altivos”. (Regla I, 7).

Aunque, según el proyecto de Jesús, el compartir los bienes sí hace feliz en la comunidad al que nada tenía; es la promesa de Dios para el desposeído; Agustín, quiere colocar el acento de la felicidad, no tanto en la adquisición de los bienes materiales que antes no se tenían; sino que colocarlo primero, en la elevación del corazón que busca a Dios en comunión con los demás para tenerlo, precisamente a Él, como el fundamento de su vida. Como el único rey en el centro del corazón. Y segundo, colocar también el acento de la felicidad en la fraternidad con los hermanos

que han elegido, como opción de vida, el ser pobres para tenerlo todo en común. Para Agustín, según Jordán de Sajonia, será feliz el que busca a Dios con los hermanos en unión espiritual, en cohabitación local, en posesión temporal y en distribución proporcional (Cfr. Jordán de Sajonia, *Liber Vitasfratrum*, citado en las Constituciones OSA n° 27). Y es precisamente esto lo que propone Jesús: optar por ser pobres para tener a Dios como la única riqueza, como la piedra preciosa o el tesoro escondido, despegando el corazón de las cosas materiales, para compartir todo lo que se posee o se tiene, con el fin de ganar o de tener hermanos. Esta es la concreción del amor a Dios y del amor al Prójimo.

- Mt 5,5 Felices los que sufren, o los que lloran, o los afligidos (πενθουντες). Estos son los pobres, que viven en la miseria, no lo son por opción, sino por necesidad. Son los anawin, los mendigos, los huérfanos y las viudas que quedan en la calle.

Los enfermos que están en una situación de vida disminuida, muchos de los cuales tienen que mendigar, como los ciegos o los paralíticos; o tienen que vivir en la marginación como los leprosos que pernoctan en un valle, alimentándose de la basura que bota la gente; o tienen que vivir con una pesada carga moral encima, como los mismos paralíticos, que se creía que estaban en esa situación porque habían pecado gravemente ellos o alguno de sus antepasados.

Son también los oprimidos que sufren como siervos la dureza de sus amos; o que se sienten sometidos en muchas dimensiones de la vida social por la presencia de la potencia política-militar de Roma que los domina; o por la presencia del Espíritu del mal que los atormenta, haciéndolos vivir en cementerios o atentando contra la integridad de sus cuerpos como herirse con piedras (Mc 5, 1 – 6), o lanzarse al agua o al fuego (Mc 9, 21 – 22).

Y los pecadores que sufrían la marginación y desprecio de la sociedad, como los ladrones, asaltantes, prostitutas y cobradores de impuestos (publicanos). Los que vivían en esta situación permanente de pecado eran considerados personas que contaminaban o manchaban la pureza ritual, por lo cual se les evitaba. El contacto con ellos dejaba impura a la persona, que tenía la obligación de purificarse para poder hacer sus oraciones, o asistir a la sinagoga o al Templo.

Los pobres, los enfermos, los oprimidos y los pecadores serán los primeros destinatarios de la Buena Noticia del Reino y los predilectos de Jesús. A estos Dios se compromete a consolarlos en la comunidad donde todo se comparte, y por ello los pobres son levantados; en la comunidad donde todos se sirven mutuamente, unos a otros, y por ello, los enfermos son atendidos y los oprimidos liberados; en la comunidad donde todos se aman, y por ello los pecadores son acogidos, perdonados y tratados dignamente como personas. Lo que les hace cambiar de vida y sacar desde dentro de sí, lo mejor de cada uno.

Agustín reconoce, de manera explícita en la Regla, que es en la comunidad donde estos recibirán un trato que antes no tenían. Con respecto a los pobres dice: “concédase a su debilidad cuanto fuere menester, aunque su pobreza, cuando estaban en el siglo, no les permitiera disponer ni aun de lo necesario” (Regla I, 6).

Con respecto a los enfermos indica: “Así como los enfermos necesitan comer menos para que no se agraven, así también después de la enfermedad deben ser cuidados de tal modo que se restablezcan pronto, aun cuando hubiesen venido del siglo de una humilde pobreza; como si la enfermedad reciente les otorgase lo mismo que a los ricos su antiguo modo de vivir. Pero, una vez reparadas las fuerzas, vuelvan a su feliz norma de vida, tanto más adecuada a los siervos de Dios cuanto menos necesitan.” (Regla III, 18). Con respecto a los ricos, habla de “antiguo modo de vivir”, porque ahora los ricos, al entrar en la comunidad, optaron por ser pobres, compartiendo todo lo que tenían con sus hermanos. El espíritu es que: como todos, han optado por ser pobres, los que entraron en la comunidad siendo pobres, tampoco deben aprovecharse del compartir de ésta. Para Agustín, lo esencial ahora, para todos los miembros de la comunidad, no está en asegurarse cada uno en la posesión de bienes que la comunidad brinda para todos; sino en el lograr, por medio del compartir de bienes, ser verdaderos hermanos unos de otros.

Con respecto a los pecadores, nada dice, de aquellos que han venido a la comunidad de una vida pasada en la que han vivido en una situación de pecado permanente, en un estado de vida pecaminoso. Pero se supone que hay cabida para estos en la comunidad; de hecho él mismo, después de una vida de extravíos, es un converso. Quizás a estos se refiera el Capítulo VII de la Regla cuando indica que el superior ha de recibir a “los débiles” y ser paciente con todos (Regla VII, 46). Con respecto a los que faltan dentro de la comunidad, tiene un capítulo entero de su Regla en el que se reflexiona sobre la pronta demanda del perdón y del generoso olvido de las ofensas (Regla, Capítulo VI). Hay que hacer hincapié en las expresiones “pronta demanda” y “generoso olvido”. En todo caso, fuere el que fuere, siempre se ha de actuar con respecto a los pecadores “Con amor a los hombres y odio para con los vicios” (Regla IV, 28).

De igual manera, nada dice de los que han venido a la comunidad de un anterior régimen de vida de opresión o de esclavitud. Pero se supone, que todo aquel que quiere buscar a Dios para tenerlo como su única riqueza; y vivir en unidad de alma y corazón con los hermanos, compartiendo, sirviendo y amando, tiene cabida en la comunidad.

- Mt 5,6 Felices los que tienen hambre y sed de justicia (**Μακάριοι οι πεινώντες και διψώντες την δικαιοσυνην**). Tener hambre y tener sed, significa tener las necesidades básicas, pero en este caso de que se les hiciera justicia. ¿Quiénes son estos hambrientos y estos sedientos? Son todos aquellos que han clamado y no han sido escuchados, que han acudido a las puertas (a los tribunales) y no han sido atendidos en sus demandas.

Entre estos que claman está el hombre que ha contraído deuda. Para pagarla ha tenido que enajenar su tierra y venderse, el mismo y sus hijos, como siervos a su acreedor. En esta condición de siervo no ha sido tratado como jornalero o huésped, según se establece en Lv 25, 39 – 43; sino que, ha sido maltratado, explotado, abusado y humillado por su amo. Antiguamente, además de un trato más digno, él y sus hijos quedaban libres para el año jubilar y podían volver a su familia (Lv 25, 40 – 41). En los tiempos de Jesús, como tampoco se aplicaba a cabalidad Dt 15, 1 – 6, en que el

acreedor cada siete años, al celebrarse el año sabático, perdonaba la deuda a su deudor, y éste quedaba libre y podía regresar a su familia; incluso era apoyado por su amo que “no le despedía con las manos vacías” (Dt 15, 12 – 18); éstos endeudados ahora, al no aplicarse estas leyes, tienen que trabajar, tanto ellos como sus hijos, indefinidamente como esclavos de su acreedor. Sin saber hasta cuando, el acreedor estimará que la deuda está saldada. Al presentarse esta demanda de justicia, nadie escucha ni hace nada.

También están los extranjeros. A pesar de las claras normativas del Deuteronomio con respecto a los extranjeros (Dt 24, 14 – 22), en la época de Jesús estos eran menospreciados y considerados como ciudadanos de segunda categoría, sobre todo los samaritanos que eran considerados de sangre impura, y mirados al igual, o a veces peor, que a los paganos. Griegos y romanos también eran menospreciados, lo mismo que sus vecinos sirio-fenicios. Se consideraba incluso que entrar en la casa de un pagano dejaba impuro.

También piden justicia las mujeres y los niños. En esa sociedad no eran considerados. No contaban para nada. A pesar de que en el libro de los Números, Moisés establece normativa clara para que el patrimonio de la tierra lo puedan heredar mujeres (Nm 27, 1 – 11). En tiempos de Jesús, quedar viuda o sin hijos varones, era quedar despojada. El clan familiar reclamaba la tierra y la viuda quedaba en la calle. Por eso que al volver a la vida al hijo de la viuda de Naim, Jesús no sólo le devuelve el fruto amado de sus entrañas, sino que la salva de la marginalidad (Lc 7, 11 – 17). Ser compasivos con los huérfanos y las viudas es una norma de la Ley, y un llamado frecuente de los profetas, que en aquella época se pasa por alto.

Y, también tienen hambre y sed de que se les haga justicia, todos los que son víctimas de un sistema que no los mira como personas, sino como sujetos que no tienen ningún derecho ante la ley, obligados a vivir en la marginalidad, considerados pecadores de por vida, como los leprosos, los paralíticos, los cobradores de impuestos, los ladrones, las prostitutas, los afeminados.

Y todos los pobres y mendigos de Israel, con los cuales no se cumple lo que manda la Ley en Deuteronomio: “No endurecerás tu corazón, ni cerrarás la mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás todo lo que le haga falta” (Cfr. Dt 15, 7 – 11).

Habiendo normativas para todos ellos en la Ley de Moisés, estos tienen que padecer la injusticia de su sociedad. Por eso Dios se compromete a saciar el hambre y la sed de justicia de todos estos en la Comunidad Cristiana que hospeda al que no tiene casa y lo ha perdido todo; que acoge en su seno al Samaritano, al judío, al griego y al romano, que no los menosprecia, sino que los considera hermanos. Que recibe en su casa a la viuda, como la propia Madre de Jesús es acogida en la casa de Juan. Que siguiendo los pasos de su Maestro acoge a los niños, y recibe en su seno a las prostitutas y cobradores de impuestos, y a todos los pecadores, como hermanos de comunidad y discípulos del Señor.

En la comunidad Agustín, no sólo hace hincapié, en el trato justo; sino también en el trato equitativo. Para él es importante la Justicia, pero mucho más la equidad; la que definirá en la siguiente sentencia: “Que el Superior distribuya a cada uno de ustedes el alimento y el vestido, no igualmente a todos, porque no todos son de la misma complexión, sino a cada uno según lo necesitare” (Regla I, 4). El apoyo de esta práctica está en la Palabra de Dios: “Conforme a lo que leen en los Hechos de los Apóstoles: Tenían todas las cosas en común y se repartía a cada uno según lo necesitaba (Hch 32, 35. Regla I, 4).

De este fundamento derivarán todas las demás normativas para la vida que Agustín coloca como concreción de la Equidad en la vida comunitaria: “Si los débiles por su anterior régimen de vivir son tratados de manera diferente en la comida, no debe molestar a los otros, ni parecer injusto a los que otras costumbres hicieron más fuertes. Y estos no consideren a aquéllos más felices, porque reciben lo que a ellos no se les da, sino más bien deben alegrarse, porque pueden soportar lo que aquellos no pueden” (Regla III, 16). “Y si a quienes vinieron a la casa religiosa de una vida más delicada se les diese algún alimento, vestido, colchón o cobertor que no se les da a otros más fuertes y por tanto más felices, deben pensar quienes no lo reciben cuánto descendieron aquellos de su vida anterior en el siglo hasta ésta, aunque no hayan podido llegar a la frugalidad de los que tienen una constitución más vigorosa. Ni deben querer todo lo que ven que reciben de más unos pocos, no como honra, sino como tolerancia, no vaya a ocurrir la detestable perversidad de que en la casa religiosa, donde en cuanto pueden se hacen mortificados los ricos, se convierten en delicados los pobres” (Regla III, 17)... “Así, pues, créanse más ricos quienes son más fuertes en soportar la frugalidad, porque es mejor necesitar menos que tener mucho” (Regla III, 18).

LOS COMPROMISOS DE LA COMUNIDAD.

Como las Bienaventuranzas están estructuradas en un esquema de pacto o de alianza, después de los compromisos de Dios, se establecen los compromisos de la Comunidad: éstos son la quinta, la sexta y la séptima Bienaventuranzas. El sujeto que recibe aquí la aprobación y la bendición de Dios, no es un necesitado; sino, alguien que actúa en favor de éstos y de toda la comunidad: los misericordiosos, los de corazón limpio, y los que trabajan por la paz.

- Mt 5, 7 “Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”

(**Μακαριοι οι ελεημονες, οτι αυτοι ελεηθησονται**). Los misericordiosos (**ελεημονες**, “eleémones”) son aquellos que son capaces de colocarse en el lugar del otro. Capaces de sentir el sufrimiento del otro e inclinar su corazón hacia aquel para brindarle la ayuda efectiva que esté a su alcance. En la comunidad cada uno deberá comprometerse a prestar ayuda gratuitamente, sin esperar nada a cambio. Esto sólo podrá hacerlo aquel que no se mueve por la paga, porque ha renunciado a tener el dinero como lo central en su corazón (Primera Bienaventuranza Mt 5, 3). Aquel que es capaz de servir gratuitamente, con amor, sin esperar retribución. Que es capaz de compartir lo que tiene de buena gana, con cariño, para ayudar al otro de corazón.

Felices todos ellos (**οι ελεημονες**, “joi eleémones”, los misericordiosos), porque alcanzarán misericordia (**ελεηθησονται**, “eleetésontai”). Esto quiere decir que:

todos aquellos que hayan prestado ayuda sin esperar nada a cambio, de la misma manera, siempre encontrarán una mano que les ayude desinteresadamente en la comunidad que comparte todo lo que se tiene y en donde todos se sirven mutuamente. Esto sucederá así porque en la vida, siempre se cosecha lo que se siembra, aunque no se haya realizado con ese propósito. En realidad, la dicha del que sirve no está en conseguir su propio bienestar, sino en ver que los demás estén felices, que los otros estén bien.

Esta actitud de servicio, de prestar ayuda sin esperar nada a cambio, Agustín la sazona con la actitud interior de anteponer las cosas comunes a las propias, fruto de la caridad que sale del corazón de todo aquel que sirve, no porque recibe una retribución, sino por amor: “Y esto ha de ser de tal modo que ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos sus trabajos se realicen para el bien de la comunidad, con mayor cuidado y prontitud de ánimo que si cada uno lo hiciese para sí. Porque la caridad de la que está escrito que no “busca los propios intereses” (1 Cor 13, 5), se entiende así: que antepone las cosas de la comunidad a las propias y no las propias a las comunes. Por consiguiente, conocerán que han adelantado en la perfección tanto más cuanto mejor cuiden lo que es común que lo que es propio, de tal modo que, en todas las cosas que usa la necesidad transitoria, sobresalga la caridad que permanece” (Regla V, 31). Incluso para el que asume la responsabilidad del cuidado de la comunidad, ha de ejercer su ministerio no como una instancia de poder, sino como una instancia de servicio realizada con amor: “El que los preside, que no se sienta feliz por mandar con autoridad, sino por servir con caridad.” (Regla VII, 46). Para San Agustín, esta es la actitud que se espera del caritativo, del misericordioso.

- Mt 5, 8: “Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”

(Μακαριοι οι καθαροι τη καρδια, οτι αυτοι τον θεον οψονται). Toda la comunidad, y cada uno de sus miembros, tienen que comprometerse también a limpiar su corazón para poder ver a Dios. ¿Dónde? ¿Después de esta vida? ¿En la plenitud del Reino de Dios en el mundo futuro? No; sino ya desde aquí reconociendo esa presencia de Dios en cada hermano de la Comunidad. Tenemos que recordar que la única imagen verdadera de Dios que tenemos en la tierra es el ser humano, el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 27).

¿Por qué, muchas veces, el hermano no puede ser presencia viva de Dios para cada uno de nosotros? Porque tenemos el corazón sucio con respecto a él. Un corazón lleno de prejuicios, que observa nada más que las fallas de los demás, un corazón desconfiado con respecto al otro, que lo mira con indiferencia, con rabia o con envidia. Un corazón que mira así, jamás podrá ver a Dios en cada persona.

Para que cada hermano sea viva transparencia de Dios para mí, tengo que comprometerme a limpiar mi corazón. Hacer el ejercicio espiritual de restaurar la imagen de mi hermano, que yo me he hecho en el corazón. Tengo que ir rompiendo todas las etiquetas negativas que yo le he colocado, muchas por prejuicio, o antipatía de piel, sin razones. Otras porque he tenido discusiones y encuentros negativos con

él, que no me permiten ver sus capacidades, sus valores, su lado amable y generoso, ni menos la presencia de Dios en él.

La primera Bienaventuranza, que nos invita a elegir ser pobres para tener a Dios como nuestra única riqueza, capacita el corazón del hombre para abrirse a otro ser humano y poder mirarlo como hermano. La actitud que se tenga ante los bienes materiales es la base de toda relacionamiento humano verdadero. Por eso San Agustín en su Regla lo coloca (el compartir los bienes) como la base de la vida comunitaria. Cuando los bienes son disputados, sobre todo se ve en el caso de las herencias, las personas se olvidan, que son familia, que son incluso hermanos de sangre.

El ser humano que tiene pegado su corazón al dinero y a las cosas materiales, que tiene un corazón incapaz de compartir, le será muy difícil mirar a los demás como sus iguales, menos como hermanos. Así es el corazón del rico. Separa a las personas en clases, los seres humanos no son para él todos iguales. A todos los que tienen menos que él, los mira con desconfianza como posibles ladrones; y si se da cuenta que no son malas personas, los mira utilitariamente, como personas de servicio o como posible mano de obra barata. A los que tienen lo mismo o más que él, los mira como aliados que le pueden favorecer en sus negocios, o como posibles competidores que coloquen en riesgo su empresa.

Un corazón que siente así, le será muy difícil mirar a los demás seres humanos como hermanos. En cualquiera de los casos, es incapaz de establecer relaciones maduras, sanas y profundas con las personas. Por eso Jesús señala en el Evangelio que es difícil para un rico entrar en el Reino de Dios (Cfr. Mc 10, 23). Porque entrar en este programa significa renunciar al dinero (a las riquezas) para tener a Dios por Rey, como lo más importante del corazón. “Allí donde esté tu tesoro allí estará puesto tu corazón” (Mt 6, 21).

De aquí que San Pablo condene a la avaricia como una idolatría (Col 3, 5). Porque el avaro tiene en el corazón, en el lugar que le corresponde a Dios, colocado al dinero. Y si es creyente, Dios estará en la periferia de su corazón y no en el centro. En el centro estará el Capital. Su voluntad se moverá por el ansia de lucro. Y acudirá a Dios cada vez que vea peligrar sus negocios. Tanto su relación con Dios como con el prójimo será utilitaria, de acuerdos a sus propios intereses. A esta persona no le importa el Reino de Dios, ni menos sus predilectos: los pobres, los enfermos, los oprimidos y los pecadores.

Con respecto a limpiar el corazón, para poder ver en el hermano la presencia de Dios en él; todo hijo o hija de la Espiritualidad de San Agustín sabe que este es un trabajo que cada uno debe realizar en su interior. Es el segundo nivel de la Interioridad: después de conocerse a sí mismo, y antes de conocer a Dios en las profundidades del alma, hay que reconocerlo presente en cada hermano y hermana, para honrarlo en ellos.

El mandato de la Regla es: que junto con alabar perseverantemente a Dios en el Oratorio y cantar lo que debe ser cantado (los himnos y los cantos inspirados),

sintiendo en el corazón lo que profiere la voz (Capítulo II de la Regla); se ha de honrar a Dios, los unos en los otros, porque cada uno de nosotros ha sido hecho un templo viviente de Él (Cfr. Regla I, 9).

Lograr reconocer a Dios en cada hermano, para honrar a Dios en él; implica restaurar la imagen que yo me he hecho de ellos en mi corazón; y con esto, limpiar los ojos, la mirada, para ver en ellos a Dios.

En la interioridad yo me encuentro con cada uno de mis hermanos y hermanas, tal como los tengo en el corazón. Pero no siempre esa imagen que nos hacemos de los hermanos es objetiva. Responde a las experiencias que hemos tenido con ellos. Si han sido negativas nos costará mucho encontrar cualidades positivas en aquellos. Lo serio es que: es a partir de esta imagen que nos hemos hecho de los demás, lo que determina la manera como nos relacionamos con ellos. Si no limpiamos el corazón, no estará limpia la mirada, y nunca los veremos como hermanos, ni reconoceremos la imagen de Dios en ellos.

La interioridad es el lugar donde yo debo restaurar la imagen de mi hermano de tal manera de poder ver a Dios en él. Para esto yo debo realizar un trabajo de limpieza que consiste en quitar todas las etiquetas y prejuicios que yo tengo de mis hermanos o de mis hermanas; y rescatar todo lo valioso que es ella o que es él. Tengo que realizar este trabajo de limpiar mi corazón con respecto a mis hermanos porque "Sólo los limpios de corazón podrán ver a Dios" (Cfr. Mt 5, 8).

Y con respecto a la mirada, que es mensajera de lo que hay en el corazón, San Agustín indica en la Regla cómo se debe proceder con aquel que cae en mirar con malicia a una mujer: "Y si observan en algunos de sus hermanos este descaro en el mirar, del que les he hablado, adviértanselo al punto para que lo que se inició no progrese, sino que se corrija cuanto antes." (Regla IV, 25). Si se persiste en la conducta, siguiendo el proceder que indica Jesús en el Evangelio (Mt 18, 15 – 18), se ha de comunicar a dos o a tres, para convencerlo; pero si aun así persiste, se ha de comunicar finalmente a toda la comunidad que determinará lo que se ha de hacer con él: "Antes bien, no serán inocentes si, por callarse, permiten que perezcan sus hermanos, a quienes podrían corregir indicándolo a tiempo" (Regla IV, 26).

Por eso: "No digan que tienen el alma pura si son impuros sus ojos, pues la mirada impura es indicio de un corazón impuro" (Regla IV, 22). Aunque esta máxima San Agustín la use para advertir que no se debe mirar maliciosamente a una mujer, también es aplicable cuando se mira mal, con una mirada llena de prejuicios, a los hermanos. Esa mirada sucia con respecto a los hermanos es indicio de un corazón que está contaminado por la mala imagen que nos hemos hecho de ellos.

Por lo tanto, cuando surjan problemas con los hermanos en la comunidad, mejor es conversarlos con ellos, con tal de ganar al hermano, arreglar el problema, y no quedar con la idea de que el hermano es una mala persona, con una imagen negativa de él en el corazón. No se deben callar y dejar pasar las cosas. El diálogo es el nuevo nombre de la caridad. En la corrección fraterna, el hermano debe sentir mi cariño y la preocupación que siento por él. Es el sentido más hondo de lo que dice San Agustín en la Regla: "Y lo que he dicho en lo referente a la mirada, obsérvese con diligencia y fidelidad en averiguar, prohibir, indicar, convencer y castigar los demás pecados, con amor a los hombres y odio para con los vicios" (Regla IV, 28). Con esta última

frase, los verbos averiguar, prohibir, indicar, convencer y castigar indican que no se trata de perseguir, indicio de una mirada impura, fruto de un corazón impuro; sino de amar y de preocuparse por el hermano, reconociendo ante todo, que en él habita Dios.

En el trabajo de limpiar la imagen que me he hecho de mi hermano en el corazón, para poder ver a Dios y honrarlo en él, es esencial la práctica del perdón de las ofensas. Por eso San Agustín dedica todo el Capítulo VI de la Regla a este tema: “No haya disputa entre ustedes, o, de haberlas, términenlas cuanto antes para que él enojo no se convierta en odio y de una paja se haga una viga, convirtiéndose el alma en homicida: pues así leen: “El que odia a su hermano es homicida”.” (Regla VI, 41). Hacer lo contrario es destruir la imagen del hermano que guardamos dentro, y anular completamente la imagen de Dios que habita en él. Más aún anular al hermano es anular al mismo Dios, porque el hermano es su única imagen y el verdadero reflejo de su gloria aquí en la tierra (Cfr. 1 Cor 11, 7). Hacer esto ensucia el corazón, hasta convertirlo, por medio del odio, en homicida. Es lo que acontece con el que guarda rencor.

Por eso Agustín es tan enérgico al decir: “El que, en cambio, nunca quiere pedir perdón o no lo pide de corazón, en vano está en la casa religiosa, aunque no sea expulsado de allí.” (Regla VI, 42). La pronta demanda del perdón, hecha de corazón, evita que yo construya en el corazón una mala imagen del hermano, posibilita que en seguida me reconcilie con él, sane en mi corazón la herida que provocó la ofensa; y que, generosamente olvide lo que aconteció.

- Mt 5, 9: “Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”

(Μακαριοι οι ειρηνοποιοι, οτι αυτοι υιοι θεου κληθησονται).

La palabra paz (**ειρηνη** “Eiréne” en griego; **שלום** “Shalom” en hebreo) para un semita significa mucho más que ausencia de guerra o de conflicto. Cuando un judío te desea la paz, significa que te desea que tengas buena salud; que te vaya bien en todo lo que haces (que cuanto emprendas tenga buen fin); que seas bendecido con los frutos de tu trabajo (que se multiplique tu ganado, que tu cosecha sea abundante); que toda tu familia, tus hijos y tus nietos estén bien; que siempre haya pan en tu mesa; que tengas larga vida (que puedas ver a los hijos de tus hijos). En otras palabras te desea plenitud de vida. Eso significa trabajar por la paz, trabajar para que todos tengan plenitud de vida, una calidad de vida mejor.

En esta séptima Bienaventuranza Jesús propone a cada uno de los miembros de la comunidad a convertirse en uno de los **ειρηνοποιοι** “Eirenopoioi”, de los que trabajan por la paz, para que haya prosperidad en la vida de todas las personas. Estos serán llamados, dice Jesús, hijos de Dios, porque hacen lo mismo que su Padre del cielo. Jesús lo expresa así: “Yo he venido, para cumplir la voluntad de mi Padre, para que ustedes tengan vida y vida en abundancia”(Jn 6, 38 – 40; 10 , 10).

Esta acción de los hijos de Dios contrasta con la acción de los fariseos, que se oponen a Jesús porque éste les dice la Verdad en su cara; lo que les llena el corazón de rabia

y de odio hacia él; y por eso quieren matarlo. Por eso Jesús les declara que su padre no es Abraham, ni es Dios, sino aquel que es “el mentiroso y el homicida desde la antigüedad”. Porque el hijo hace lo que ve hacer a su padre. (Cfr. Jn 8, 37 – 45).

Jesús declara en la Bienaventuranza: “Felices los que trabajan por hacer mejor la vida de los demás, porque serán llamados, serán reconocidos, como hijos de Dios” (Mt 5, 9). Sólo podrán hacer esto, aquellos que han renunciado a enriquecerse, a trabajar para sí, para pensar en los demás, y trabajar para que los demás estén bien. Alguien que verdaderamente ama a Dios, hace la voluntad del Padre, que envió a su propio Hijo, porque quiere que todos sus hijos tengan vida y vida en abundancia. La alegría que siente en su corazón el que trabaja por la paz es la paga de su acción esforzada. La alegría de ver a los demás felices, realizados, satisfechos, que crecen y que progresan, como personas, en la vida; y la convicción profunda de estar realizando la Voluntad de Dios en su propia vida. Por eso son felices (Makarioi) todos los que trabajan por hacer mejor la vida de los demás, cumpliendo con ello la Voluntad de Dios.

Para esto deben trabajar, todos y cada uno, para que nada le falte a los hermanos; para que nadie dentro de la comunidad sufra necesidad. Por eso en la Comunidad Agustiniana, todos los ministerios y servicios, deben ejercerse con buena disposición, porque contribuyen al bienestar espiritual y material de los hermanos. : “Los encargados de la despensa, de los vestidos o de los libros SIRVAN a sus Hermanos sin murmuración.” (Regla V, 38); “los vestidos y el calzado, cuando quien los pide es porque los necesita, no difieran en dárselos quienes los guardan bajo su custodia” (Regla V, 40); “lávese su ropa, ya sea por ustedes, ya por los lavaderos, cuidando que la exagerada preocupación por la ropa, no cause manchas en el alma” (Cfr. Regla V, 33); “del cuidado de los enfermos, encarguese a un hermano para que pida de la despensa lo que cada cual necesite” (Regla V, 37); Si alguien se queja de algún dolor, créasele; si no existe certeza de su mal, consúltese al médico. El fin es ayudarlo. (Cfr. Regla V, 35); “no ocupen el Oratorio con otro objetivo, con tal del que quiera orar fuera de las horas establecidas, no sea impedido por quien quisiera hacer allí otra cosa” (Regla II, 11). En el fondo, para cada uno de los hermanos que trabaja por la paz, por la prosperidad de todos los miembros de la comunidad, hay dos premisas: Primera: Conceder a los demás, según su debilidad, cuanto fuere menester (Cfr. Regla I, 6); y segunda, para sí mismos, sentir que: “Es mejor necesitar menos que tener mucho” (Regla III, 18).

LA CONSECUENCIA QUE SE HA DE ASUMIR.

- Mt 5, 10: “Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos”
(Μακαριοι οι δεδιωγμενοι ενεκεν δικαιοσυνης, οτι αυτων εστιν η βασιλεια των ουρανων).

La justicia (δικαιοσυνησ “dikaioisines”) es este nuevo modo de vida que propone Jesús, fundamentado en el compartir, en el servicio y en el amor. El mundo y sus

estructuras económicas, políticas y tecnológicas (donde se funden cultura y civilización). Fundamentadas en el dinero (el capital), en el poder y en el placer, entrarán en conflicto con esta visión que propone Jesús.

Al mundo le molestará la presencia de un grupo que, por tener a Dios como su única riqueza, no ambiciona lo material, sino que es capaz de compartir todo lo que tiene; un grupo que, por reconocer como único señorío el de Dios, no le interesa competir por el poder, y en donde todos sus miembros no les interesa ser los primeros ni los más importantes, sino servir a ejemplo de su Maestro; un grupo en el que, por amar a Dios, las relaciones humanas (concreción del amor a Dios. Cfr 1 Jn 4, 20) no se mueven dentro de él por el interés, ni por la diversión o el entretenimiento, ni por la amistad de juega, en definitiva, por el placer; sino, por el compromiso, por la entrega desinteresada, por el sacrificio por el otro, por el amor.

Los valores ejes del Reino de Dios: el Compartir, el Servicio y el Amor, le corroen al mundo, fundamentado en el dinero, en el poder y en placer, en sus estructuras fundamentales: la economía, la política y la cultura-civilización. No es lo mismo que estén en estas estructuras el dinero, el poder y el placer o el compartir, el servicio y el amor.

Si están el compartir, el servicio y el amor en la base de las estructuras fundamentales de una sociedad: las élites, los círculos de poder y de influencia, el afán de lucro, el manejo particular de los grandes capitales, los centros creados para la recreación, para la educación, para la salud de los que manejan el mundo, caen. Cae todo el sistema creado por el Señorío del hombre que engendra injusticia, pobreza, marginación y esclavitud. El señorío del hombre genera sufrimiento, despoja, somete; el Reinado de Dios, consuela, sacia, libera.

Por esto al mundo le molesta, le es odiosa, la comunidad cristiana y la persigue. Dentro del Proyecto que propone Jesús, la persecución incluso es signo de Alegría, de Felicidad, porque le demuestra a la comunidad que verdaderamente ha colocado a Dios como su Rey. Por el contrario, si el mundo no se siente interpelado por la vida y la acción de la Comunidad, eso significa que ésta le está siguiendo el juego al mundo, y se ha contaminado con sus “valores”. La comunidad ha dejado de ser luz para el mundo y sal para la tierra. Ha abandonado su rol profético en la sociedad concreta en la que está inserta. Ya no es levadura en la masa, porque no está haciendo presente el Reino. Ha dejado de tener a Dios como su Rey.

En este sentido, toda comunidad cristiana tiene una dimensión profética en el mundo. Y esto es lo que nos recuerda el Principio Específico V, del Documento Espíritu Nuevo, para la revitalización de la Orden de San Agustín en América Latina y el Caribe: “Sentimos a la comunidad agustiniana ante todo como una familia que comparte la vida, la fe y la misión. Por lo tanto la entendemos y la queremos vivir como el lugar que hace posible la realización de todos los hermanos; y ayuda a caminar juntos, creando vínculos fraternos y relaciones interpersonales profundas, compartiendo el sentido de la vida y el llamado a ser felices según el plan de Dios, en el AMOR, en el DIÁLOGO y en el COMPARTIR, como posibilidad del encuentro

con Dios, que se hace presente en todo y en todos; haciendo de la comunidad una imagen de la comunión trinitaria, que se ilumina por la celebración sacramental comunitaria, haciendo que la liturgia no sea un mero rito o trámite, sino encuentro y fiesta donde “Siente el corazón lo que profiere la voz”, pues “la oración que no lleva a la acción es una mentira” (En In Ps, 149, 8). Todo esto nos interpela y nos compromete dando sentido a nuestra vida y a nuestra acción pastoral y convirtiendo así a nuestra comunidad en proclamación viva del Reinado de Dios que denuncia a la vez todo lo que se opone a la implantación de este Reinado” (Documento Espíritu Nuevo, Principio Específico V).

“Vivimos y trabajamos por y para el Reinado de Dios, tal y como Jesús lo anunció: buena noticia que privilegia a los más necesitados (pobres, oprimidos, enfermos, marginados, pecadores...), anuncia la dignidad de toda persona, denuncia los ídolos que alienan y esclavizan al ser humano y llama a la conversión (Cf. Lc 4, 16 – 19; Mc 1,15). Aceptar el Reino como donación gratuita significa acoger en el propio corazón a Dios como Padre y Madre que quiere que nadie se pierda (Jn 6, 39; 18, 9), y por eso acoger también a todos los hombres y mujeres como hermanos. Aceptar el Reino significa comprometerse con la edificación de la Ciudad de Dios, a ser constructores abnegados de la civilización del amor, según luminosa visión de Pablo VI, inspirada en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo, y basada en la justicia, la verdad y la libertad. Un compromiso en el que como cristianos – y con más razón como religiosos – hemos de sentirnos unidos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad” (Documento Espíritu Nuevo, Principio General II).

“Toda forma de Vida Consagrada es un carisma eclesial que, por el seguimiento radical de Jesús y en su Iglesia, desea vivir plenamente en la historia el proyecto de filiación y fraternidad del Reino. Por eso los Agustinos queremos vivir con una “fidelidad creativa” nuestro carisma fundacional y la regla, que encarne hoy y aquí la INTERIORIDAD, la PERFECTA VIDA COMÚN y la ACTITUD DE SERVICIO A LA IGLESIA para la construcción del Reino” (Documento Espíritu Nuevo, Principio General IV).

PREGUNTAS PARA LA COMUNIDAD Y CADA UNO DE SUS MIEMBROS:

- 1) ¿Consideramos que el compartir, el uso y el cuidado de los bienes tienen la doble finalidad de que tengamos a Dios en el corazón como nuestro único tesoro; y que ellos son un medio, para que generemos vínculos de hermandad para con los que viven con nosotros?
- 2) ¿Prestamos ayuda desinteresadamente cada vez que la comunidad lo requiere? ¿Nos interesamos por el dolor y sufrimiento de los demás, tanto en nuestra propia casa religiosa, como en el lugar donde ejercemos nuestro apostolado?
- 3) ¿Ejercitamos la capacidad de perdonar que hemos recibido? ¿Hacemos el esfuerzo de ver a Dios en los demás? ¿Limpiamos nuestro corazón, restaurando la imagen que nos hemos hecho de los hermanos, con tal de llegar a honrar a Dios en ellos?
- 4) Personalmente y como comunidad ¿Trabajamos por el bienestar de los demás, tanto en nuestra propia comunidad local y circunscripción; así como también, en favor de todos los necesitados que viven en medio nuestro?

TEMA 8: LA VIDA AGUSTINIANA EN AMÉRICA LATINA

UN TESTIMONIO DE SANTIDAD

Haciendo historia

El movimiento misionero entre los agustinos de la provincia de Castilla, España, empezó en sus capítulos de 1527 y 1531, pero recién dio fruto en mayo de 1533 cuando llegaron a Nueva España los primeros agustinos, nueve años después que los Franciscanos y seis que los Dominicos. Sin embargo, los agustinos pueden considerarse entre los fundadores de la Iglesia en México, ya que han desarrollado su labor evangélica en tierras a las que no habían llegado las otras Órdenes⁷⁰.

En España durante ese periodo, particularmente en la provincia agustiniana de Castilla, florecía el espíritu de la reforma y la observancia con grandes frutos de santidad y crecimiento en la práctica de la fe. Se insistía en una mayor austeridad y abnegación evangélicas, mientras se pretendía restablecer la igualdad fraterna, renunciando a las diferencias sociales muy marcadas en el ambiente y que se habían introducido hasta en las casas religiosas. Una manera de expresar esa fraternidad igualitaria era renunciar a los apellidos, que traían consigo distinciones poco evangélicas⁷¹.

En el caso de la provincia de Castilla, es determinante un deseo arduo de revivir la experiencia de los orígenes. Se caracterizaba por el restablecimiento total de la vida común, con la prohibición de cualquier forma de propiedad privada, junto con la promoción de la igualdad de los frailes en habitación, vestido y comida. Se notaba también una tendencia a restablecer prácticas ermitañas, a limitar fuertemente formas de apostolado directo (de hecho se prohibía aceptar parroquias), a dar poca importancia a la formación intelectual. Esta corriente iba acompañada por una ascesis rigurosa en cuanto al ayuno y el silencio a igual que un compromiso firme con la oración coral⁷².

De esta vivencia de vida religiosa agustiniana nacen los misioneros a Nueva España en 1533, y desde México al más extenso virreinato del Perú en 1551. Del Perú salen los fundadores de la provincia ecuatoriana, en 1573, y del Ecuador salieron los agustinos que fundaron las misiones de Nueva Granada (actualmente Colombia, Panamá y Venezuela) en 1575. Del Perú salieron igualmente los fundadores de la provincia chilena en 1595, completando la primera etapa de fundaciones agustinianas en el nuevo mundo.

Recordemos algunas de las características de esta primera evangelización:

- **INCULTURACIÓN:** Los hermanos, reunidos en su primer capítulo en México, acordaron salir al encuentro de la primera gran dificultad, es decir las lenguas indígenas, pero también la de conocer las idiosincrasias de las distintas etnias que les tocó evangelizar. Cada misionero al llegar de España, sin excepción, tenía que escoger algún pueblo y lengua en que aplicarse. Significa que, entre ellos, los agustinos tuvieron que aprender no menos de diez idiomas para poder anunciar la Buena Nueva y dar instrucción religiosa. Para no utilizar intérprete, mientras

⁷⁰ JARAMILLO, Roberto. Huellas Agustiniánas. México : OALA. 2002. p. 96.

⁷¹ MACCISE, Camilo. La vida fraterna en comunidad : signo de un mundo nuevo. Bogotá : CELAM. 2002, p. 40.

⁷² BELLINI, P. Los movimientos de observancia. En : La espiritualidad agustiniana y el carisma de los agustinos. Roma : Pubblicazioni Agostiniane, 1995. p. 108-114.

aprendían el idioma, algunos frailes incluso aprendieron de memoria el catecismo, repitiéndolo casi sin entenderlo.

- **OPCIÓN POR EL PUEBLO INDÍGENA:** El proyecto evangelizador agustiniano abarcó la integridad del indígena; la necesidad de educarlo iba aparejada de la instrucción y formación cristiana. Enseñaban la doctrina y celebraban la liturgia al aire libre ya que se trataba de una gran multitud de indígenas, y para tomar en cuenta la costumbre de la población nativa de orar en espacios abiertos, sin techo. Se presentó la dificultad de las grandes epidemias que estaban diezmando la población, impulsando a los agustinos a pensar en un abreviado proceso catecumenal ya que consideraban la administración del bautismo como algo apremiante. Los religiosos pusieron especial interés en la formación de cuadros de catequistas indígenas, quienes eran sus principales auxiliares, quedando en sus pueblos como líderes religiosos en ausencia del fraile.
- **PASTORAL SOCIAL:** Los frailes también organizaban la edificación de la Iglesia y el convento, en torno a los cuales surgía en seguida el pueblo, siguiendo el modelo de la capital, con obras públicas, sobre todo las más indispensables, como llevar agua a las poblaciones con canales que la conducían al convento, a la plaza pública y al hospital. En seguida venía la construcción de las viviendas, mejorando la forma acostumbrada con el uso de la ventana. Desde los inicios los agustinos se dedicaron a una intensa labor humanitaria y de cultura social. Pusieron el mayor empeño en la formación de artistas y artesanos, es decir arquitectos, carpinteros, herreros, albañiles, escultores y pintores que colaboraron en la construcción y decoración de las iglesias y conventos.
- **LABOR EDUCATIVA:** Los misioneros se reunían con los niños a diario para la enseñanza de las primeras letras, es decir: leer, escribir, contar y cantar, escogiendo de allí las mejores voces para la formación del coro conventual. En los colegios de la capital, los religiosos enseñaban a leer, escribir y la gramática latina a cuantos lo deseaban, sin distinción de indios y españoles. Fue el agustino Alonso de la Veracruz quien inició el primer estudio superior en materias eclesiásticas entre las órdenes de Nueva España, creando la primera biblioteca también. Este mismo fraile será la piedra fundamental de la naciente universidad mexicana.

Así, los agustinos se mostraron, desde el principio, unidos y favorables en defender que los indígenas eran capaces de todos los sacramentos, no sólo por conveniencia sino por considerarlo justo y necesario. No faltan ejemplos de la defensa de los indígenas, comenzando con Agustín de la Coruña (+1589), obispo de Popayán, que les hacía ver a los encomenderos la incoherencia entre la fe que decían profesar y sus obras. La columna central de esta defensa es Alonso de la Veracruz (+1591), que denunció las encomiendas y los tributos como injustos que sólo servían para provocar el lujo y la abundancia entre los españoles mientras no remediaban las necesidades de los indígenas. Tanto el Virrey como los encomenderos pecan, decía Alonso, y deben restituir lo que exigieron de más. Exclama: “¿Con qué ley o con qué razón podía el español que arribó a estas tierras cargado de armas y atacó a éstos que no eran enemigos, ni ocupaban tierra ajena, subyugarles arbitrariamente, y

con fuerza y violencia pedirles todas las cosas preciosas que poseían y despojarlos? Yo no veo esa ley”⁷³.

Es importante recordar de nuevo que los misioneros procedían de una provincia que practicaba una observancia estricta, en la que los religiosos vivían de forma más abnegada, con largas horas de oración mental además del rezo de las horas del oficio divino, alejados del mundo y con poca actividad pastoral. Con esta formación rigurosa, y en íntima conexión con la reforma, chocaba necesariamente el nuevo tipo de actividad que tenían que realizar los primeros agustinos al encontrarse con una nueva realidad en Nueva España y demás territorios de misión. La urgencia de una actividad pastoral misionera, totalmente opuesta a la meta contemplativa que la reforma se había propuesto en España, obligaría a la comunidad misionera agustiniana a adaptarse nuevamente, a crecer y a cambiar, teniendo en cuenta la advertencia de Agustín de no preferir el ocio santo a las necesidades de la Iglesia. Su reto sería mantenerse fiel al carisma agustiniano para poner este don al servicio de la Iglesia del nuevo mundo.

Existe testimonio, ya desde el primer capítulo de los agustinos en México (1534), de que, como punto clave, decidieron comunitariamente enfrentar la dificultad de lenguas y culturas por medio del estudio diligente, pero sin dejar de lado la oración mental (de dos horas de duración cada día), ni el oficio divino en coro. La reforma les ayudó, sin duda, a ser más firmes en su compromiso con la interioridad, mientras las cambiantes condiciones, de los tiempos y de los lugares, les exigirían a los misioneros agustinos a adaptarse a las necesidades pastorales apremiantes. Esta será sin duda la gran diferencia entre la vida religiosa agustiniana peninsular y la americana, algo que para algunos suponía relajación, por cierto, pero definitivamente no un cambio tan radical como el de siglos atrás cuando los eremitas de la Toscana, con valentía, y a petición de la Santa Sede, asumieron un estilo de vida nuevo para servir mejor. Lo que se les pedía a los primeros misioneros agustinos era fidelidad al carisma, con creatividad en el modo de expresarlo y ponerlo al servicio del reino. Es decir, un nuevo modelo de santidad agustiniana.

Recordando el Proyecto Hipona y el Itinerario de comunión y servicio de OALA

Cinco siglos después, como respuesta a la renovación conciliar del Vaticano II, los agustinos realizan en América Latina un nuevo esfuerzo de renovación y fidelidad: el proyecto “Hipona corazón nuevo” (1993-2011) y el “Nuevo Itinerario de comunión y servicio de OALA” (2012-), con el objetivo común de renovar la SANTIDAD COMUNITARIA DE LOS AGUSTINOS DE AMÉRICA LATINA.

¿Cómo podrá uno volver a nacer siendo ya viejo?

Así preguntaba Nicodemo a Jesús de Nazaret (Jn 3, 4), asombrado ante la exigencia del Maestro: nacer de nuevo para entrar en el Reino de Dios.

Algo así nos preguntamos también hoy los hermanos Agustinos de América Latina, comprometidos desde hace ya varios años en un Proyecto de renovación y revitalización de nuestra vida y acción pastoral en este Continente.

⁷³ JARAMILLO, Roberto. Fray Alonso de la Veracruz : sobre la Conquista y los derechos de los indígenas. México : OALA, 1994 p. 55.

¿Podremos volver a nacer después de tantos siglos de presencia y trabajo en medio de los pueblos de América Latina? Es el reto que afrontamos con esperanza, y el objetivo de nuestros Proyectos de renovación.

A) PROYECTO HIPONA -CORAZÓN NUEVO

I. LO QUE QUEREMOS

DE CARA AL FUTURO Y PARA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN DEL CONTINENTE, LOS AGUSTINOS EN AMÉRICA LATINA **QUEREMOS**:

1. Vivir en comunidad, “con una sola alma y un solo corazón hacia Dios”, como signo e instrumento de amistad y fraternidad en el Señor

Queremos así fundamentar nuestra vida en el ideal agustiniano, compartiendo fraternalmente

- Ø la interioridad (nuestra experiencia de Dios),
- Ø la perfecta vida común (con todo lo que somos y tenemos puesto en comunidad),
- Ø el servicio del pueblo de Dios (con nuestro testimonio y acción pastoral)

Esta comunión fraterna que caracterizó a los primeros cristianos, fue siempre el ideal de vida de Agustín, y forma parte esencial hoy de nuestro aporte a la Iglesia y al mundo, tantas veces heridos por el individualismo, la falta de diálogo y el consumismo insolidario

<i>LOS CREYENTES VIVÍAN TODOS UNIDOS Y LO TENÍAN TODO EN COMÚN</i> (HECH. 2, 44)
--

<i>EN PRIMER LUGAR –YA QUE CON ESTE FIN SE HAN CONGREGADO EN COMUNIDAD- VIVAN EN LA CASA UNÁNIMES Y TENGAN UNA SOLA ALMA Y UN SOLO CORAZÓN ORIENTADOS HACIA DIOS</i> (REGLA, 1,3)

2.- Servir al pueblo latinoamericano con fidelidad al ideal (o estilo?) agustiniano y a las grandes opciones de la Iglesia latinoamericana, como signo e instrumento de comunión con la Iglesia local

Queremos asumir, vivir y promover, personal y comunitariamente, una renovación de nuestra acción pastoral de acuerdo con las grandes inspiraciones y opciones que la Iglesia latinoamericana ha hecho, de forma especial, a partir del Concilio Vaticano II y en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo.

Una evangelización liberadora, en la que se integre la promoción humana y la inculturación del Evangelio, con líneas pastorales claras y prioritarias en la práctica: los pobres y excluidos, los jóvenes, la cultura, la defensa de la vida y de la familia, el medio ambiente... Reconocemos que para eso aún nos falta lo que seguramente constituye una de nuestras grandes carencias: una *pastoral orgánica*, planificada, coordinada y evaluada en comunidad, y con la participación de los laicos.

*NO ANTENPONGAN NUNCA SUS INTERESES A LAS NECESIDADES DE LA IGLESIA
(SAN AGUSTÍN, Carta 148,3)*

*EL CAMINO PRÁCTICO PARA REALIZAR CONCRETAMENTE LAS OPCIONES
PASTORALES FUNDAMENTALES DE EVANGELIZACIÓN ES EL DE UNA PASTORAL
PLANIFICADA (Puebla 1306)*

3.- Estar presentes en el mundo con un estilo de vida que responda a los signos de los tiempos y sea signo e instrumento de comunión con la humanidad.

Queremos descubrir en los acontecimientos de la historia el plan de Dios, y caminar en sintonía con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, compartiendo e iluminando desde la fe sus gozos y esperanzas.

Estamos convencidos de que podemos hacerlo si encarnamos realmente el testimonio de un estilo de vida humano, evangélico y agustiniano: vivir y promover una cultura de comunicación, de participación y diálogo, de solidaridad y corresponsabilidad, de fraternidad y comunicación de bienes entre personas, géneros, generaciones, razas, culturas y religiones.

*LOS GOZOS Y LAS ESPERANZAS, LAS TRISTEZAS Y LAS ANGUSTIAS DE LOS HOMBRES DE
NUESTRO TIEMPO, SOBRE TODO DE LOS POBRES Y DE CUANTOS SUFREN, SON A LA VEZ
GOZOS Y ESPERANZAS, TRISTEZAS Y ANGUSTIAS DE LOS DISCÍPULOS DE CRISTO
(VATICANO II, La Iglesia en el mundo actual 1)*

*SOY UN SER HUMANO, Y NADA DE LO QUE ES VERDADERAMENTE HUMANO ME ES
AJENO (SAN AGUSTÍN, Carta 78, 8)*

II. NUESTROS COMPROMISOS

Para poder ser coherentes con nuestros deseos de renovación y revitalización, los agustinos de América Latina **nos comprometemos a** asumir una serie de actitudes básicas:

1. De amor universal y solidaridad concreta, especialmente con los más pobres y los excluidos

El amor es el corazón del Evangelio, el mandamiento nuevo vivido y enseñado por Jesús. Cuando es auténtico se manifiesta en el dar (Jn 15, 13: *nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos*) y en el compartir (Regla 1,4: *no tengan nada propio, sino posean todo en común*).

Por eso es inseparable de la SOLIDARIDAD concreta: ponernos en el lugar del otro, llevar las cargas de los otros, compartir lo que somos y tenemos, especialmente con los más necesitados y los más débiles. Solidaridad que no sólo se manifiesta en grandes proyectos, sino en pequeños gestos; que nos exige hoy una extraordinaria sensibilidad humana y social; que se hace presencia, consolación, amistad, fraternidad, asistencia, promoción, defensa de los derechos humanos...

AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS (SAN AGUSTÍN, Coment. a la carta de Juan, 7, 8)

EL PRIMADO DEL AMOR DE DIOS NOS EXIGE RESPONSABILIDAD CON NUESTROS HERMANOS (CAPÍTULO GENERAL 1995, Doc.programático, 11)

2.- De constante conversión y renovación

La experiencia de Agustín nos enseña que la conversión es siempre un proceso, con frecuencia largo y costoso. Obra de la gracia de Dios, pero contando con nuestra fidelidad y creatividad.

Los Agustinos de América Latina necesitamos:

- Ø Conversión *interior*, personal y comunitaria, para reconocer humildemente nuestros pecados y limitaciones, y cambiar nuestros modos de ser, ver y actuar en coherencia con el Evangelio
- Ø Y renovación *exterior* de formas y estructuras, de acuerdo a esos mismos criterios evangélicos.

QUIEN TE HIZO SIN CONTAR CONTIGO, NO TE JUSTIFICA SIN TU COLABORACIÓN (SAN AGUSTÍN, Sermón 170,11,13)

NOS HAS CREADO, SEÑOR, ORIENTADOS HACIA TI, Y NUESTRO CORAZÓN ESTARÁ INQUIETO HASTA QUE DESCANSE EN TI (S. AGUSTÍN, Confesiones I,1,1)

3.- De diálogo

La actitud de diálogo es esencial a la espiritualidad agustiniana y debe fomentarse a lo largo de toda la vida, pues nuestra experiencia dice que nos cuesta llevarla a la práctica.

El diálogo implica mutua apertura, respeto, escucha, tolerancia, sinceridad, confianza, perdón y reconciliación. Es una actitud que debe extenderse por supuesto a nuestras relaciones fuera de la comunidad, especialmente con los agentes de pastoral y el pueblo al que servimos.

LA VERDAD NO ES TUYA NI MÍA, PARA QUE PUEDA SER TUYA Y MÍA (SAN AGUSTÍN, COM. AL SALMO 103,2)

EL DIÁLOGO ES EL CAMINO HACIA LA COMUNIÓN (Pablo VI)

4.- De servicio

Servicio a Dios en los hermanos y a los hermanos en su camino hacia Dios. Una actitud que resulta imposible al soberbio, y que exige:

- Ø entrega desinteresada y gratuita

- Ø disponibilidad pronta y alegre al trabajo
- Ø responsabilidad y sacrificio por el bien de los hermanos, de la comunidad y de todos los seres humanos.

EL HIJO DEL HOMBRE NO HA VENIDO A SER SERVIDO SINO A SERVIR (Mc 10,45)

SOMOS SERVIDORES DE LA IGLESIA (SAN AGUSTÍN, Sobre el trabajo de los monjes, 29,37)

III. NUESTRAS METAS

Los agustinos de América latina, de cara a nuestro futuro y a la nueva evangelización de nuestros pueblos, confirmamos nuestra voluntad de vivir y actuar con la mira y el corazón puesta en las siguientes **metas**:

1.- El Reino de Dios.

Los Agustinos de América Latina queremos responder a nuestra misión profética como religiosos: ser en la misma Iglesia y en el mundo parábola del Reino, figura de la Ciudad de Dios, escuela de la Civilización del amor.

El Reino de Dios es Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de paz y de amor. Instaurado por Cristo, crece en el mundo en la medida en que toda la realidad humana (económica, política, cultural, religiosa, científica, técnica, social, familiar y personal) queda bajo el reinado o señorío de Dios y su plan amoroso de salvación.

La Iglesia está al servicio del Reino y es su sacramento en el mundo: lo anuncia con obras y palabras, denuncia proféticamente cuanto se opone a él, convoca a vivir de acuerdo a sus valores

ENTRE TODOS LOS CAMINOS HACIA LA SANTIDAD HA GOZADO SIEMPRE EN LA IGLESIA DE CAPITAL ESTIMA AQUEL QUE, PONIENDO EN PRÁCTICA LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS, TIENE SU ORIGEN EN LA DOCTRINA Y EJEMPLOS DEL DIVINO MAESTRO Y ES COMO SEÑAL ESCLARECIDA DEL REINO CELESTIAL (AGUSTINOS, Constituciones,1)

LES INVITAMOS A SER CONSTRUCTORES ABNEGADOS DE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR, SEGÚN LUMINOSA VISIÓN DE PABLO VI, INSPIRADA EN LA PALABRA, EN LA VIDA Y EN LA DONACIÓN PLENA DE CRISTO, Y BASADA EN LA JUSTICIA, LA VERDAD Y LA LIBERTAD (PUEBLA, Mensaje a los pueblos de América latina, 8)

2.- La santidad personal y comunitaria

En comunidad, con la comunidad y desde la comunidad, queremos encarnar hoy y aquí los valores del Reino de Dios, el ideal evangélico de santidad. Unidos en comunión con la Iglesia y con tantos hermanos y hermanas agustinos que, a lo largo de la historia y especialmente en América Latina, encontraron en la espiritualidad de Agustín el camino para seguir radicalmente a Jesucristo con una sola alma y un solo corazón hacia Dios y para ser sus testigos ante el pueblo.

Vocación a la santidad que compartimos con todos los bautizados, a la que nos hemos comprometido peculiarmente por nuestra profesión religiosa, y que debemos hacer realidad de forma significativa para nuestro pueblo.

NUESTRA RELIGIÓN ES ORDEN DE FRATERNIDAD APOSTÓLICA O COMUNIDAD DE HERMANOS, QUE VIVE CON EL PUEBLO DE DIOS DANDO EJEMPLO, ES DECIR, DANDO TESTIMONIO DE CARIDAD Y POBREZA EVANGÉLICA Y DE SANA DOCTRINA (AGUSTINOS, Constituciones, 10)

¿PUEDE SER LA VIDA COMÚN UN ACONTECIMIENTO SIMBÓLICO? SAN AGUSTÍN RESPONDE CON EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES EN LA MANO. LA SOCIEDAD CONSUMISTA CREA UNAS PERSONAS ATRINCHERADAS EN SU MUNDO DE DESEOS Y PROVOCA LA CEGUERA INSOLIDARIA. DESDE LA VIDA AGUSTINIANA SE PLANTEA UN ESTILO SENCILLO DE VIDA QUE GENERA SOLIDARIDAD Y CREA VÍNCULOS PROFUNDOS EN LA RELACIÓN INTERPERSONAL (*CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO 1998, Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy, I, 8*).

B) Itinerario “Comunión y servicio” de OALA

En marcha actualmente. El próximo año 2019, todas las Circunscripciones de América latina y El Caribe, comenzarán a trabajar la Tercera Etapa del Proceso de Renovación “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio”: EL ACTUAR (2019 – 2022)

La Primera Fase (que dura todo el año 2019) tiene como objetivo la elaboración y posterior APROBACIÓN DEL PROYECTO CIRCUNSCRIPCIONAL EN UNA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA, esta es la primera tarea concreta para cumplir con el objetivo de toda la Tercera Etapa que dura cuatro años (2019 – 2022); y que es “Aprobar y poner en práctica el Proyecto de la Circunscripción que recoge los cambios personales y comunitarios, fruto del proceso de conversión de la etapa anterior, adecuando las estructuras según el discernimiento hecho; y presentarlo como Programa Capitular de la Circunscripción”. Por eso planteamos en estos Ejercicios, **“REANUDAR LA MARCHA PARA VIVIR EL CAMINO DE LA SANTIDAD CON ALEGRÍA Y GRATITUD”**.

Para la reflexión y el diálogo

1. Qué es la santidad agustiniana y cuáles son sus rasgos principales
2. Cómo se ha vivido en América Latina
3. Qué exigencias de conversión nos plantea hoy
4. Leer y compartir en lo posible el material que se ofrece como anexos

ANEXO 1. TESTIMONIOS ACTUALES

Beato Elías del Socorro Nieves, presbítero

El mártir agustino Elías del Socorro Nieves, nació en Yuriria (Guanajato, México), el año 1882. En 1904 ingresó en el seminario agustiniano de Yuriria. Ordenado sacerdote en 1916, desempeñó su primera actividad pastoral en distintas localidades del Bajío, hasta que en 1921 fue nombrado Vicario parroquial de La Cañada de Caracheo. Un lugar donde el P. Elías compartió con sus fieles pobreza, fe y trabajo.

A finales de 1926, el gobierno publicó una drástica disposición impidiendo cualquier actividad religiosa que no estuviese controlada por la autoridad civil. Surgió así una efectiva persecución de la Iglesia que obligó al P. Nieves a refugiarse en una cueva de un cerro próximo para prestar desde allí asistencia religiosa a sus parroquianos. Permaneció oculto durante algo más de un año, hasta que declaró su condición de sacerdote en un interrogatorio y fue encarcelado junto a dos rancheros que le acompañaban. Dio su vida por confesar a Jesucristo el 10 de marzo de 1928, cuando contaba cuarenta y cinco años de edad.

Primero fueron asesinados los dos rancheros y, a continuación, el P. Elías del Socorro Nieves. Fue beatificado por Juan Pablo II el 12 de octubre de 1997. “La vida y el martirio del padre Nieves, que no quiso abandonar a sus fieles a pesar del riesgo que corría – comentó el Papa en la ceremonia de beatificación –, son por sí mismas una invitación a renovar la fe en Dios que todo lo puede. Afrontó la muerte con entereza, bendiciendo a sus verdugos y dando testimonio de su fe en Cristo”.

Sus restos se veneran en la iglesia parroquial de La Cañada, en el municipio de Cortazar (Guanajuato), en México.

Las fuentes de información para las notas biográficas sobre los santos y beatos agustinianos son el libro La seducción de Dios (Pubblicazioni Agostiniane, Roma 2001), cuyo autor es el P. Fernando Rojo Martínez, OSA, y Santos y beatos de la familia agustiniana. Subsidio litúrgico para el Misal agustiniano, publicado por la Federación Agustiniana Española (FAE, Madrid 2008).

Beato Mariano de la Mata Aparicio, presbítero

Nació en una sencilla familia cristiana de Barrio de la Puebla de Valdavia (Palencia, España), en 1905. Tres hermanos suyos ingresaron antes que él en la Orden de San Agustín. El P. Mariano estudió en Valladolid y La Vid (Burgos) y fue ordenado sacerdote en 1930.

Después de dos años en España, embarcó a Brasil donde desplegó una extensa actividad apostólica en la educación y, sobre todo, en la asistencia diaria a los pobres, los enfermos y los niños.

El P. Mariano fue un santo de lo cotidiano. De carácter firme, pero generoso y sensible. Amable y cercano en la relación personal. Devoto fervoroso de María, enamorado de su sacerdocio y del ministerio sacerdotal, amante de la Eucaristía que celebraba con singular devoción.

Murió el 5 de abril de 1983. Fue beatificado el 5 de noviembre de 2006 en la catedral de São Paulo, en Brasil, por el Cardenal José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación para los Santos que presentó al nuevo beato diciendo: “El padre Mariano fue pobre con los pobres, humilde con los niños y sensible con los enfermos y los ancianos, trabajador con los alumnos, los fieles y la asociación de las Oficinas de Santa Rita, misericordioso con los penitentes, puro de corazón, pacífico en la comunidad de los religiosos agustinos y en su familia, superando las dificultades con la oración y el sacrificio, dirigiéndose constantemente a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Consolación, hasta el momento en que dejó esta vida”.

Sus restos descansan al lado del altar de su querida Virgen de la Consolación, en la Iglesia de San Agustín de São Paulo.

BEATO JOSÉ LÓPEZ PITEIRA

Primer beato cubano. Fray José López Piteira nació en Arroyo Blanco, Camagüey, Cuba, el 2 de febrero de 1912, de padres inmigrantes españoles. Según algunos registros históricos su familia regresó a España cuando el pequeño José tenía cuatro o cinco años de edad.

Se mudó a Partorvia, en la provincia de Orense, Galicia, España. En este país se hizo fraile agustino. En su preparación hacia el sacerdocio estudió filosofía en Leganés, y teología en el Monasterio del Escorial. Hizo su profesión solemne en 1934, y fue ordenado diácono el 8 de septiembre de 1935, el mismo día en que Cuba celebra a su Patrona, la Virgen de la Caridad del Cobre.

Según sus biógrafos era rubio y bien parecido, de estatura media, con buena capacidad para los estudios, carácter bondadoso y entusiasta, aficionado a la música, manifestó una vocación muy decidida desde el primer momento, a la que correspondió con una vida de piedad muy intensa.

El P. González Velasco, uno de sus biógrafos, escribió: "Se debe constatar que el joven José López Piteira siempre se sintió orgulloso de haber nacido en Cuba y de ser ciudadano cubano".

"Estando estudiando en el Monasterio del Escorial, el 6 de agosto de 1936 fue detenido con su comunidad Agustina de ese monasterio y encarcelado en la prisión de San Antón de Madrid. Cuando le dijeron que podía hacer valer la circunstancia de haber nacido en Cuba para conseguir la libertad, contestó: ‘Están aquí todos ustedes que han sido mis educadores y maestros y mis superiores, ¿qué voy a hacer yo en la ciudad? Prefiero seguir la suerte de todos, y sea lo que Dios quiera’".

"El 30 de noviembre de 1936, Fray José López Piteira fue martirizado en Paracuellos de Jarama junto con otros 50 religiosos agustinos. En el momento del martirio tenía 23 años". Beatificado con los Mártires de la guerra civil española, en el año 2007.

MONSEÑOR DIEGO PEDRAZA Y P. MOISÉS GONZÁLEZ

Monseñor Diego ha sido el primer Obispo del Valle Calchaquí, de la jurisdicción eclesiástica, denominada Prelatura de Cafayate, creada el 8 de Septiembre de 1969, siendo encomendada a los Sacerdotes Agustinos, de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de España. Precisamente en este año 2009 está cumpliendo sus primeros cuarenta años de existencia.

La Prelatura tiene una extensión de 46.847 kilómetros cuadrados, con una población de 48.500 habitantes, con lo cual nos da una densidad de 1,3 habitantes por kilómetro cuadrado. Se extiende por tres Provincias Argentinas, la de Catamarca, por medio de sus Departamentos de Antofagasta de la Sierra y Santa María; la de Tucuman, con las poblaciones de Amaicha del Valle y Colalao del Vale, pertenecientes al Departamento de Tafí del Valle; finalmente la Provincia de Salta, con sus Departamentos de Cafayate, San Carlos y Molinos.

Mons. Diego estuvo diecisiete años al frente de la Prelatura, exactamente desde el 16 de Diciembre de 1973, hasta la fecha de su paso hacia la casa del Padre Celestial, que acaeció el 23 de Noviembre de 1990. Además ejerció, como Administrador Apostólico, los tres años anteriores. Por lo tanto podemos decir que dedicó una tercera parte de su vida a la atención pastoral del Valle Calchaquí, al cual amó con todo su corazón y actualmente sus restos descansan en la Iglesia Catedral de Cafayate, de acuerdo a su deseo expreso.

Mons. Diego había nacido el 26 de Septiembre de 1926, en la Región de la Valdavia, en un pueblo, llamado Barriosuso, integrado al ayuntamiento de Buenavista, perteneciente a la Provincia de Palencia, en el noroeste de la Península Ibérica. Es el hijo primogénito del matrimonio de Don Valentín Gutiérrez y de Doña Daría Pedraza. Después nacieron sus hermanas Visitación y Piedad y, el más pequeño, Enrique, como frutos de su amor cristiano. Sus estudios los realizó, primero en la *Preceptoría* de Barriosuso, donde, bajo la docencia del *dómine*, aprendió los iniciales conocimientos del latín. Cuando había cumplido sus trece años, en el año 1939, fue recibido en el Real Monasterio de Santa María de La Vid, enclavado en el corazón de Castilla la Vieja, para proseguir los estudios de bachillerato. En el mismo Monasterio comenzó su vida religiosa agustiniana, tomando el santo hábito de San Agustín el 11 de octubre de 1944.

Prosiguió sus estudios habituales de Filosofía y de Teología, en forma regular, hasta concluir satisfactoriamente su carrera eclesiástica el 30 de junio de 1951. Como era costumbre en aquellos años, ya había recibido la Ordenación Sacerdotal, el día 11 de marzo del mismo año. Su primera Misa la celebró en su pueblo natal, Barriosuso de Valdavia, en la Parroquia de San Juan Bautista, donde había recibido las aguas del sacramento del Bautismo.

Su primer destino fue a la Vice-Provincia de Argentina, entrando en este País el último día del año 1951. Los Superiores le destinaron a la Parroquia de San Agustín, en la ciudad de Mendoza, donde se desempeñó como Vicario Parroquial, juntamente con el P. Gregorio del Valle Pérez, bajo la coordinación del Parroco, P. Remigio Paramio. Su nota característica, de

estos años, 1951 al 1957, fue su acierto en la animación y dirección de los diversos movimientos apostólicos.

En el Capítulo de 1957 fue nombrado Superior y Párroco de la Parroquia de San Agustín de Buenos Aires. El P. Diego contaba a la sazón con treinta y un años, pero se desempeñaba con toda prudencia y celo pastoral. Siempre se mantuvo cercano a todos los grupos apostólicos de la parroquia y muy preocupado por los enfermos y ancianos, a quienes visitaba asiduamente.

Siendo Comisario de la Vice-Provincia, nombrado en el Capítulo de 1963, tuvo que asistir al Capítulo Provincial del año 1966, en España, donde sorpresivamente se le designa Vicerrector del Monasterio de Ntra. Sra. de La Vid y Maestro de Profesos. Un nuevo cargo que significaba un fuerte desafío en su vida sacerdotal, dado que en la Iglesia se vivía los tiempos de renovación exigidos por el reciente Concilio Vaticano II, cuya clausura se realizaba el 8 de diciembre de 1965.

Precisamente por estos aires renovadores se forjó la unión de todos los profesos teólogos en el Seminario Agustiniانو de Valladolid, donde le correspondió al P. Diego acompañar a los estudiantes procedentes del Monasterio de La Vid. Aunque no permaneció mucho con ellos, pues en el año 1969, al abrir el campo misionero de la Prelatura de Cafayate se pensó en el P. Diego para ponerse al frente de la misma.

El día 9 de Febrero de 1969 regresaba a la ciudad de Buenos Aires y unos días más tarde viajaba, en unión con el P. Gerardo Ureta, a la ciudad de Salta, para iniciar esta nueva andadura pastoral en el Noroeste Argentino. Podemos suponer la variedad de sentimientos que cruzaron por su mente y por corazón, al regresar a la República Argentina. El entonces Arzobispo de Salta, Mons. Carlos Mariano Pérez, le nombró Párroco de Cafayate, centro de toda la Prelatura, mientras que el P. Gerardo se instalaba en San Carlos.

Primero fue nombrado Administrador Apostólico de la Prelatura y el día 16 de Diciembre de 1973, fue ordenado como el primer Obispo de los Valles Calchaquíes. Desde el primer momento tuvo muy claro su objetivo pastoral, el cual podemos resumir en estas palabras: “construir la comunidad eclesial, que es comunidad de fe, de culto y de caridad”. Era necesaria la promoción humana de todos y de cada uno de los habitantes de la zona, que el flamante Obispo, expresaba con estas palabras: *“Llegue pronto el día en que todos los habitantes de los Valles Calchaquíes tengan, como escribe uno de nuestros profetas: Una casa en que habitar, una mesa en que comer, un libro para leer y un Cristo para rezar”*.

Estos deseos se fueron haciendo realidad a los largo de casi dos décadas que estuvo al frente de la Prelatura. Supo estar cerca de cada una de las personas, tanto del pobre, como del hacendado; visitó todas y cada una de las comunidades de los Valles, tanto las parroquias céntricas, como los lugares más alejados, llevando siempre su palabra cálida, profunda y evangelizadora para alentar a todos en el camino de la santidad.

En sus cartas pastorales procuró en todos los momentos cumplir con el deseo de la Iglesia. Así lo expresaba: “Siguiendo las orientaciones del Concilio, pretendemos una auténtica **renovación pastoral** que tienda a formar debidamente a nuestros fieles”.

De sus buenas cualidades podemos afirmar: *“Persona alta y delgada. Juicio equilibrado y sereno, bondad y comprensión, compromiso religioso, fervorosa vivencia de la fe,*

cordialidad, sencillez y cercanía con los más necesitados” Así lo expresa el P. José Villegas, que le confesó antes de morir y comentó: **“Era un santo”**.

.....

Moisés González Crespo nació en Renuedo de Valderaduey (León), España, el 25 noviembre 1941. Profesó en la Orden de San Agustín en 1962, siendo ordenado sacerdote en 1966.

Después de unos sirviendo en algunos colegios de la Orden en España, fue destinado a Panamá para trabajar como misionero en Tolé a donde llegó el 30 de agosto de 1973. Allí estuvo hasta el año 1976, año en que fue trasladado a la ciudad de Chitré, donde trabajó como párroco de la parroquia San Juan Bautista y fue superior de la comunidad de la parroquia. Llevó a cabo una necesaria y magnífica renovación de la vida parroquial, tanto en el aspecto litúrgico como pastoral. Fue una época muy importante para la parroquia, pero muy dura y difícil para él. Su modo de actuar, seguro, sencillo y directo, le acarreo posturas enfrentadas de los fieles, algunos verdaderamente descontentos; otros muchos, encantados, particularmente los pobres de las barriadas y los varios grupos de la renovación carismática animados por él.

De 1978 a 1979 realizó estudios de perfeccionamiento lingüístico en Estados Unidos, y regresó a la misión de Tolé en noviembre de ese mismo año.

El jueves 18 diciembre 1980 murió ahogado en las caudalosas aguas del río Tabasará, cuando iba al servicio de las comunidades indígenas en las alturas de Llano Ñopo.

Su memoria sigue viva en todos aquellos que le conocieron y trataron, de manera especial en los pueblos y campos, que fueron destinatarios de su entrega y su servicio incondicional. Hombre dotado de extraordinarias cualidades, su simpatía, su arrojo, su capacidad de integrarse en las carencias y la pobreza del pueblo al que servía la Palabra de Dios y los sacramentos, en una lucha inacabable por defender los derechos de los indígenas, promoviendo entre ellos medios de dignidad y desarrollo, y su terrible muerte, en un acto de donación plena al servicio de sus hermanos, le mantienen vivo en el corazón y la devoción de muchos.

El 18 de diciembre de 2015 se inició su proceso de canonización.

ANEXO 2. LO IMPORTANTE ES IMITARLOS

1. En esta fecha solemne de los mártires os debo mi sermón. Ayúdenme las oraciones de los mártires para hablar de su gloria y para presentar brevemente la justicia de su causa. En estas solemnidades, lo primero que debe recordar vuestra santidad es que no hay que pensar que se otorga algo a los mártires por el hecho de celebrar estas fiestas. Ellos no tienen necesidad de nuestras festividades, porque gozan en los cielos en compañía de los ángeles; pero gozan con nosotros no si los honramos, sino si los imitamos. El mismo hecho de honrarlos a ellos es de provecho para nosotros, no para ellos. Pero honrarlos y no imitarlos no es otra cosa que adularlos mentirosamente. Con esta finalidad ha dispuesto estas festividades la Iglesia de Cristo: para que a través de ellas la comunidad de los miembros de Cristo se sienta invitada a imitar a los mártires de Cristo. Esta es, sin duda alguna, la utilidad de esta fiesta, no otra.

Si se nos propusiera la imitación de Dios, la fragilidad humana luego replicaría que es mucho para ella imitar a aquel con quien no puede compararse. Si luego se nos propone, para que lo imitemos, el ejemplo de Jesucristo nuestro Señor, quien, siendo Dios, se revistió de carne precisamente para adoctrinar a los hombres de carne mortal y presentarles un ejemplo, del cual está escrito: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas*¹, también aquí replica la fragilidad humana: «¿En qué nos parecemos Cristo y yo? Aunque él es carne, es, sin embargo, Palabra y carne, pues la Palabra se hizo carne para habitar entre nosotros²; asumió la carne, pero no dejó la Palabra; recibió lo que no era sin perder lo que era. En efecto, *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo*³. ¿En qué nos parecemos, pues, Cristo y yo?» Para quitar toda excusa a la fragilidad carente de fe, los mártires nos han abierto un camino empedrado. Había de ser pavimentado con piedra tallada para que caminásemos tranquilos por él. Esto fue obra de los mártires, que lo realizaron con su sangre y sus confesiones. Despreciando sus cuerpos, los tendieron en el suelo como alfombras para Cristo, que venía a ganar a los pueblos, como si fuera sentado en aquel jumento⁴. ¿Quién es el que se avergüenza de decir: «Soy desigual a Dios»? Absolutamente desigual. ¿O desigual a Cristo? Desigual también a Cristo en su condición mortal. Pedro era lo mismo que tú, Pablo lo mismo que tú, y también los apóstoles y los profetas. Si eres perezoso para imitar al Señor, imita a tu consiervo. Delante de ti ha pasado un ejército de siervos; los perezosos ya no tienen excusa. Como último recurso, dice todavía: «Soy desigual a Pedro y a Pablo.» ¿Eres desigual a la verdad? Gente sin letras recibe la corona; no tiene excusas la vanidad. Por último, ¿eres desigual a los niños, a las niñas, a Santa Valeriana? Si aún eres perezoso para seguirlos, ¿no quieres estar unido a Victoria? Así se nos ha leído la serie de los veinte santos mártires. Comienza con el obispo Fidencio y concluye la lista con la fiel mujer Santa Victoria. Comienza con la fe y acabas con la victoria.

2. Poned atención, pues, hermanos; celebrad las pasiones de los mártires pensando en imitarlos (N.P.S. AgustínSerm.325)



TEMA 9: LA SANTIDAD COMUNITARIA TESTIMONIO Y COMPROMISO.

INTRODUCCIÓN

Durante estos días de retiro hemos profundizado sobre la Santidad como un don de Dios, ésta se vive en los pequeños detalles de la vida diaria a nivel personal y comunitario, con gratitud y alegría; también con sus dificultades, retos y desafíos; la pregunta que debemos formularnos al concluir este retiro es **¿Esta santidad se vive con gratitud y alegría?** Recordaba el Papa Francisco a todos los consagrados: “Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento». También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto deberíamos encontrar la «perfecta alegría», aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro” (*Carta Apostólica del Santo Padre Francisco con ocasión del año de la vida consagrada*). Desde América Latina y el Caribe, los agustinos en sus diferentes Circunscripciones **¿Viven la santidad con testimonio y compromiso? ¿Hay discernimiento personal y comunitario para asumir un compromiso misionero desde la comunidad?** La santidad es la participación en la vida de Dios; el Dios de la revelación no es un ser impersonal, neutro o solitario; es una comunión de personas, un Dios Trinidad. Ya que Dios es amor, comunicación e interrelación, la santidad de Dios es comunitaria, la santidad se vive en la relación con los hermanos, tanto en nuestras comunidades como en nuestros apostolados. No hay santidad comunitaria sin testimonio y compromiso; “Quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituyendo con ellos un pueblo que lo conociera en la verdad y lo sirviera santamente” (LG 9).

El Papa Francisco en su Exhortación Apostólica sobre el llamado a la santidad nos dice: “No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión” (26). En el contexto de los 50 años de la Organización de los Agustinos de América Latina, es necesario reflexionar sobre el testimonio y compromiso profético; dejemos que el Buen Pastor nos hable y que mueva el corazón y la mente para dar un paso más; asumiendo un compromiso comunitario con gratitud y pasión; “volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras” (Gaudete et Exultate 66).

El tema de esta última meditación lleva por nombre **“La santidad comunitaria testimonio y compromiso”**

El objetivo: “lograr hacer una meditación en clave de discernimiento personal y comunitario sobre la importancia del apostolado comunitario agustiniano, teniendo en cuenta que, la

santidad comunitaria nos lleva al testimonio profético y misionero en la realidad de cada pueblo”.

Te propongo dos aspectos

- 1. San Agustín testimonio de apostolado y compromiso**
- 2. El discípulo y misionero debe aprender a cargar la Cruz en el camino**

1. San Agustín testimonio de Apostolado y compromiso

Es importante hacer memoria de la historia de la vida de Agustín de Hipona y su amor profundo hacia la Iglesia, sin duda, todos sabemos que fue un hombre de la Iglesia y para la Iglesia, distinguido por el profundo amor hacia la Iglesia universal que, por cierto, ya estaba organizada en sus tiempos y era la única reconocida oficialmente por el Imperio. Los escritos de Agustín presentan a la Iglesia católica como el lugar donde el ser humano puede encontrar a Dios y donde Dios se encuentra con el ser humano. **(Arturo Purcaro, La Santidad Comunitaria pag 101)**. Nació Agustín en la entonces provincia africana de Numidia, en la ciudad de Tagaste (en lo que es ahora Souk-Ahras) el año 354 de madre cristiana y padre pagano. De joven se desvió de las enseñanzas de la Iglesia, abrazando otras doctrinas contrarias a las que su madre Mónica le había enseñado. A raíz de su conversión y bautismo, a los 33 años de edad, la Iglesia ocupa un lugar especial en el corazón y el pensamiento de Agustín. Antes la había combatido con fuerza, después la amó con pasión. Antes la había rechazado, después se entregó a ella como un niño en los brazos de su madre. Por eso podemos decir que fue hombre de Iglesia como hijo de ella, y al servicio de la Iglesia como siervo, pastor y teólogo.

Si queremos ser fieles en nuestro testimonio y apostolado, no podemos dejar de beber de esta fuente espiritual, los agustinos de América Latina y el Caribe **¿Nos apasionamos por el servicio a la Iglesia? ¿Somos testimonio creíble para la misión como lo hizo san Agustín?** En este tiempo difícil, necesitamos frailes apasionados que respondan con generosidad y coherencia de vida, no acontece el reino de Dios si no hay compromiso y testimonio.

Al convertirse Agustín, no se hizo simplemente cristiano, sino que quiso dedicarse plenamente al servicio del Señor. Comenzó a llamarse “siervo de Dios” en comunión con los que lo rodeaban en la búsqueda de Dios. Se trasladó a África, tierra de su nacimiento, “donde te podríamos servir con más provecho” según él mismo relata en el libro de sus Confesiones **(IX, 8, 17)**, dando testimonio desde esta etapa inicial de su vida en Cristo, de la importancia de descubrir las necesidades de la Iglesia antes que pensar en la conveniencia personal.

Una de las sombras que oscurecen nuestros apostolados son nuestras conveniencias personales, ponemos muchos obstáculos y por tanto faltamos al voto de obediencia, cuesta mucho trabajar en las distancias, en los lugares aislados; anhelamos trabajar en las ciudades, en las comodidades y en la instalación **¿Qué diría nuestro padre San Agustín a los agustinos de Latinoamérica cuando nos instalamos en nuestras comodidades?** También debemos reconocer que hay muchos hermanos que se apasionan por la misión, en su gran mayoría mayores de 60 años. Valdría la pena meditar **¿los jóvenes se apasionan por ir a los lugares más alejados donde la pobreza clama justicia? ¿Qué lugares de misión prefieren los jóvenes agustinos de Latinoamérica?** Sin duda, en todos los lugares se hace misión, en la ciudad y en los lugares de frontera, pero en la práctica son muy pocos los que desean asumir un compromiso en los lugares alejados, en medio de los pobres, que, necesitan además de la asistencia solidaria, la formación permanente de la doctrina cristiana católica y la defensa de sus derechos, muchas veces pisoteados por los que tienen el poder.

Ordenado sacerdote (391) y después obispo (396), Agustín desarrolló toda una teología eclesiológica que ha llegado hasta nuestros tiempos. El Concilio Vaticano II (que cita a Agustín más que a cualquier otra fuente, excepto las sagradas escrituras) en la constitución dogmática *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, hunde reiteradamente sus raíces en el pensamiento de san Agustín **¿Conocemos las luces del Concilio Vaticano II? ¿Somos testimonio de la Eclesiología de Comunión? En las iglesias particulares donde trabajamos ¿Damos testimonio de nuestro carisma agustiniano?** Tenemos mucho que aportar, la espiritualidad y el carisma agustiniano, nos recuerdan que debemos ser testimonio de la comunión eclesial, por tanto es importante y sumamente necesario involucrarnos en el trabajo de la Iglesia local.

Notable fue el cambio en su vida a raíz de la ordenación al servicio de la Iglesia. Así es cómo, desde un fuerte arraigo en la dimensión contemplativa, básico para él en la vida religiosa y a la cual nunca renunció, Agustín descubrió y asumió la dimensión activa que le demandaba el servicio de la Iglesia.

Agustín fue un hombre de su tiempo, supo discernir y responder al contexto, fue un profeta apasionado.

Después de haber mencionado a grandes rasgos todos los postulados teológicos y espirituales que caracterizan la vida de Agustín. Nos preguntamos ¿Qué puede aportar San Agustín, hoy, cuando estamos más marcados por la civilización del tener y del consumir que por la del ser y la del amor? En esta línea es importante pensar que San Agustín tiene un mensaje significativo. Su compromiso y testimonio nos invita a salir al encuentro del mundo, como peregrinos del amor y de la amistad, de una vida digna para todos, desde la Verdad, la Libertad, la Solidaridad, la Interioridad, la Gracia, la Humildad, la Fe y la Búsqueda. Todo esto es muy oportuno en este tiempo de sequía profética.

A manera de ejemplo recordemos algunos testimonios proféticos que pueden ayudarnos a la hora de asumir un compromiso acompañado de testimonio:

- El contexto en que vivió Agustín era difícil y oscuro, había pocos ricos e innumerables pobres, los primeros vivían en suntuosas mansiones, y los pobres en pésimas condiciones. El panorama de los pobres era desconsolador, vivían en dramáticas situaciones, hasta el punto de tener que vender a sus hijos, porque no tenían para darles de comer; entre las clases marginadas también se encontraban los esclavos. «La Iglesia se empeñaba a fondo en su liberación. Ésta se hacía como un rito. El Señor iba a la Iglesia acompañado del esclavo, se daba la lectura al acta de libertad, el esclavo rompía el acta de compra y quedaba en libertad. Pero con frecuencia pasaba a vivir en condiciones todavía más precarias» (N. CASTELLANOS, *Memoria profecía y liberación hacia el Reino, Madrid 2007 pag 177*). Pues bien, en la Hipona contemporánea de Agustín, había muchos pobres, que vivían en chozas, éstas estaban ennegrecidas internamente por el humo. En el **sermón 170, 4**, Agustín se dirige a los pobres con el epíteto de “ahumados”. Subsistía como ya lo hemos mencionado, el problema de la esclavitud, como en toda civilización antigua. En una casa rica podía haber cientos de esclavos. No todos recibían igual trato. Había esclavos que ocupaban puestos destacados en la casa, como funcionarios, ecónomos, pedagogos de los niños. Algunas esclavas eran nodrizas y formaban parte de la familia, sirvientes en la mesa o mozos de baño. Pero también era habitual el maltrato. Podían ser manejados peor que animales y valorados menos que una bestia. Decía Agustín con voz profética: «Un cristiano no puede poseer un esclavo como posee un caballo o la plata, aunque suele suceder que el esclavo tenga menos precio que el

caballo y mucho menos que algún objeto de oro o plata» Regían aún los castigos del látigo, las cadenas o la rueda del molino; «El siervo teme ofender a su señor por temor a que le mande azotar, o encadenar, o recluir en la cárcel o a ser triturado en el molino» (**Sermón 161, 9**). Ante esta dura realidad, Agustín se preocupaba por hacer llevadera su condición, mejorando las relaciones entre señores y esclavos.

- Basado en este texto de Mateo 25, dirá en el sermón 390: Cristo tu Señor es rico allá arriba, y pobre aquí abajo. Aquí sufre hambre, te pide que le concedas un préstamo y él te restituirá lo justo [...] da a los pobres, no temas perder nada; cuando das a uno de sus pequeños, es a Cristo a quien das [...] Yo, dirá, fui quien recibió cuando un pobre lo recibió; en él yo sufría hambre y en él me saciaba. Da con tranquilidad; el Señor es quien recibe, el Señor es quien pide (**Sermón 390, 2**). La limosna es para Agustín un modo de redistribuir la riqueza, enriqueciendo espiritualmente a los ricos al practicarla y dando a los pobres medios de subsistencia. No es algo opcional para los ricos, pues los bienes que poseen son don de Dios y es de justicia que haga partícipes de las mismas a los pobres. «Si dieras de lo tuyo sería prodigalidad, pero dando lo de Él, es devolución de una deuda que tienes» (**Comentario a los salmos, 95, 15, BAC, Tomo XXI, Madrid 1966**). La opción por Cristo, obligatoria y propia de todo cristiano, está relacionada con esta dimensión de solidaridad con el pobre. Cristo está necesitado cuando lo está un pobre; padece hambre en los pobres. No hacer nada por el pobre, será hacer insignificativa nuestra opción por Cristo.
- Agustín con su pobreza afronta la pobreza de sus fieles: «Crea un fondo social, alimentado por todos, para remediar las necesidades de sus fieles» (**N. CASTELLANOS, Memoria profecía y liberación hacia el Reino, Madrid 2007, 177**). Nos relata Posidio su biógrafo: cuando estaban vacías las arcas de la Iglesia, faltándole con qué socorrer a los pobres, enseguida lo ponía en conocimiento de los fieles. Mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos. La Iglesia de Hipona tenía organizado el servicio a los pobres, desde almacenar cereales y aceitunas hasta haber ordenado a un grupo de diáconos, que eran las manos del obispo en la atención a los pobres. Agustín les invitaba a su propia mesa todos los años en el aniversario de su ordenación episcopal.
- Visita a las autoridades en nombre de los pobres: le resulta penoso y muchas veces, infructuoso, pero por la causa que busca y le motiva, venciendo su timidez, va a su encuentro. Él mismo nos relata: Frecuentemente se oye hablar: fue a encontrarse con tal autoridad, ¿es el lugar de un obispo? Sin embargo, ustedes saben perfectamente que son justamente sus necesidades las que nos hacen ir allá donde no queríamos ir, que nos fuerzan a esperar, a colocarnos en la puerta, para esperar la entrada de los pequeños y de los grandes. Nos quedamos mucho tiempo esperando la antesala y nos reciben con gran dificultad. ¡Cuántas humillaciones! Nos vemos obligados a suplicar para obtener satisfacción y muchas veces volvemos para casa con las manos vacías, Ahórrennos esos penosos procedimientos. No nos fuercen a tanto. Nosotros no deseamos encontrarnos con las autoridades. Ellas saben, además, que sólo aceptamos esas diligencias a regañadientes (**Sermón 302, 17**).

No hay duda, que el testimonio de Agustín y de su fraternidad a favor de liberación de todo pecado y todo tipo de opresión y marginación, es un ejemplo para los religiosos de la Orden. Su testimonio es un fiel reflejo de toda la tradición de la Iglesia, del mismo Jesús. Agustín tiene como primacía la opción preferencial por los pobres. La pregunta fundamental para los

agustinos de Latinoamérica y el Caribe es ¿Qué estamos haciendo por los pobres de nuestro tiempo? ¿Qué postura y testimonio profético estamos dando como comunidad hacia nuestros hermanos migrantes? En América del Sur ¿Qué están haciendo los agustinos por los hermanos venezolanos que tocan diariamente las puertas de nuestro convento? En América Central y del Norte ¿Qué postura profética estamos asumiendo ante el angustioso éxodo de miles de hermanos que se desplazan al Norte (EEUU) huyendo de la violencia y la pobreza, qué estamos haciendo por el cuidado de la casa común, el cuidado del medio ambiente; cada uno conoce su propia realidad. Simplemente queridos hermanos, no podemos ser insensibles ante esta dura realidad. Tenemos que interpelarnos e involucrarnos ante la escena del dolor ¿Cuál sería la postura profética del Señor ante esta dura realidad? La santidad personal y comunitaria, no es ajena a esta realidad.

2.-Testimonio de todo discípulo y misionero: aprender a cargar la Cruz caminando

El santo padre Francisco en su homilía del 14 de marzo de 2013 en la capilla Sixtina, hablaba que el discípulo siempre tiene que estar en movimiento para aprender a cargar la cruz con testimonio profético, utilizaba tres verbos: **caminar, edificar y confesar**.

Caminar: “Casa de Jacob, vengan caminemos a la luz del Señor”, nuestra vida de discípulos y misioneros es un camino y cuando nos paramos algo no funciona bien. La Santidad es un caminar diario, se va creciendo día a día a ejemplo del Maestro “Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52). Para ser profetas del Evangelio tenemos que caminar siempre en la presencia del Señor, intentando vivir con sensatez y coherencia de vida. Si ya no queremos caminar es porque muchas veces ya estamos instalados en el confort, ya no hay compromiso, se va perdiendo el gusto por la misión y el apostolado comunitario, la cruz se hace muy pesada, por tanto ya no quiero cargarla más. La santidad comunitaria se gana en la vida cotidiana, es un proceso cuya meta es la Comunión con el Señor.

Edificar: la Iglesia de Cristo tiene que ser edificada por los discípulos y misioneros; siempre bajo la acción del Espíritu Santo, nunca por nuestra propia cuenta o nuestras propias fuerzas, la edificación se da cuando estamos unidos a la Piedra Angular que es el Señor, no podemos edificar la Iglesia cuando caminamos solos, cuando el religioso es el centro de todo y la comunidad camina al margen. Son muchas las veces en cada religioso asume un compromiso a título personal, no involucra a la comunidad; el fraile va cayendo en el activismo, originando cansancios estériles, poco a poco va descuidando los espacios comunes de la comunidad, siente que es el único que trabaja y que los hermanos no la hacen o simplemente no lo saben hacer, se va apagando el Espíritu y la espiritualidad del fraile se va debilitando. La santidad comunitaria es todo lo contrario, es dejar que el Espíritu de Dios actúe en nuestra vida para edificar con la plena confianza en el Buen Pastor.

Confesar: Podemos caminar mucho, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo algo no funciona; el seguimiento lleva en nosotros el sello del profetismo, confesar a Jesucristo me lleva a denunciar las injusticias, buscar siempre la verdad, defender los derechos de los seres humanos, velar por los pobres y marginados, reconocer los rostros concretos como nos los recordaba hace mucho tiempo el documento de Puebla; éstos nos cuestionan e interpelan: “rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar; rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; rostros de indígenas y con frecuencia de

afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan; rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos; rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos; rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen” (Puebla II, 32-39).

Hermanos cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos a un Cristo sin Cruz, no somos discípulos del Señor, seremos muchas cosas, pero menos discípulos misioneros del Maestro y la Santidad Comunitaria está muy lejos de la vida de los frailes. Recordemos la misión crítica de OALA en sus estatutos: trata siempre de revisar nuestra presencia global en América Latina. Misión crítica que consiste en presentir las grandes corrientes de la sociedad con espíritu profético para posibilitar a la Orden servir mejor y adaptarse a los cambios irreversibles. Misión crítica que denuncia lo que nos está impidiendo ser fieles a nuestra radical vocación liberadora.

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

1. Desde la Santidad Comunitaria ¿Cómo debemos vivir nuestro compromiso y testimonio?
2. San Agustín fue un profeta de su tiempo ¿Cómo puede ayudarnos su rica espiritualidad para responder a los signos de los tiempos desde una postura profética?
3. ¿Qué pasaría si nosotros en el camino renunciáramos a cargar la Cruz? ¿Hay discipulado cuando renunciamos a cargar la cruz?
4. ¿Qué gestos proféticos concretos podríamos asumir como Circunscripción para que nuestro testimonio y compromiso sea más creíble?



ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LA ORDEN EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu pueblo.

Danos tu Espíritu de Comunión y Participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio
como una instancia de Poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
para que seamos dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús
y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentación y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina, Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús,
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.